

El fenómeno Milei Alberto Mayol

El desafío del primer gobierno
anarcocapitalista de la historia



arpa

El fenómeno Milei Alberto Mayol

El desafío del primer gobierno
anarcocapitalista de la historia



arpa

EL FENÓMENO MILEI

© del texto: Alberto Mayol, 2024

© de esta edición: Arpa & Alfil Editores, S. L.

Primera edición: mayo de 2024

ISBN: 978-84-10313-01-9

Diseño de colección: Enric Jardí

Diseño de cubierta: Anna Juvé

Maquetación: Àngel Daniel

Producción del ePub: booqlab

Arpa

Manila, 65

08034 Barcelona

arpaeditores.com

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida por ningún medio sin permiso del editor.

Alberto Mayol

EL FENÓMENO MILEI



SUMARIO

PRÓLOGO

PRIMER TEMA. MILEI, LA MOTOSIERRA Y EL ESTADO

1. Un fantasma recorre el mundo

2. Milei, los números rojos del significado

3. Milei y el Estado

4. Milei, rápido y furioso

5. La sociedad: el punto ciego de Milei

6. ¿Es Milei liberal?

7. ¿Qué hacer? El dilema bolchevique de Milei

[8. Marx y Milei](#)

[9. Milei: ¿clímax o caída de la sociedad de mercado?](#)

[10. Argentina, el malestar y Milei](#)

[11. Milei y la sombra](#)

[12. Milei y la casta](#)

[13. Dos soluciones y una profecía: la fórmula política de Milei](#)

[SEGUNDO TEMA MILEI VERSUS MILEI](#)

[14. Milei, el Joker](#)

[15. Trump, Milei, Musk y otros chicos del montón](#)

[16. Milei y el dilema de la estabilidad](#)

[17. El destino de Milei](#)

***Cuando despertó, luego de un sueño frenético,
Javier Milei se había convertido en jefe de Estado.***

PRÓLOGO

«El fenómeno barrial ahora está subtulado para todo el mundo».

JAVIER MILEI

Muchas veces se confunde un episodio contingente con un fenómeno estructural.

Hay quienes dijeron que Milei era un «fenómeno barrial».

Hay fenómenos sociales que son estructurales, pero su aparición, su despertar, al darse sobre tierra extraña, al parecer un hito extravagante e impensado, nos conduce por el equívoco camino que señala lo visto como mera coyuntura, solo contingencia, solo casualidad. Hay quienes dicen: «Es solo una locura». Como si esta no tuviese raíces. Cuando el evento extraño está depositado en América Latina, en Macondo, suele parecer que no hay nada universal en ese particular caso. Y si ocurre en Argentina, donde a veces pareciera que puede existir un instante no newtoniano en nuestra experiencia, nos decimos: «Claro está, eso es Argentina», y tranquilizamos nuestra conciencia sin ir al fondo del asunto. Hemos asumido que la fuerza de gravedad no existe por la singularidad del lugar. Sin embargo, la fuerza de gravedad existe. Y por supuesto que existen los fenómenos estructurales. Y un buen investigador, un buen analista, un buen periodista, debe intentar al menos comprender si esto o aquello es contingente o es estructural.

¿Es Milei un fenómeno estructural? ¿O es un accidente de la historia?

Los hechos que lo han convertido en presidente ¿se sustentan en configuraciones estables o son episodios?

Como queremos ir más lejos, le ahorro a usted el problema. Es demostrable que el fenómeno Milei es un evento estructural. Aun cuando probablemente solo en Argentina podía ocurrir la manifestación del fenómeno con la tesitura alcanzada

en el caso, aun cuando la probabilidad de lo ocurrido sea siempre baja, lo cierto es que lo que Milei representa tiene un trasfondo global y responde a procesos estructurales que aquí examinaremos.

Como todo líder, de algún modo, Milei es un accidente. Pero el sonar de sus campanas ante la historia no es casual y tiene un trasfondo al que debemos atender.

El auge de una ultraderecha desde el mercado, ya no desde el nacionalismo, ya no desde la seguridad, ya no desde el orden, ya no desde el enemigo personal (migrante, indígena, delincuente), sino desde el enemigo conceptual (el Estado), debe considerarse un hecho relevante. Si es posible un anarquismo de derecha es en la medida de condiciones estructurales de las cuales Milei no es responsable. Y de eso trata este libro: Milei es el nombre de una esperanza, de un acierto o un error, de una época medio viva y medio muerta, es el hijo de nuestro estupor, el retoño de nuestra confusión, el grito ambicioso del deseo de riqueza hasta hoy inconfesable.

¿Es Milei la libertad guiando al pueblo?

¿O es Milei el ángel de la muerte de una profecía que grita tras ser inútil su palabra?

«Yo soy el rey de un mundo perdido», eso dice Milei.

«¡Viva la libertad, carajo!». Lo grita Javier. Pero no cabe duda de que la libertad, como todo concepto que orienta al mundo, merece un examen delicado.

Milei es una ópera («soy una ópera de Puccini» ha dicho, sin análisis aparente). Milei es una extravagancia, una tragedia dentro de una ópera bufa, un trozo de mística judía para derrocar al Estado, una voz estruendosa para un mundo confundido, un Maradona adorando a Thatcher (es decir, un oxímoron), un Gobierno argentino pagando al Fondo Monetario Internacional, una obra de Beckett y de Sábato y de Borges y de Fontanarrosa y de Arlt. Milei me produce fascinación, lástima, miedo, simpatía. Otrora tuve la ocasión de experimentar un conflicto con Milei. Por entonces nos desafiamos a duelo (intelectual o a los gritos, quién sabe cómo sería la naturaleza del evento). No prosperó. Él adujo que yo le debía dinero y que el pago era la condición para el debate. Yo no le pagué, pensé en mí. Él pedía dinero, pensó en él. De eso debía resultar un bien superior, mano invisible mediante. Quizá la ausencia del debate fue mejor. Él

llegó a presidente. Yo fui candidato presidencial. Lo cierto es que fuimos liberales en esa ocasión. Pero creo que, en realidad, ninguno de los dos lo somos realmente.

PRIMER TEMA

MILEI, LA MOTOSIERRA Y EL ESTADO

1

UN FANTASMA RECORRE EL MUNDO

«Soy el general AnCap [anarcocapitalista]. Vengo de Liberland, una tierra creada por el principio de apropiación originaria del hombre [...]. Mi misión es cagar a patadas en el culo a keynesianos y colectivistas hijos de puta».

JAVIER MILEI

Esto no es una biografía. Esto no se trata de Argentina.

Esto se trata de usted y el dinero. Se trata de usted y el Estado. Y de la lucha independentista del dinero respecto del Estado.

Quizá Milei es una ilusión. Quizá no existe ese ser que se llama Javier Gerardo Milei, aunque haya nacido en Buenos Aires en 1970, aunque haya trabajado en el Banco Central Argentino, aunque haya sido diputado, aunque sea hoy el presidente de Argentina. Y es que nadie sabe quién es Javier Milei, pero sí conocemos su embrujo, la ilusión que en él se depositó, el miedo que despierta. Así es, quizá Javier Milei es nuestra ensoñación, tal vez es nuestro miedo o puede ser nuestra quimera. Quizás ese ser de carne y hueso proyecta sobre nosotros nuestra propia necesidad de sentido de época. Porque es posible, claro que lo es, que Javier Milei sea el alma de una época. Esa es nuestra tesis.

Lo cierto es que Milei es una fantasmagoría de nuestra época, es la emanación incomprensible e incierta de un nombre y una profecía para un mundo desvalido, enojado y confundido. Milei es la señal más extraordinaria de nuestra propia turbación, es la evidencia del retorno al Antiguo Testamento. Y es que nuestros días nos dicen que debemos dejar de hablar del amor y la igualdad, que es

necesario volver al temor y al poder. No hay cruz y perdón. Solo está Job recibiendo los castigos. No estamos ante La Piedad de Miguel Ángel, sino ante El Moisés. O tampoco. Estamos ante la motosierra, en el nombre del dios más alto que conoce nuestra época: el dinero. Y es así como transitamos en un mundo que se asfixia, vuelve la guerra del fuego, vuelve la guerra del agua, he aquí las plagas, he aquí un mesías que alaba a los mercaderes en el templo. ¿Qué es todo esto? Es la escuela austriaca, es una canción desesperada, es el rock monetarista, es la fuerza del anarquismo y las derechas unidas en la gloria y en la muerte. Milei lo dice de manera apocalíptica: «Soy el destructor de mundos».

Era el 6 de septiembre de 2021 cuando Javier Milei modificó la letra de una famosa y rebelde canción argentina para interpretarla en un mitin político. Era una canción del grupo La Renga, emblemática canción de resistencia desde el rock de más voltaje de Argentina. Milei la cantó modificando la letra a su arbitrio, asumiendo la capacidad destructiva de la obra como propia. Y con esa canción, cuyo texto ha reiterado en diversas ocasiones, cuyo texto modificado ha sido motivo de lectura poética y frenética, Milei ha marcado su misión: destruir los cimientos impuros del presente:

Yo soy el león. Rugió la bestia en medio de la avenida. Corrió la casta sin entender. Panic Show a plena luz del día. Por favor, no huyan de mí. Yo soy un rey de un mundo perdido. Soy el rey, te destrozaré, toda la casta es de mi apetito.

Milei quiere ser el león. Y desea devorar a la casta política. Y su triunfo electoral ya es, en parte, su primer paso para ello. «La casta» (los grupos dominantes asociados a la burocracia estatal) lo resiente. Y es probable que, en ese resentimiento, en ese horror de los antiguos gobernantes, se encuentre la mágica fórmula del éxito electoral de un hombre que apareció de pronto, sin avisar, como una broma, como un showman, como un salvador, como un provocador, como un economista experto, como una ensoñación.

No hablaremos mucho de Milei como león. Y es que esto no es una biografía.

Aquí no encontrará la turbulenta infancia de Milei.

No nos referiremos a las numerosas tesis sobre su condición psiquiátrica.

No encontrará usted hipótesis alguna sobre su relación de pareja.

No reiteraremos el enorme anecdotario que durante varios años Javier Milei proporcionó en televisión y que hoy es fuente de contenidos virales por el mundo.

No detallaremos su carrera de futbolista o, más bien, de portero (prefiero aclararlo, pues hay infieles que consideran que el portero no cabe en la categoría de futbolista).

No mencionaremos los temas que compuso con la banda Everest, de la cual fue vocalista. Tampoco nos referiremos, en rigor, a dichas composiciones, pues no existe registro, y aunque él afirma tener las letras, no desea mostrarlas.

No hablaremos de su perro (con nombre de héroe bárbaro). Y tampoco de los clones de su perro (con nombres de economistas ultraliberales). No deduciremos nada de esta secuencia (sorprendente) de nombres.

No hablaremos de su declarada, pero incierta, profesión de instructor de sexo tántrico. Hay periodistas en Argentina que consideran esa información un mecanismo de conexión con el electorado. Incluso se especula con que pueda ser casto. Pero no hablaremos de eso. Tampoco lo creemos.

No hablaremos de su hermana, «la jefa», la que para Javier Milei es Moisés, mientras él es el divulgador, Aarón.

No nos concentraremos en cada polémica de aquel hombre que, en un país como Argentina, donde en cada hogar hay un polemista, emergió como el polémico principal, sin competencia. Atrás queda Charly García, atrás queda Diego Maradona. Dirá el lector que exagero, que entre esos dos lo han dicho todo. Pero Javier Milei ha ido más lejos, mucho más. Ha vulnerado el sentido común y la ética mínima argentina. Y ha salido indemne. Ha dicho cosas que, en cualquier lugar del mundo, no importa cual, le habrían significado el ostracismo: mercado de órganos, mercado de niños y mercado de armas con libertad de uso, por ejemplo. Además, luego de un gran acuerdo nacional posterior a las violaciones de derechos humanos que se logró a finales de los años ochenta, justo después del éxito mundial de la película Argentina, 1985 sobre el juicio a los dictadores argentinos, Javier Milei tuvo el arrojo de desconocer los números que suelen señalarse sobre las violaciones a los derechos humanos. Su negacionismo, su propuesta de mercado por encima de cualquier criterio jurídico o moral, todo fue

aceptado sin mayor escándalo. Puestos a elegir entre su actor emblemático, Ricardo Darín, entre su historia que conmovió al mundo, Argentina, 1985, los argentinos eligieron a Milei.

Pero a nosotros no nos importará el caso a caso. O sí, pero solo para entender el fenómeno Javier Milei.

Y es que esto no es una biografía de Milei. Y tampoco es un perfil de él. Aunque ambas cosas servirán de motivo literario, aunque la vida y su perfil sean líneas de exploración, lo cierto es que aquí se busca otro objetivo: ser capaces de dar cuenta de esta novela notable donde un ultraliberal alcanzó la presidencia de Argentina, donde la destrucción del Estado aparece como profecía aceptada frente a un Estado presente y de peso constante en un siglo de historia. Milei llega gritando contra la protección social, los subsidios, en el perfecto equivalente de la llegada del hielo a la selva en Macondo. Y es que eso es el libre mercado en medio del peronismo, el hielo en Macondo.

Quizá sí valdrá la pena referirnos a algo que parece menor en su historia. Lo dice Rafael Bielsa, alto funcionario público de los Gobiernos peronistas (pero muy crítico con el giro de su sector hacia una neolengua)¹. Lo dice un hombre que trabajó con Milei en la empresa Aeropuertos Argentina 2000: «No conocí a un calculista² de riesgo tan bueno como Javier», dijo Bielsa en una entrevista el 22 de noviembre de 2023. Esto es importante. El análisis de riesgo financiero se basa en ciencia, pero es un arte. Y supone la ponderación de la medida de un riesgo. Hay quienes creen que analizar un riesgo es no hacer cosas novedosas, mantenerse en el universo conocido. Pero, en realidad, eso lo haría cualquiera. La gracia de un analista de riesgo realmente serio es saber que, en tiempos excepcionales, la conducta osada puede ser segura y la conservadora puede ser arriesgada. Y en eso, es cierto, Milei es un artista. Pero ser un extraordinario analista de riesgo, aunque puede llevarte a ser un candidato eficaz, ¿es acaso un predictor de la capacidad de gobernar?

Milei ha sido un académico mediocre, un espectáculo extraordinario en televisión, un hombre intelectualmente honesto, un artista argentino de aquellos que reemplazan el talento con la onda. Milei es un importador de ideas y contenidos, sin un ápice de pudor por no pagar derechos. Milei es una anécdota fantástica. Y luego otra, aún mejor que la anterior. Milei es fascinante, es el frenesí mesiánico, es la fe de los mercados, es el enemigo público del Estado. Que lo cuente él:

Yo estaba en una reunión de las Jornadas Internacionales de Finanzas Públicas, que es un congreso internacional que organiza la Universidad de Córdoba. Como te imaginarás, en un congreso internacional de finanzas públicas están todos los que aman al sector público, y yo odio al sector público, odio al Estado. Entonces, cuando termino de exponer, una de las personas que estaban ahí dice: «Mire, Milei, usted es un provocador. Si usted viene a un congreso de finanzas públicas a decir que quiere eliminar al Estado, es un provocador. No es el lugar, acá pensamos todos lo opuesto». Sin embargo, después me dice: «Le tengo que reconocer que es el mejor expositor que vi en mi vida, salvo por un italiano que cantaba sus presentaciones». Te imaginarás, en ese momento me sentía desafiado. Y frente a ese desafío, mientras que ganaba tiempo, le digo a la gente: «¿A ustedes les gusta la ópera?». «Sí», dicen. «Y ¿les gusta Verdi?». «Sí». Les digo: «¿Conocen La traviata?». «Sí, sí, claro». «Es más, hay un aria muy famosa que se llama El brindis». Mientras tanto, yo estaba construyendo la historia. Entonces digo: «¿A alguno le molesta que yo me ponga a cantar?». Y el remate de mi presentación la hice cantando algo que era así: «Gastar, y gastar y gastar y gastar, esa es nuestra regla fiscal. Y si los ingresos no alcanzaran más ahí iremos al Banco Central. Y eso será inflacionario, y eso será inflacionario. Si no le aflojan al gasto entonces la crisis vendrá. Gastar, y gastar y gastar y gastar, esa es nuestra regla fiscal».

Se non è vero, è ben trovato.

He aquí Milei. ¿Ha de ser otro de los monstruos de nuestra época, esos que desfilan por nuestros Gobiernos? ¿O es el símbolo de una nueva esperanza para un mundo que requiere algo nuevo? Milei no es una biografía, no puede serlo. Milei es el fantasma que recorre el mundo. Y es el fantasma de la unión de dos fuerzas disolventes de las estructuras: el anarquismo y los mercados.

Todo lo sólido se desvanece en el aire, diría Marx. «Menos el dinero», respondería Milei.

Y aquí está usted leyendo (después de comprar). Y yo escribiendo (y después vendiendo).

Y Milei nos dirá que todo esto ocurre gracias a una mano invisible, a una

sombra, a una fantasmagoría (el mercado) que hoy busca cambiar de estatus y pasar de ser herramienta a ser profecía, que comienza su periplo osado de recorrer el mundo ya no provisto de la promesa de paz derivada del comercio, sino desde la rabia, los gritos y la radicalidad. El mercado deja de ser un silencioso método para convertirse en un grito de guerra. Deja de ser mano invisible para ser timón, grito y batalla cultural.

Quizá Milei es un dedo de esa mano invisible. O quizás es el grito altisonante, por desesperado, de un proyecto que ha perdido la fe en su propia evolución y tiene la necesidad de entrar en la política. Y en la religión.

1 Las acusaciones del surgimiento de una nueva lengua derivada de las izquierdas feministas han proliferado en diversos sectores, sobre todo de derecha (pero no exclusivamente). El concepto de neolengua se acuñó en la novela de G. Orwell 1984 para referirse al pilar lingüístico del autoritarismo de la sociedad allí descrita.

2 El nombre más común en lengua castellana para este rol es «analista de riesgo».

MILEI, LOS NÚMEROS ROJOS DEL SIGNIFICADO

La pregunta cruzó fronteras. ¿Cómo fue posible el triunfo de Javier Milei en las elecciones presidenciales de Argentina?

El fenómeno Milei creció de manera constante y veloz desde 2021. Una némesis del hoy presidente fue el también economista argentino Eduardo López Murphy, quien señaló que el líder anarcocapitalista era «un fenómeno barrial», es decir, una moda de poco vuelo, que con suerte sería relevante en Argentina y no tendría peso internacional. En mayo de 2023 Milei escribió en la red Twitter: «Recordás cuando hablaban de que solo se trataba de un fenómeno barrial? Parece que se agrandó el barrio...» (11-5-2023). La frase la repitió en Estados Unidos, en la Conferencia Política de Acción Conservadora, cuando ironizó recordando la frase de López Murphy en un evento que lo tenía a él como el plato principal de los expositores, precedido por Donald Trump, Bukele, Bolsonaro y Abascal, entre otros. Milei sería la estrella de la conferencia de febrero de 2024, pero también lo sería en el Foro Económico Mundial de Davos, donde pocas semanas antes había expuesto en un evento de alto impacto mundial.

Milei no es un fenómeno barrial. Es un acontecimiento global. Milei no es un asunto principalmente argentino. ¿Por qué? La respuesta es parte de los objetivos de este libro. Pero comprender la magnitud del acontecimiento es muy relevante. En lo que sigue daremos algunas pistas del argumento del libro. Entonces, asumiendo el hecho cierto y contundente del rotundo triunfo electoral de Javier Milei en diciembre de 2023, vale preguntarse:

—¿Es algo que incumbe a Argentina solamente? La respuesta es «no». Y vale la pena explicar por qué no es así.

—¿Es algo que puede proyectarse a otros procesos políticos? Seguro que la respuesta es «sí». Y vale la pena comprender bajo qué formas el fenómeno Milei puede proyectarse en otras latitudes.

—Y ¿significa (este triunfo) un crecimiento importante del liberalismo? Luego de un detenido examen (que se explicará en estas páginas), esto parece ser más que discutible.

—¿Puede entonces crecer el fenómeno Milei sin que crezca el liberalismo? La respuesta que sugerimos al respecto es simple: por supuesto que sí. De hecho, es altamente probable.

Lo que aquí se plantea supone encrucijadas difíciles de concebir. Si el triunfo de Milei tiene relevancia mundial, ¿cómo es posible que el triunfo electoral del liberalismo radical sea compatible con la irrelevancia del liberalismo?

Este libro define a Javier Milei como un acelerador de partículas. He aquí la clave. Argumentaremos que Milei es un actor capaz de producir un aumento en la velocidad de los objetos a su alrededor. En una época de alta velocidad, con evidentes consecuencias disruptivas, Javier Milei es el mejor representante de un vacío tumultuoso. ¿En qué consiste este vacío que, paradójicamente, puede estar tan caliente que siempre está a punto de estallar?

Hay quienes han buscado las explicaciones sobre el fenómeno Milei en el significado de su oferta política. No es lo que creemos. Más bien, consideramos que el concepto que hay que descartar es el de «significado», es decir, que la simetría de Milei con nuestro tiempo radica en la posibilidad de prescindir de orientaciones conceptuales. En parte es por esto por lo que la historia política de Milei, como veremos, a ratos carece de sentido. Y es que la falta de sentido no importa, no en lo esencial al menos. No es el «liberalismo» el que ha producido a Milei como posibilidad histórica. Es la velocidad, la energía descomunal, la existencia de un mundo turbulento, la aceleración extraordinaria de la historia, la

que lo ha hecho posible. Vivimos en la fisión del átomo social. Y Milei es el caso de laboratorio que nos muestra la totalidad. Milei es nuestro acelerador de partículas.

El triunfo de Milei carece de significado. Su éxito está basado en haber interpretado el proceso energético y disruptivo del presente mundial, estableciendo un claro enemigo: el socialismo.

No dejen avanzar al socialismo. No avalen la regulación. No avalen la idea de los fallos de mercado. No permitan el avance de la agenda asesina y no se dejen llevar por los cantos de sirena de la justicia social. Yo vengo de un país que compró todas esas ideas estúpidas y pasó de ser uno de los países más ricos del mundo a ser el ciento cuarenta. Luchen por su libertad, porque, si no, los van a llevar a la miseria.

Pero ese enemigo seleccionado por Milei podría parecer la base orientadora del líder argentino. Pero nada más lejos de eso. Como demostraremos más adelante, la potencia de Javier Milei no está en la lucha ideológica o técnica. Su reino no habita el significado. Su reino está hecho de energía desbocada, de velocidad, de apuesta y frenesí.

Los hitos del proceso de crecimiento explosivo de Javier Milei como figura pública y líder político revelan la ausencia de toda ideología y, al mismo tiempo, muestran el tamaño del triunfo del economista argentino. Son dos ejemplos que políticamente reflejan la capacidad de haber realizado un imposible: recibir el apoyo de un pueblo mientras denostaba sus verdades más altas y mientras elogiaba al principal enemigo de la sociedad. Apreciemos los casos.

El primero es bastante sencillo, se resume en pocas palabras. Argentina tiene una religión preeminente en su Estado, la religión católica. El artículo 2 de la Constitución argentina señala que «el gobierno federal sostiene el culto católico apostólico romano». Hasta 1994 se exigía ser católico para ser presidente de la República Argentina, hasta el punto de que Carlos Menem tuvo que renunciar al islamismo para asumir la presidencia en 1989, y convertirse a la religión católica. En su funeral, tanto la luna y la estrella (que usualmente identifican al islam) como la cruz cristiana acompañaron los restos del expresidente. La

sostenibilidad económica de la Iglesia católica está garantizada por la ley (ningún otro culto religioso goza de ese beneficio). El 77 % de la población argentina es católica. Argentina ostenta hoy ser la nación de origen del papa actual, el primer papa latinoamericano en la extensa historia vaticana (Francisco I). Probablemente, este líder religioso sea el ciudadano argentino más relevante a nivel internacional hoy, y es probable que lo sea también al mirar la historia completa de Argentina, o al menos compitiendo en relevancia con José de San Martín, José Faustino Sarmiento y Juan Domingo Perón. Pero hay más. La ciudadanía argentina estima al papa Francisco y desea una visita del sumo pontífice. Según una encuesta de la Universidad Abierta Interamericana (UIA), el 62,5 % de los argentinos juzgaron una eventual visita del papa como «positiva», sumando solo el 23,7 % quienes la juzgan como «negativa». Pues bien, ante esa historia se plantó Milei para profanar el espacio sagrado del papado argentino. En concreto, Javier Milei ha sido el personaje público que peores reparos e insultos ha dedicado al actual jefe de Estado del Vaticano y exobispo de Buenos Aires, Jorge Mario Bergoglio. El resumen se puede hacer brevemente, pero es contundente.

Javier Milei era tertuliano de televisión en 2020 y, aclarando su carácter de católico, señaló que Francisco I (el papa) era un «imbécil» que siempre estaba de pie junto al mal y que tenía afinidad con el comunismo asesino. Las referencias al papa fueron constantes, por lo que no se puede considerar un mero exabrupto. Dijo que Francisco I violaba los diez mandamientos al «defender la justicia social» y que se trata de un «jesuita que promueve el comunismo». Milei ha dicho que Bergoglio es nefasto, que es impresentable y que, de hecho, es el «representante del maligno en la Tierra». Con el tiempo su posición no solo alcanzó al papa, sino indirectamente al catolicismo. Milei ha señalado con creciente intensidad su interés por Israel y el judaísmo. En agosto de 2023 señaló: «Estoy pensando en convertirme al judaísmo y aspiro a ser el primer presidente judío de la historia de Argentina».

La pregunta es obvia. ¿Se puede ganar una elección presidencial denostando a uno de los principales orgullos de la historia argentina? Evidentemente, es difícil. Cualquier asesor habría considerado un suicidio político entrar en esa discusión. Milei lo hizo. Y triunfó a pesar del significado de su acto.

Pero no se queda ahí. Si seguimos la arista religiosa nos encontramos con más asuntos complicados. Y es que, en todo el proceso de los últimos tres años, la vinculación de Milei con el judaísmo ha crecido constantemente. Sus opiniones

en favor de Israel han sido de una inusitada intensidad. Es decir, no solo afrontó los posibles costes de atacar a Bergoglio, sino que, además, decidió apoyar irrestrictamente al judaísmo y a Israel en una acción que evidentemente no genera un diferencial electoral a su favor. Además, las constantes referencias apologéticas de Milei a Israel no han cesado, a pesar de la crisis de legitimidad que ha tenido Israel en el conflicto iniciado en octubre de 2023, cuando el grupo Hamás atacó en una fiesta electrónica a miles de israelíes e Israel desplegó una guerra de represalia con enormes costos políticos. A pesar de las dificultades, el apoyo de Milei a Israel ha sido total, indubitado, incluso más claro y explícito que el del propio Gobierno de Estados Unidos, que ha moderado su discurso, hasta el punto de que incluso su presidente, Joe Biden, ha evitado reiterar los comentarios sionistas que se conocen en su historia política. Milei, en cambio, ha decidido insistir con fuerza en sus planteamientos en favor de Israel. Su acción en campaña electoral fue muy clara al respecto. Y tras asumir el cargo ha insistido, hasta el punto de que su segunda visita extranjera como presidente de Argentina fue a Israel y allí complementó la visita de Estado con un rito extático ante el Muro de los Lamentos.

Milei ha ido lejos. No ha dudado ni un segundo en demostrar su apoyo irrestricto a Israel y ha aumentado la apuesta en todo instante. Estando de visita en Israel, señaló: «Obviamente, mi plan es mudar la embajada a Jerusalén occidental», ya que esa es la forma de dar cuenta de su «apoyo al pueblo de Israel». Son muy pocos los países que operan con su embajada en Jerusalén, siendo uno de ellos Estados Unidos desde que Donald Trump la trasladó desde Tel Aviv.

Este apoyo al judaísmo puede parecer justificado por la importancia histórica de la colonia judía en Argentina. Sin embargo, ese peso político no se traduce directamente en votos. La población judía en Argentina es de 172.000 personas. Si bien no es una cifra cuantitativamente grande (Argentina suma alrededor de 47 millones de habitantes), lo cierto es que la influencia de los judíos es muy grande y la herida del atentado a la Asociación Mutual Israelita Argentina (AMIA) en 1994, donde 85 personas murieron, fue un hito político y social inolvidable. La población palestina en Argentina es muy baja, pero la población árabe suma una descendencia de más de tres millones de ciudadanos. Con esos antecedentes nadie habría asumido como un acto de sabiduría apoyar irrestrictamente a Israel en medio del conflicto de época, de una guerra sin buen pronóstico. Para decirlo claramente, dicho apoyo en un escenario electoral era una acción del todo irracional, quemar las naves en favor de Israel.

Pero ahí estaba Milei, listo para demostrar que la crisis reputacional israelí puede ser sorteada apoyando a la parte menos popular en el escenario mundial. Milei lo logró. No tener coste al entrar en asuntos religiosos, atacar al papa Francisco I en la mismísima Argentina, y apoyar a la parte minoritaria en términos de población (Israel). Ha demostrado de este modo una cierta inmunidad al problema que habitualmente destruye líderes: chocar con el sentido común imperante. Milei, sin embargo, fue, chocó y venció.

Es un caso extraño. Pero hay otro caso más. Y probablemente sea más sorprendente.

Argentina tiene un lamento. Una larga historia de litigio sobre las islas Malvinas ha mantenido en vilo a la élite política y a la ciudadanía argentina. A inicios de los años setenta estuvo a punto de firmarse un acuerdo propiciado por el embajador británico Hobson y el presidente Perón. La muerte de este último y la inestabilidad resultante en Argentina, sumadas al fallecimiento del propio embajador (todo esto ocurría en 1974, en un lapso de no más de cincuenta días), frustraron el acuerdo, que se resumía en una soberanía doble y dos idiomas oficiales para las islas (Falklands para los británicos, Malvinas para los argentinos). El acercamiento se transformaría en distancia total el 2 de abril de 1982, cuando tropas argentinas toman posesión de las islas sin haber declarado la guerra. La respuesta de Margaret Thatcher no solo fue veloz, sino, además, feroz. Las fuerzas navales desplegadas por Inglaterra fueron enormes y la guerra comenzó y terminó en apenas 74 días. Los ingleses se impusieron sin mayores dificultades. Más de seiscientos argentinos murieron (el triple de los muertos por parte inglesa) y la derrota fue muy dolorosa para su pueblo. Margaret Thatcher se convirtió para los argentinos en símbolo del mal, de la frialdad, de la falsedad y de los crímenes de guerra. El hundimiento del crucero Belgrano no solo fue el hito que marcó la guerra, no solo fue el evento más mortífero; sino que fue una señal de la brutalidad de Thatcher, pues el ataque se produjo fuera del área que se había delimitado para la guerra. Esa área la había decretado ella misma: 200 millas. El hundimiento del Belgrano fue un crimen que conmocionó a Argentina. La reparación de ese dolor nunca llegó desde la política. Las relaciones diplomáticas de Argentina con Inglaterra tuvieron que esperar a la salida de Thatcher del poder. La ausencia de un juicio contra la dama de hierro solo acrecentó la sensación de impunidad.

Pero hubo un día, cuatro años después de la guerra, en que Margaret Thatcher (aún en el poder) tendría que morder el polvo de la derrota.

La reparación apareció en forma de símbolo en el Mundial de fútbol de 1986. Argentina se enfrentaba a Inglaterra en el Estadio Azteca de México. Ese día un argentino se convertiría en Dios: Diego Maradona. Y su conversión escatológica se produciría no solo (ni principalmente) por haber hecho el gol más espectacular de los mundiales (que fue el segundo gol, conocido como «el gol del siglo» en Argentina). Su elevación al Olimpo no ocurriría por haber jugado un partido impresionante (que lo hizo). Tampoco serían su valentía, su arrojo, su artístico desempeño. Nada de eso fue lo importante. La clave es que, estando el partido sin goles, en el minuto 6 del segundo tiempo Maradona protagonizó una jugada espectacular y buscó una pared con Jorge Valdano. Pero un defensor inglés intentó interceptar el balón, lográndolo a medias, motivo por el cual lo arrojó hacia su propio arco, adquiriendo el balón gran altura (y poca velocidad). El emblemático portero Peter Shilton saltó para tomar el balón con sus manos. La jugada no parecía destinada ni a la historia, ni mucho menos a la Historia. Era una jugada normal con un desenlace normal: el arquero triunfaría en las alturas. Maradona corrió a toda velocidad y saltó cuanto pudo. No parecía, de todos modos, algo viable. Shilton medía ciento ochenta y tres centímetros; Maradona, apenas ciento sesenta y cinco. De añadidura, Shilton podía usar las manos; Maradona, no. La jugada no prometía nada. Pero Maradona saltó y usó su mano para evitar que Shilton accediera a la pelota, anticipándose. Era ilegal, era una trampa...

Una trampa como atacar el Belgrano fuera de la ley.

La pelota avanzó hasta cruzar la línea de gol y Maradona corrió a festejar, aunque todos (él inclusive) estaban atentos a ver qué decía el árbitro (que probablemente invalidaría la conquista). Los ingleses corrieron desesperados, persiguiendo al juez, pues era una mano evidente. El árbitro (presionado) le preguntó a uno de sus asistentes, quien apoyó la legalidad del gol. En ese instante la mitad del planeta sabía, sin duda alguna, que el gol había sido hecho con la mano. Sí, era ilegal, pero Maradona convertiría la ilegalidad en legitimidad en una acción taumatúrgica. En su declaración posterior al partido declaró que el gol fue anotado «un poco con la cabeza de Maradona y un poco con la mano de Dios».

¿La mano de Dios?

Sí, la mano de Dios. No era cualquier gol. El gol no solo era ilegal, era la justicia, la reparación. Una moneda mala pagaba la deuda de otra moneda,

indudablemente peor, desproporcionadamente peor, criminal. Esa equivalencia, esa metáfora, no había nacido en la cancha. La sensación de revancha y reparación precedía el encuentro de los dos equipos en la cancha del Estadio Azteca. Ese día, el ingreso al vestuario argentino había sido distinto. La responsabilidad era muy grande, pues ya no era fútbol, sino la conciencia nacional de Argentina. «Nunca más», se le había dicho a los militares respecto a las indiscriminadas violaciones a los derechos humanos. A Inglaterra había que dejarle claro que «nunca más» Argentina sería derrotada. Un jugador declaró: «Lo de Malvinas se sentía: teníamos que representar a todos los argentinos». Varios jugadores relataron que el nerviosismo era enorme. Giusti dijo: «Yo estaba cagado».

Los jugadores recuerdan la arenga que hizo Maradona, como capitán, en el vestuario. En sus palabras Maradona transmitió una fuerza distinta a la de los demás partidos. Maradona exigió salir a la cancha concienciados de lo que el partido significaba para todos los argentinos. Era un rival, dijo, al que había que ganar sí o sí. Giusti señaló, sin mayores sutilezas: «La sensación era de querer ganarles como sea, de querer romperles bien el orto. Esa es la verdad». Brown señaló que los jugadores argentinos querían enrostrar a los ingleses los jóvenes argentinos muertos en el Belgrano. Brown señala: «Habíamos asumido ese honor por toda la gente que estaba en su casa, que había perdido un hijo, que había perdido un hermano. Entonces íbamos dale, dale que a estos hijos de puta los matamos. Mierda, otra vez la guerra. No sabés lo que fue esa salida a la cancha».

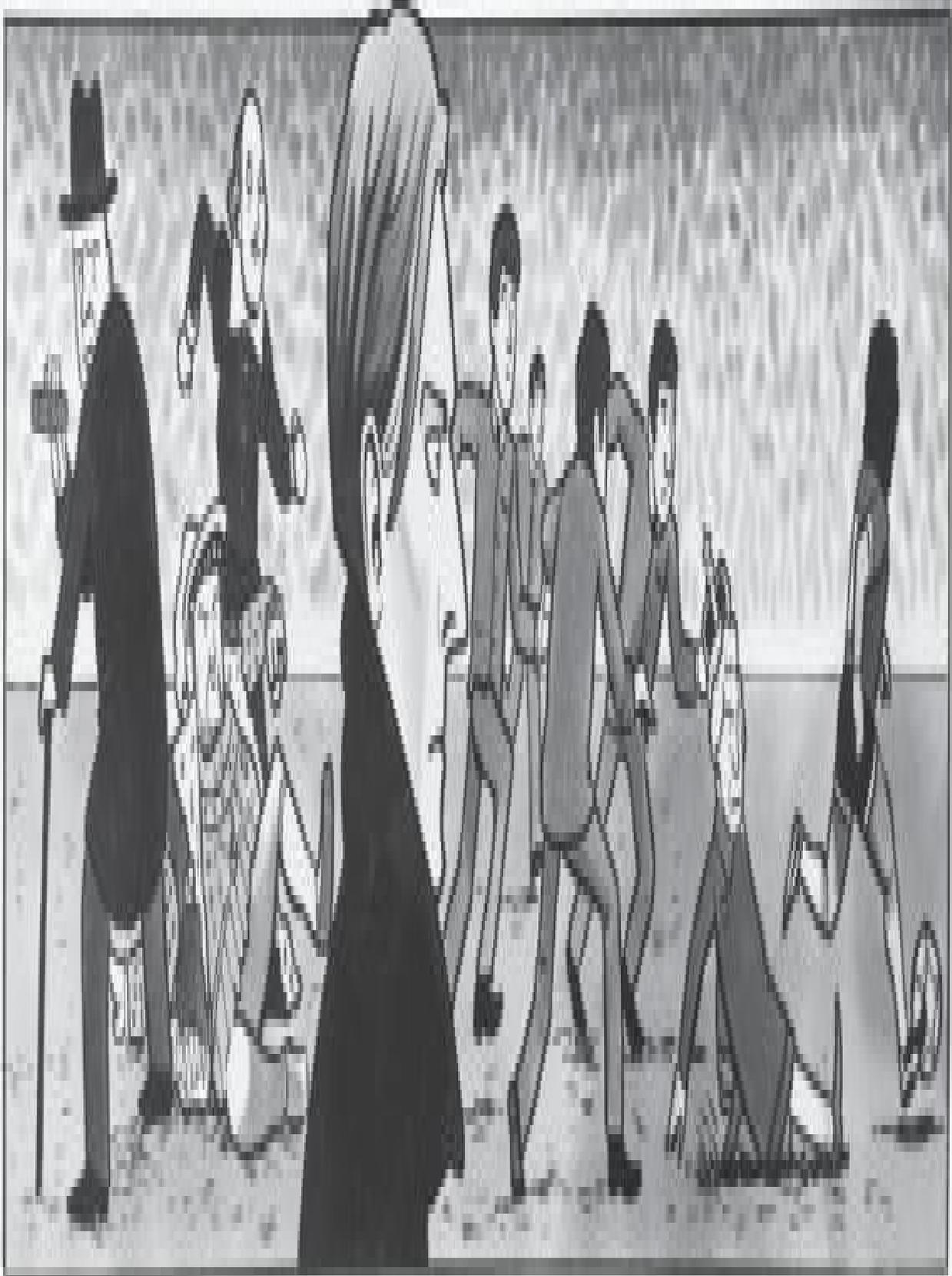
Ese día de junio de 1986 el fútbol fue la continuación de la guerra por otros medios. Así lo explicó Maradona años después:

Era como ganarle a un país, no a un equipo de fútbol. Si bien nosotros decíamos, antes del partido, que el fútbol no tenía nada que ver con la guerra de las Malvinas, sabíamos que habían muerto muchos pibes argentinos allá, que los habían matado como a pajaritos... Y esto era una revancha, era recuperar algo de las Malvinas. Estábamos defendiendo nuestra bandera, a los pibes muertos, a los sobrevivientes (1 de abril de 2014).

Ningún jugador inglés hizo alusión alguna contra Argentina. Su principal figura,

Gary Lineker (goleador de ese Mundial), es admirador de Maradona. Los argentinos no dijeron nada contra los jugadores ingleses. El objeto del odio argentino tuvo y tiene un nombre claro: Margaret Thatcher. Incluso el cantante inglés Morrissey, en su paso por Argentina para ofrecer un recital en 2017, se interesó en dejar plasmada su posición sobre Argentina y Thatcher, en una carta abierta donde señaló: «Los héroes de guerra británicos sin piernas aún apoyan a Thatcher, porque, si no lo hicieran, estarían forzados a enfrentar la verdad sobre sus vidas: que sus miembros fueron usados como combustible de su ego [refiriéndose a Thatcher]».

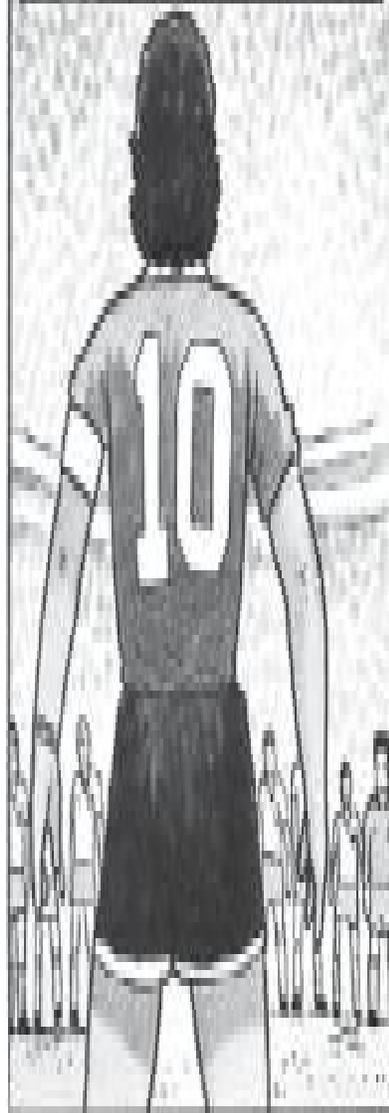
En noviembre de 2020 murió Maradona. El periódico inglés The Guardian participó en el homenaje al astro argentino con un reconocimiento gráfico con toda la historia del capitán argentino. Pero, antes de hacerlo, el dibujante inglés David Squires recordó la caricatura que en tiempos previos había hecho sobre Maradona venciendo a toda la historia inglesa. En la ilustración aparece Maradona dejando en el suelo a Winston Churchill, Enrique VIII, Shakespeare, Los Beatles, David Bowie y la reina Isabel. Los dos monarcas en el dibujo están en el suelo.



Viñeta de David Squires para The Guardian

David Squires publicaría en su genial libro *The Illustrated History of Football* una viñeta que conectaba la «mano de Dios» con la guerra de las Malvinas y con el emblemático «gol del siglo». Maradona niega a la prensa que el partido tenga relación con Malvinas, pero luego menciona a Terry Fenwick (el defensa inglés más humillado en el famoso gol de Maradona) y señala: «Díganme que no besa una foto de Thatcher cada noche».

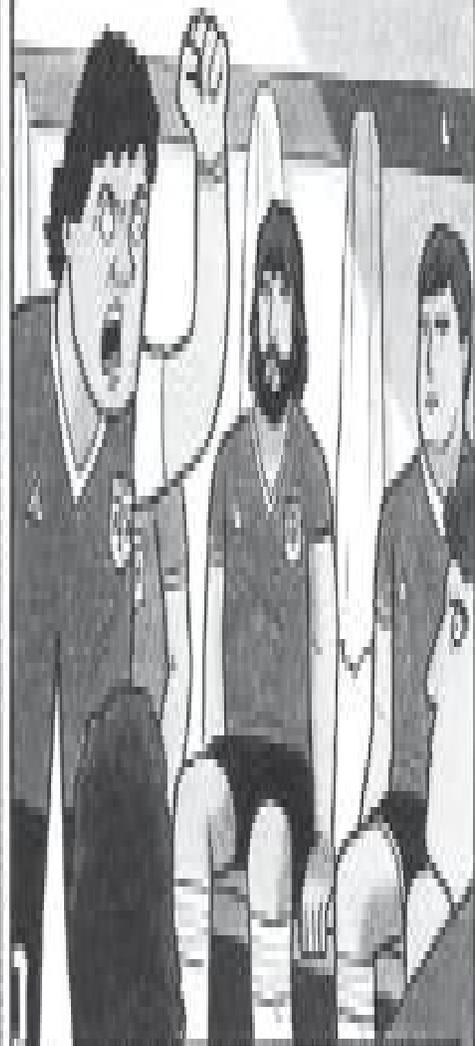
'High noon in Mexico City, the perfect and sensible time to schedule a showdown. For once those FIFA snakes have got something right.'



'But as captain, I have a responsibility to cool the hysteria.'



'Football and politics shouldn't mix. This has nothing to do with the Malvinas.'



Boys, this has **EVERYTHING** to do with the Malvinas. Just look at Terry Fenwick with his breakfast DJ hair and tell me he doesn't kiss a picture of Thatcher every night. This is about **WAR**. This is about **REVENGE**. **THIS IS ABOUT BALLS!**

Viñeta de The Illustrated History of Football (Squires, 2017)

En resumen, ningún argentino había validado a Margaret Thatcher como referente desde ese mes de abril de 1982. Ningún inglés que pisase suelo argentino diría algo en favor de Thatcher. Y el opuesto histórico de Thatcher para los argentinos ni siquiera era otro líder político, sino que era Maradona. Es decir, la polaridad política era de una intensidad clara: un elemento oscuro y maldito (Thatcher), su opuesto luminoso y bendito (Maradona). Lucifer y Dios, frente a frente.

De esto se concluye algo simple: elogiar a Thatcher en Argentina era un suicidio político. Era ir contra los jóvenes del Belgrano, contra Maradona, contra la dignidad argentina. Era imposible elogiar a Thatcher.

Sí, era imposible. Y el verbo se queda en pasado. Pues hubo un hombre que pudo elogiar a Thatcher en Argentina. Y que pudo hacerlo siendo candidato a presidente. Y que no solo sobrevivió al temerario gesto, sino que, además, ganó con holgura y claridad.

Por supuesto, usted sabe a quién refiero: es Javier Milei.

Milei señaló que Margaret Thatcher fue una de las grandes líderes de la humanidad, destacando la importancia de haber abonado el camino que terminaría con la caída del Muro de Berlín. Milei no solo dijo esto, sino que, además, lo dijo en plena campaña, en rigor, a un mes de las elecciones. No es algo que comentase tres años antes y luego hubiera de matizar o desdecirse. No, lo dijo a un mes de la elección, frente a frente con su rival electoral. Era una locura. Un suicidio político.

El último mes renació la esperanza en el peronismo. Milei cruzaba todas las fronteras de la lógica y la política. El candidato oficialista (Sergio Massa) se fortalecía. O eso se pensaba. Los argentinos no podrían votar a un candidato que denostaba a Maradona y que ensalzaba a Thatcher.

La guerra de las Malvinas es todavía hoy territorio sagrado para los argentinos. El crimen del ataque al Belgrano es un símbolo inolvidable. Los candidatos que

van a chocar contra un sentido común suelen caer en desgracia. Pero esto es más grave si ese sentido común se da en aquellos temas donde el dolor moral y la vulneración de la nación se reúnen en un mismo punto. No hay asesor en el mundo que pueda recomendar a un candidato a la presidencia de la República de Argentina que se declare a favor de Margaret Thatcher. Eso era cierto hasta 2023.

Es cierto que los argentinos valoran la diferencia. Es el único país del mundo donde ser «bárbaro» es un valor positivo. También es positivo si te dicen «monstruo». Pero los argentinos, de gran poder disidente, suelen ser defensores férreos del resto de los argentinos. Y hay nombres que pesan toneladas y a esos seres totémicos no se les puede ofender. No es, pues, tan extraño que los argentinos acepten a Milei en tanto monstruosidad o en tanto un sujeto bárbaro (otro hostil que no respeta las reglas), pero sí es extrañísimo que se le haya conferido el derecho de tocar el territorio sagrado de Malvinas careciendo de toda sensibilidad nacional; sí es extraño que se le haya permitido apoyar a una enemiga de la patria. Fue así como a finales de 2023 todo un pueblo le suspendió la maldición a Thatcher en nombre de un líder gritón e impúdico. Javier Milei cruzaba una frontera.

Haber ganado unas elecciones con enorme participación y con más del 56 % de los votos resulta altamente sorprendente porque no solo hostilizó al papa Francisco I, hizo otro tanto con Maradona. En redes sociales escribió: «#BuenMartes para los fanáticos de Mardedroga...!!! Dado su desprecio por los números seguro son peronistas». Fue en 2016. La polémica creció y Milei no se arredró. Dijo: «Yo no emití juicio al respecto. Vos le has puesto una carga al punto que no tiene. Por mí que se mate...». Situaciones como estas no fueron extrañas, sino que fueron la norma de Milei. Se declaró seguidor de Boca Juniors, pero denostó al último gran ídolo del club, Juan Román Riquelme.

Javier Milei hizo apología de Thatcher y a Maradona lo denostó.

Los dos errores están conectados en la cultura argentina. Porque en el país sudamericano el opuesto político de Thatcher no es otro líder global o nacional. El opuesto socioemiológico es Maradona. En las extrañas configuraciones de la construcción de opuestos sociales, los argentinos establecieron la polaridad: la traidora y el héroe, la política inhumana y un dios demasiado humano, la emperatriz elitista y el muchacho de Villa Fiorito, la perspectiva dominante y la mirada alternativa, la pérdida de la dignidad argentina y el retorno de ella. Sí,

Thatcher y Maradona, antípodas políticas, morales, nacionales. Allí se había anudado una estructura. Thatcher, el pecado; Maradona, la redención. Thatcher, la muerte; Maradona, la vida. Thatcher, la denostación; Maradona, la reivindicación. Thatcher, las élites; Maradona, el pueblo. Thatcher, el norte; Maradona, el sur.

Lo de Milei es increíble. Se enfrentó a una estructura consolidada. Y tomó posición en ambos lados de la polaridad. Y en ambos lados eligió no ser argentino. Milei abrazó a la traidora y atacó al héroe. Ni el rock argentino había ido tan lejos.

¿Se puede sobrevivir políticamente a estas acciones en Argentina?

No, no es viable.

Pero Milei lo logró.

¿Es Javier Milei una vanguardia de tal intensidad y poder que es capaz de volcar por completo las estructuras de significado de la política argentina? Nuestra respuesta a esta pregunta es taxativa: sencillamente, no. La búsqueda de una respuesta no está allí.

No solo las disputas de Milei ad hominem han sido polémicas. También su propuesta de libre mercado aplicable a todo proceso de intercambio generó espanto. ¿Mercado para la venta de órganos? Sí. ¿Mercado para la venta de armas? Sí. ¿Mercado de niños? Sí.

¿Y si le preguntan por su ídolo? Milei contestó en diversas entrevistas mencionando al mismo hombre: Al Capone. ¿La razón? Porque se atrevió a evadir los impuestos. Añadió que, en general, los traficantes deben ser reivindicados.

Milei fue capaz de ir contra todas las certezas de Argentina. Y fue capaz de confrontar desde la nada. Milei insultó al papa argentino. Milei hizo apología de Margaret Thatcher. Milei defendió con crudeza a Israel en medio de su principal crisis de legitimidad. Milei criticó a Maradona. ¿Alguien puede imaginar semejante arrojo? ¿Cómo es posible que nada de esto haya tenido impacto? O, más increíble, ¿cómo es posible que todo esto haya tenido impacto positivo?

Este misterio tiene respuesta.

Y es que Javier Milei no está disputando nada en el significado de los hechos.

Javier Milei solo es una energía desbocada, una fuerza disruptiva, la energía de una época de aquellas en que no queda piedra sobre piedra que no sea destruida. Es el hombre de una época ardiente. Es la velocidad, es la explosión, es la escalada térmica de un presente que se rinde ante la búsqueda del significado y se somete al imperio de la aceleración. Es la destrucción de un mundo. Es la velocidad de la luz, pero hecha de sombra y caída. Es el fantasma de una mano invisible que, velozmente, cruza los destinos por encima y sin tocar.

¿Es eso posible? Sí, es posible. Porque el choque de Milei, su obsesión, el sentido de sus actos, radica fundamentalmente en la necesidad de reducir a cenizas el Estado.

Pero tiene un problema. Se ha convertido, con su venia y la de su pueblo, en jefe de Estado.

Su más alta dignidad es al tiempo una ironía corrosiva, su más grande logro es al tiempo una maldición, su tamaño más grande se ha conseguido siendo un Judas de su templo. El profesor Jesús Huerta de Soto (adorado por Javier Milei) lo explicita en sus conferencias: «El Estado es la encarnación del demonio» (octubre de 2014). Milei está sentado en la silla del maligno.

Milei quiso ser jefe de Estado. Y lo logró. Ha sido tentado en el desierto y a la oferta le ha concurrido la demanda.

MILEI Y EL ESTADO

«Acá el punto es el siguiente. Reconocer quién es nuestro verdadero enemigo. Nuestro verdadero enemigo es el Estado. El Estado es el pedófilo en el jardín de infantes, con los nenes encadenados y bañados en vaselina».

JAVIER MILEI

Nueve de la mañana, un edificio corporativo.

Un hombre cruza el umbral del gigantesco acceso. Busca trabajo. Ha rellenado un formulario para postular al cargo de piloto aeronáutico y ha recibido una primera respuesta. Su postulación ha superado la primera etapa (le dicen) y es citado a la entrevista crucial (en el edificio donde ha ingresado). Se ha subido al ascensor inteligente y el aparato sube a una velocidad excitante. Al entrar en la sala de reuniones, ubicada en la esquina de la planta treinta y dos (con espectaculares vistas), el postulante contabiliza cuatro personas esperándolo. Todo parece indicar que otro postulante acaba de salir, o esa es su sensación. Piensa que seguramente se lo cruzó al salir del ascensor, el joven de rostro exitoso, pero en ese instante preocupado. La sala de reuniones está llena de fotografías de aviones, con fotos en blanco y negro y fotos en color, con fotos institucionales y artísticas. También hay réplicas de aviones en miniatura, distribuidas con sumo cuidado. Es natural que así sea, se trata de la aerolínea más importante del país. Le indican un asiento.

La entrevista comienza por los derroteros habituales, confirmando el currículum ya conocido y precisando algunos puntos que podían inducir a error. A los diez minutos ya se ha entrado en materia, dejando de lado los remilgos habituales de

los inicios diplomáticos. En el marco de la dimensión humana, se le pregunta por qué decidió formarse para piloto. Era una pregunta simple. La respuesta sorprende por su complejidad y por su evidente exceso de honestidad. Dice el entrevistado: «No lo sé, la verdad es que no sé qué me llevó a considerar ser piloto, de hecho, es curioso ahora que lo dice, es que la verdad es que detesto volar». Uno de los evaluadores sonrió expresivamente, pero rápidamente comprendió que la confesión iba en serio. O algo así. De todos modos, falso o cierto, broma o confesión, la escena era disonante: la luminosa sala de reuniones, los grandes ventanales, la ausencia de polvo, la inexistencia de cigarrillos humeando en la boca del entrevistado, la falta de un bar oscuro o de una oficina con tintes ominosos; todas esas ausencias le quitaron sentido dramático a un momento para una obra genial en cualquier género teatral o cinematográfico imaginable. Pero el impacto de las extrañas palabras seguía flotando en medio del mobiliario estilo nórdico hecho para diluir toda intensidad.

Sin esperar más preguntas, el postulante decidió dar cuenta de su visión sobre la industria del aire. Se entregó así al goce de reivindicar su odio a volar.

Acomodándose en el asiento y subiendo la voz explica los fundamentos de su odio. Y profundiza: «No solo odio volar... Además, detesto los aviones».

Definitivamente, el entorno no hace mérito al momento. Claramente faltan el cigarrillo, el humo y un vaso de whisky. Solo eso podría dar el tono con la extraordinaria escena del piloto especializado que odia volar. Solo una estrella de rock podía decir algo así. Solo un anarquista podía decir algo así.

El postulante sonríe. Conoce la magia de sus palabras.

Uno de los evaluadores intenta recordar el nombre de Ionesco. Su búsqueda, sin embargo, es inútil. El nombre no llega a su memoria. Un avión que acelera solo puede elevarse, es su único destino saludable. Por ello, el postulante decide despegar y aumentar la apuesta. «La verdad es que es una industria de mierda. Odio todo en esa industria...».

El giro hacia la «industria» requirió una aclaración de los entrevistadores. «¿Se refiere usted a la industria aeronáutica?». El postulante lo mira con sorna y señala: «¿Qué cree usted? ¿Que estoy hablando de los productores de carne? Por supuesto que no, me refiero a la industria del aire, a la industria aeronáutica, a la mierda esa que solo puede ser detestada. Toda la industria, desde sus ejecutivos hasta los tripulantes de cabina, ¡todos! Una mierda todos, sin excepción, señores. Bueno, los peores son los tripulantes de cabina: trabajan poco, cobran mucho,

son quejicas, son incompetentes y son capaces de hacerlo todo mal. Es una industria de mierda, son todos corruptos. Lo mejor sería que sencillamente no existiera».

Apuntando en su libreta, un evaluador pide una precisión: «¿Considera usted que no debe existir la industria aeronáutica?». No levanta la vista, está apuntando con todo detalle. «Por supuesto, es lo que estoy diciendo. La industria aeronáutica en su conjunto no debiera existir. Y tampoco los aviones. Y tampoco los aeropuertos. Y tampoco sus funcionarios provistos de ese sucio y pequeño orgullo enquistado en sus horribles uniformes».

«¿Ha usado usted esos uniformes?». El postulante aclara que por supuesto, que obviamente los ha usado, que no tiene más remedio. Pero añade: «Lo importante es saber que esta industria es el mal».

Uno de los evaluadores (el que pensó en Ionesco, pero no dio con el nombre) está sumamente sorprendido. Su rostro muestra una sonrisa compuesta por un cuarenta por ciento de estupor, un veinticinco por ciento de ironía, un veinte por ciento de goce y un quince por ciento de horror. En su libreta no hay anotaciones y mueve su cabeza de lado a lado para dejar claro que es suficiente, que el espectáculo ha terminado.

Despiden al postulante, le informan de que pronto tendrá noticias, ya sea para bien o para mal. Le desean suerte y el postulante se despide. La puerta se cierra a sus espaldas.

Cuando el postulante sale de la oficina, el evaluador finalmente recuerda a Ionesco. No puede evitarlo y se ríe. «Esto es extraordinario, es lo más asombroso que he visto, nunca había disfrutado tanto una escena», comenta. Los otros evaluadores lo miran con extrañeza. Su risa no encuentra complicidad. Para su estupefacción, ve que los otros evaluadores están muy tranquilos con la entrevista y lo consideran un aspirante serio. El evaluador que recordó a Ionesco se arregla la chaqueta, repara su posición distendida para favorecer la seriedad de su comentario y comprende que el riesgo ha llegado a él. Espeta: «Es difícil darle el puesto de piloto de avión a un postulante que expresa su odio a volar». La seriedad produce cierta incomodidad, acababa de reírse y ahora se ponía serio. Se desarrolla entonces esa secuencia de vacío a la que llamamos silencio. Nuestro Ionesco agrega, subiendo el volumen: «¡Es difícil darle el puesto de piloto de avión a quien odia los aviones!». La entidad llamada silencio continúa

su magnífica evolución. El hombre, apelando a ese espectro llamado razón, pero en realidad ya rendido, aumenta el volumen nuevamente y casi grita (ya sin convicción) lo siguiente: «¡Es muy difícil darle el puesto de piloto de avión a quien odia a los tripulantes en general, como grupo humano, como especie, como género, como clase, como estamento, en fin, como cualquier colección de personas que comparten un oficio..., es difícil!!». Su voz pierde potencia y se desintegra sin pasar más allá de tres metros desde el emisor.

«No podemos pronunciarnos sobre los gustos del postulante», le contesta la mayor autoridad presente en la escena.

«Y ¿por qué entonces le preguntamos sobre sus gustos y opiniones?», responde nuestro Ionesco. Ahora quien se acomoda en su silla es la máxima autoridad, el presidente ejecutivo:

En rigor para nada, quizá para buscar aproximarnos a la persona, pero eso debe estar en otro cajón de nuestra mente, no es para la evaluación en sí..., es algo como el perfume de la persona, queremos saber si huele bien, pero no podemos juzgarlo por ello... No sé si me explico, pero creo (y esto es lo importante) que el postulante es válido. E incluso me parece indesmentible que tiene un currículum que vale mucho la pena y debemos pensar que quizá pueda ser calificado para que pueda quedar a cargo del avión más grande de nuestra flota, ustedes saben, el «triple siete». De verdad creo percibir en él que tiene la personalidad para afrontar un desafío como ese.

Las sabias palabras penetraron con facilidad en los evaluadores, salvo nuestro Ionesco, que tenía la impresión de que el postulante seguía en la sala y que aquello que había salido en forma de cuerpo del candidato era la racionalidad.

Al terminar el proceso de selección, con una velocidad inusitada, el hombre que odiaba los aviones, que odiaba volar, el hombre que odiaba a los tripulantes de aviones, precisamente ese hombre, fue contratado para conducir el avión más valioso de la flota. Así es, era el elegido para pilotar el «triple siete». El más alto honor y la mayor responsabilidad de la compañía recaían en sus manos. ¿Puede haber algo más extravagante? Claro que sí.

Si el hombre contratado, antes de postular, hubiese recorrido los canales de televisión y toda la prensa imaginable señalando los horrores de los aviones, de los pilotos, de los tripulantes, si hubiese explicado con detalle y escándalo a la vez, con argumentos técnicos y palabrotas, que no hay nada peor que volar, que los aviones, que no hay nada peor que los funcionarios de la industria, que los líderes de la industria, en fin, si ese hombre hubiese señalado los infinitos riesgos derivados de la existencia de los aviones, si ese hombre hubiese señalado con insistencia y ante medio país de modo cotidiano que la existencia de pilotos es un absurdo histórico y que la existencia de aviones debiera ser un delito y no algo valorado, entonces nos sorprendería todavía más la decisión tomada. Porque en ese caso el absurdo no se limitaría a los estrechos límites de una oficina, a los sesgos y arbitrios de un directorio. No, pues, en ese caso, en el caso de que el asunto haya sido visto y comentado por toda una nación, entonces ese proceso, esa decisión, pasa a poner en juego el alma de un pueblo, la discusión de una sociedad, el sentido de justicia, de seguridad, la pertinencia de las palabras, la valoración de la responsabilidad. Es así porque en una discusión pública todos somos un poco responsables. Entonces, si todo un país discutió sobre el piloto de avión que odia los aviones y que es contratado para pilotar el avión más valioso de la flota, se ha de comprender que el asunto adquiere un trasfondo y una profundidad antes inexistentes.

Esto exactamente fue lo que pasó en Argentina. Bueno, casi exactamente. Pero no se trataba de aviones. No se trataba de un piloto. Como toda historia interesante, se puede resumir en un párrafo.

Un hombre dijo odiar el Estado, dio sus razones, explicó sus fundamentos, dio cuenta de las pruebas, señaló las recetas, fue claro en despreciar la política, en denostar a los políticos y en minusvalorar las instituciones públicas. «Estado, no; mercado, sí», dijo en todos los tonos (pero de verdad en todos). Y lo señaló radicalmente: ¿venta de órganos humanos?, al mercado libre; ¿porte de armas?, al mercado libre. ¿Niños? «No es descartable que el mercado se haga cargo de ello». Este hombre se pregunta: «¿Qué es un derecho?». Y su respuesta es una espada veloz: «Donde hay un derecho garantizado hay expropiación». Este hombre es carismático, gracioso, intenso como nadie. Una mezcla de estrella de rock, de motivador de empresa, de académico y de showman. Es rápido, de una velocidad sorprendente, alucinante. Y ese hombre recorrió los canales de televisión, publicó libros, fue tentado por diversos actores, fue denostado, contó su triste historia personal, explicó los fundamentos de la economía, luego los banalizó uno por uno. Como si hubiese sido un gran futbolista, cada día era un

espectáculo y marcaba goles fácilmente. Fue derrotando rivales, a veces con razones, a veces con burlas, otras con gritos. Su repertorio no se puede calificar de amplio o angosto, pero sí se puede calificar de eficaz. No rehuyó una sola polémica, vivió en ellas y con eso se sumió en el riesgo. Y en el riesgo ganó. Una y otra vez. Y se elevó en la cadena trófica de la política. Y se acercó a la conducción del Gobierno. Y a la Jefatura del Estado.

Ese hombre es una bestia carnívora en la cadena alimenticia del éxito, un ser capaz de crecer y someter a nuevas especies, es una criatura competitiva darwinistamente. Se autoproclamó «león», se autoproclamó protagonista y hombre de acción de la manera más expresiva posible:

Lo que quiero decir es: hay un salame¹ o tres salames opinando desde una computadora... ¿Sabés qué? Mientras miran a la señorita por internet, yo estoy en el medio de sus sábanas.

Milei no teme hacer publicidad de sí mismo. Y lo hace extraordinariamente bien. Los televidentes quedaron fascinados con su discurso, su desempeño, sus burlas, sus imprecaciones, sus llamamientos, sus confesiones (verdaderas o falsas). Y no tuvieron grandes problemas con sus desatinos, con sus momentos en los que escuchaba voces y las refería con desesperación en los programas de televisión. Todos sus errores se convirtieron en aciertos. Y es que, cansados de otras altisonancias biempensantes, de los discursos de protección en medio de un país caído, los argentinos escucharon al malpensante que ofrecía la miseria en la conducta y la gloria del éxito como resultado. «Defiéndete a ti mismo, piensa solo en ti y todo saldrá bien», vino a decir. Y atacó toda forma de organización común, colectiva, conjunta. Y consumó su acción señalando al Estado como la encarnación del mal, a los impuestos como un robo, al colectivismo como un error histórico, a la política como la coacción que impide el funcionamiento de los mercados y a los políticos como los únicos beneficiarios reales del gasto público. Milei hizo de la demolición una doctrina.

Luego de su triunfante desempeño como crítico acérrimo del Estado, tras ganar una tras otra las diversas reyertas, algunas menores, otras mayores, este hombre se postuló a presidir el Gobierno, se postuló para ser jefe de Estado. Para ello

ingresó en la política (que siguió denostando), ganó las elecciones e ingresó a trabajar en el Estado (que siguió denostando), articuló sus equipos a partir de los impuestos (que siguió denostando) y hoy es un líder mundial que ofrece una nueva profecía, ya no el neoliberalismo con remilgos, sino a rostro descubierto la apología incondicional al mercado.

Su nombre es Javier Milei. Conduce hoy los destinos de Argentina. Es liberal y anarquista, si acaso eso es posible (y claro que no es posible). Ha sido contratado para pilotar el avión más grande de la flota, pero odia volar y odia a los pilotos y odia a todo profesional que trabaje en aviones. Todo es un absurdo. Un absurdo que funciona.

Y he aquí el resumen de los hechos esenciales. Pero toda historia está hecha de detalles y esas sutilezas tienen mucha relevancia. Y toda historia está hecha de interpretaciones. Y de la necesidad de comprender ambas cosas, hechos e interpretaciones, porque ambas dimensiones suponen relevantes consecuencias. Por eso, la historia del anarcocapitalista que deseó y logró dirigir el Estado bien merece las siguientes páginas.

1 Salame es un uso coloquial para referirse a una persona de poca inteligencia.

MILEI, RÁPIDO Y FURIOSO

«Yo no opino de Aristóteles».

JAVIER MILEI

En extensas sesiones en el Congreso argentino, las distintas fuerzas políticas tuvieron que absorber, en escasos meses, la alta demanda de respuestas exigidas por Javier Milei. Comprendiendo la importancia política de las primeras horas de su Gobierno, avanzó a gran velocidad para situar a los parlamentarios ante la disyuntiva de serle hostiles o amables. ¿Había que defender posición? ¿O había que ceder y mostrarse dialogante? Javier Milei obligó a la oposición a tomar decisiones apresuradas afrontando este dilema. La secuencia fue simple: a cuarenta y ocho horas de iniciado el Gobierno, el ministro de Economía, Luis Caputo, anunció diez medidas de emergencia. En ese instante se produjo la primera devaluación del peso.

Pocos días después, a menos de diez de iniciado el Gobierno, Milei informó de un «decreto de necesidad y urgencia» (DNU) mediante el cual el presidente argentino derogaba cerca de cuatrocientas leyes. Eran pocos días y las protestas comenzaban a crecer. Y eso no es pieza menor, pues las protestas, en Argentina, son instituciones de peso, resultan ser parte de la vida social, muy legitimadas y de gran relevancia política. Muchos pensaron que la llegada de las protestas llevaría a Milei a levantar un poco el pie del acelerador. Pero no fue así. Milei decidió entregar un tercer paquete de grandes reformas. O, mejor dicho, un paquete de gigantes reformas, un vendaval en la historia de Argentina. Era la «ley ómnibus», que contaba con más 660 artículos.

En menos de dos meses, Milei había acelerado y cambiado la historia argentina.

Las tres propuestas significaron grandes discusiones, y muchos proyectos murieron en el camino. Pero lo cierto es que fue una demostración de fuerza extraordinaria y un resonante triunfo para Milei. Al final del camino no habrá obtenido más allá de un tercio de lo presentado. Sin embargo, no hay autoridad política que consiga más de doscientas leyes o reformas de leyes en dos meses. Su presentación masiva obligó a la oposición a abrirse a acuerdos, ya que se vería como un acto hostil no aprobar nada al Gobierno con mayoría social recientemente refrendada. Milei aprovechó su velocidad inicial, resultado de su triunfo y su estilo desbocado, para consolidar una posición fuerte desde el Gobierno.

La aceleración de la historia había funcionado. Y Milei es un maestro de la velocidad. Pero ¿cómo de bueno es acelerar la historia? Y ¿cómo de compatible es con el liberalismo? Iremos a preguntarlo al pasado.

Hace dos mil quinientos años un filósofo pensó que la economía era uno de los tipos de la actividad económica (no una ciencia, por ello no lleva el concepto «logos»). Para este pensador, la economía refiere a la gestión prudente de recursos para satisfacer las necesidades comunes. Pero hay una forma «perversa» de gestionar el dinero, en su visión. Bajo ciertas condiciones el dinero deja de ser un bien y pasa a ser un fin. Y ¿cuál es el fin buscado? La acumulación de riqueza. La gestión del dinero se hace para producir más dinero. Para este autor la persecución de objetivos de enriquecimiento y acumulación puede conducir a la corrupción y al desequilibrio principal: la deshumanización.

Esta ruta de interpretación la forjó Aristóteles utilizando un concepto (crematística) que había inaugurado antes Tales de Mileto. Y esta doctrina influyó en toda la zona de Europa y Medio Oriente. Indudablemente, influyó en las condenas históricas a la usura en distintos pueblos. Y fue uno de los factores que supuso la mirada de sospecha a la acumulación de riqueza por parte de la Iglesia católica. Como se sabe, el protestantismo modificaría esta visión a partir del siglo XVI, legitimando la riqueza y (según Max Weber) entregando los rieles para que el capitalismo pudiera avanzar apropiadamente hasta su configuración sociocultural.

Se puede estar de acuerdo o no con Aristóteles. Pero hay algo claro. La historia ha ido exactamente al lugar contrario al que sugería como más adecuado. Porque

la crítica aristotélica es radical. Para él, la orientación a acumular dinero está asociada a la satisfacción de los placeres superfluos, al hedonismo. La vida placentera, por tanto, supone adquisición de dinero. Se alejan así los ciudadanos de la felicidad, fin último de la política para Aristóteles. La actividad de la gestión de los bienes y de las necesidades, para Aristóteles, se puede hacer con arreglo a una ética o sin orientación a ella. Esta discusión sí está presente en el origen del liberalismo, sin duda, lo está en Adam Smith, cuyo opus escritural bien merece una revisión basada en la lectura y no en la propaganda. Los esfuerzos de «superación» de la ética por parte de los investigadores en economía se dieron tardíamente, pasada la mitad del siglo XIX. El materialismo marxista cumplió un rol al respecto. No es posible señalar en Marx una suspensión ética total, pero sí existe una suspensión ética como parte del proceso histórico: la necesidad de llegar al final del camino (el comunismo) tendría cara de hereje y habría que aceptar horrores. La llegada de Inglaterra a la India era, más allá de los muertos, una necesidad para la evolución de la historia.

En ciertos continuadores del «liberalismo económico» (y ya nos referiremos a la necesidad de diferenciar, a veces al menos, entre tipos de liberalismo) también encontramos la ruta de reducción de la problemática ética y moral. Se trata de la escuela austriaca, fundamental, además, en la discusión con Marx. Se suele asumir el inicio de la escuela austriaca de economía en 1871, cuando ve la luz la obra Principios de economía política de Carl Menger. Será este autor, junto con William Stanley y Leo Walras, quien explicará una de las grandes revoluciones de la economía y una solución fundamental para patear el tablero de Marx. La historia es la siguiente (disculpe usted el resumen de evidente grosor):

a) Adam Smith señala que el valor de un bien radica en la cantidad de trabajo que se puede recibir a cambio de la mercancía. Surge así la teoría del valor-trabajo. Es decir, si usted quiere saber el valor de algo, vea cuánto trabajo supone poder obtener la mercancía.

b) Marx encontró en este punto una fisura de la teoría liberal. Y la fisura es tan importante que, manteniendo intacta la teoría, la conclusión de Marx es inversa. La teoría de Smith asume que aquello que produce el valor de una mercancía es el trabajo y que no hay nada más que trabajo productivo en el valor. Siendo así,

dice Marx, necesariamente el empresario que vende un producto lo vende al precio que corresponde a su valor (al trabajo acumulado). Y, por tanto, necesariamente debe dejar de pagar a los trabajadores un porcentaje de su tarea para tener una utilidad. De aquí surge la idea de que hay una exacción, un robo, en medio del proceso productivo.

c) La escuela austriaca simboliza el momento en que surge la perspectiva marginalista que establece la existencia de un valor subjetivo. El valor está en la escasez, según esta teoría. Mientras más escaso sea un bien, más valioso. Este sencillo principio tiene, además, ventajas formales importantes, ya que permite matematizar los procesos de decisión económica y establecer las famosísimas curvas de oferta y demanda. En este proceso surgirá el rótulo de «economistas neoclásicos», que luego será profundizado en una dirección algo distinta.

En la escuela austriaca se producirá un debate que es muy pertinente para nuestro análisis de Javier Milei. Esta escuela tuvo una historia de divisiones y conflictos. Hayek, el nombre más prominente, fue acusado en diversas ocasiones de no respetar las tesis de la escuela. Se le consideraba, de hecho, poco «anarquista». La razón de esto es que Hayek defendía algunas instituciones que, según le parecía, surgían espontáneamente por el proceso evolutivo de la historia.

Hayek cree que hay dos tipos de orden: el espontáneo y el que ha sido creado artificialmente. Este último puede llamarse organización y nace de fuerzas exógenas que construyen la perversión de una economía planificada. En cambio, vislumbra la existencia de un orden espontáneo, un orden carente de fines, ya que no ha sido producto de nadie. Ese orden es el kosmos griego, un orden natural que no es fruto de mente alguna, ya que nuestras capacidades cognitivas son incapaces de dar seguimiento a un orden de elementos infinitos.

Javier Milei es seguidor de la ruta más radicalizada de la escuela austriaca. Está en una posición más extrema que la de Hayek y reconoce la influencia del profesor Huerta de Soto, académico español de intensa impronta anarquista.

Si bien la teoría de la escuela austriaca tiene la mencionada fisura, coinciden en numerosos aspectos: el esquema mental del individualismo metodológico y la

reducción de la subjetividad a la comprensión de la toma de decisiones de las personas. La subjetividad, entonces, es el acto de elegir ante una disyuntiva (una oferta) planteada de manera explícita o implícita. ¿Dónde queda la política? ¿Dónde quedan los valores? Aquí volvemos a una cierta homología con el marxismo.

Los teóricos de la escuela austriaca asumen que solo ante la conquista de la libertad económica será posible avanzar hacia la libertad política. La ruta es simple. Primero está la naturaleza humana, que todo lo condiciona. Luego nos encontramos con el presunto hecho histórico que revela que la conquista de la libertad se da, primero, en la dimensión económica, donde las elecciones y decisiones aparecen constantemente como un dilema por resolver. Si todo ese proceso se ejecuta libremente, adviene una sociedad donde es viable construir una actividad política fértil y saludable. Por el contrario, inmediatamente que aparecen las coacciones a la libertad económica, entonces se reducen las libertades individuales y se somete al ser humano a una degradación moral.

¿Implica esto que la teoría de la escuela austriaca tiene una conceptualización política clara sobre la libertad? ¿Significa que hay un pronunciamiento sobre las problemáticas éticas y morales? Ambos temas están mencionados en las obras austriacas, pero no hay teoría al respecto. La conceptualización solo está como coda de la teoría económica y de un individuo que construye su opción política en los procesos electivos de la experiencia económica. ¿Nos hacemos en el mercado? Por supuesto, nos dirán.

El condicionamiento de la teoría política y social a la economía es palmario, pero no es nuevo. Hay un antecedente poco antes muy claro. Se trata del marxismo. En esta teoría la estructura de la sociedad se encuentra en la actividad económica y, en otra esfera, está la vida institucional, política y cultural, las cual es una especie de emanación ideal (etérea, carente de solidez) de una experiencia material. He aquí la noción de «materialismo» y el corazón del concepto en Marx. ¿Hay diferencias entre ambas escuelas? Una muy importante. El corazón de la escuela austriaca se encuentra en el ámbito del mercado. Y el corazón de la teoría marxista se encuentra en la dimensión del trabajo, en la producción. Esta diferencia, por cierto, se expresa en la enorme distancia que significará la discusión sobre la teoría del valor entre ambas corrientes.

He aquí la vieja y conocida discusión entre «circulación» y «producción», esto es, entre mercado y trabajo. Y aquí vale la pena recordar que este capítulo se

titula «energía». ¿Qué tiene que ver con lo dicho?

La energía en la sociedad puede ser definida como la capacidad de ejercer una fuerza (social) capaz de producir un movimiento (en la sociedad). Una importante acumulación de energía se manifestará en poder y/o velocidad. Las fuentes principales de la energía en la sociedad son el poder y el dinero. Pero esta fórmula no es estable. En la historia previa al capitalismo es probable que pudiéramos escribir la siguiente fórmula para «calcular» la energía:

$$\text{Energía} = \text{poder}^2 \times \text{dinero}$$

Pero, en la sociedad actual, con un capitalismo consolidado y con un gran sector financiero, la fórmula cambiaría el lugar de la elevación al cuadrado:

$$\text{Energía} = \text{poder} \times \text{dinero}^2$$

Si un empresario llama por teléfono a un funcionario del Gobierno solicitando alguna clase de favor, algo ocurrirá. O el favor se hará, o se tendrá que desarrollar un conjunto de acciones para no hacer el favor y, a la vez, no generar una crisis, o sencillamente se buscará denunciarlo. En todos los casos se ha producido energía. Lo mismo pasa si llama un exministro. La presencia del poder curva el espacio social. La presencia del dinero curva el espacio social. En realidad, el dinero es un certificado del poder económico. Conocer el volumen de la modificación del espacio social es decisivo para comprender los procesos sociales, pero es muy complicado. Es poco lo que sabemos. Nuestro nivel de incertidumbre no es más bajo que el de la cosmología, pero no podemos distraer al respetable público con una toma fotográfica sorprendente de una realidad a diez mil millones de años luz. La fotografía de un hecho social suele ser una interrupción dolorosa, una guerra, grandes protestas, hambrunas, el drama de los migrantes, la culpa de los migrantes, caídas de Gobiernos o golpes de Estado. Ese amplio abanico deja a los científicos de la sociedad en evidencia porque se asumen necesidades de resolución que no llegarán fácilmente.

Pero los economistas de las corrientes en favor del libre mercado desarrollaron un repertorio que es capaz de transformar este problema en una oportunidad científica y política. La formulación lógica y matemática del individualismo metodológico (analizar la sociedad en su totalidad como un conjunto de simples decisiones individuales) les ha permitido tener un modelo simple, pero robusto en métricas, que permite salir de las complejidades del «discurso de las ciencias sociales». Es lo que se puede denominar un «recorte epistémico», pero sin base científica. La manera de hacer ese recorte es reducir las preguntas relevantes para la ciencia económica. Y ¿cómo se hace?

El discurso científico asociado a las tesis más radicales del libre mercado se concentra en un objetivo y una patología. El objetivo es el crecimiento y la patología es la pobreza. Si reduces la pobreza y se termina el hambre, ¿puede alguien discutir el logro? Es lo que se preguntan. Y dado que el crecimiento económico genera rendimientos claros en la reducción de la pobreza, la discusión sobre el objetivo de la sociedad está resuelta. Y se sabe, a la vez, que la flexibilización y la reducción de regulaciones producen crecimiento.

El asunto ha sido resuelto. Lo demás es la estupidez humana, nos dicen.

En este recorte hay una patología que es deliberadamente puesta fuera de juego: la desigualdad. ¿Qué importa la desigualdad? Si las personas están comiendo mejor, si no se mueren de hambre y antes sí, ¿qué importa que algunos tengan mucho más si todos han crecido y todos tienen más? De esto hablaremos más adelante.

Pero volvamos a la problemática de la energía. El volumen de dinero que se maneja en la sociedad actual no tiene parangón en la historia. Esto naturalmente modifica de manera radical las correlaciones de fuerza entre poder político y poder económico. El grueso del dinero no es el que circula por las calles, al que tenemos acceso cada día. El grueso del dinero es abstracto, se mueve en el ámbito financiero: bancos, bolsas de comercio, fondos de inversión. El dinero en circulación se conoce como M0 (base monetaria cero). Si agregamos el dinero que está emitido, pero retenido en el banco central, estamos en MB. A medida que avanzamos por M1, M2, M3 y M4, vamos recorriendo depósitos de alta liquidez, depósitos de mayor plazo. Luego, en M5 se suman pagarés de tesorería estatal, en M6, las letras de crédito públicas, y en M7, los depósitos en moneda extranjera de privados. Y esto no cuenta el dinero que está en bolsas de comercio o fondos de inversión, entre otros. Lo cierto es que el dinero que usted ve es un

grano de arena en el mar. Y es probable que usted haya comprado este libro en el marco de una relación abstracta con el dinero, a través de una tarjeta de crédito. Lo cierto es que vivimos en una época donde el dinero aumenta sistemáticamente y en el marco de una creciente abstracción.

Hace sesenta años el dólar se posicionó como el símbolo del dinero, se había tornado ídolo popular. Hoy en día, el dinero se ha convertido en un dios abstracto. El dólar fue el becerro de oro, la mera idolatría. Hoy hemos conocido la fe, con un dios abstracto que está en todas partes.

¿Era pensable que este aumento del dinero pudiera no generar modificaciones relevantes en la vida social y política? Si el surgimiento del capital en la historia generó cambios cualitativos y cuantitativos de gran magnitud, era obvio que una aceleración del proceso de creación de dinero debía suponer importantes modificaciones en el espacio social. Este aumento del dinero supone una necesidad de insertar más capacidad de modulación de las energías disruptivas. Para decirlo en simple, las sociedades necesitan procesar esa energía para que no sea disruptiva y pertenezca a un cierto orden.

Javier Milei no estará de acuerdo con esto. La creación de más dinero le parece preocupante como decisión política desde el aparato estatal, pero nada dirá de la creación de dinero especulativo sobre los futuros del mercado. Esto, para él, no debe ser regulado. De ahí su tesis de terminar con el banco central, decisión que es difícil de tomar, pero de la que no se ha retractado de modo definitivo. ¿Por qué tiene estas reticencias Milei?

Javier Milei se adhiere a la escuela austriaca. Es un furioso enemigo de las instituciones «artificiales», creadas por la decisión política y no por las fuerzas económicas de la historia (enunciado así, no es tan distinto a Marx). Y considera que el principal instrumento de la liberación de las instituciones «artificiales» se encuentra en la más grande y noble de las instituciones «naturales», el mercado. Y que el enemigo principal de la principal institución «natural» es el Estado.

Y ¿qué tiene que ver esto con la energía?

El mercado es dinámico, intenso, disruptivo. No tiene la misma energía la sensualidad que la sexualidad. No tiene la misma energía contemplar un producto deseado que comprarlo. El acto de transar, la firma de un tratado, la consumación de una compra, la firma de un contrato matrimonial, es un acto de

despliegue de energía. Y cuando un mercado es robusto, profundo y activo, en su seno se producen numerosas transacciones. He ahí una gran cantidad de energía.

Cuando surgió el capitalismo, la división del trabajo y la consolidación de esta actividad como un mercado supusieron observaciones cruciales para la sociología. En primer lugar, que las formas de integración social se habían modificado de manera radical y que las sociedades tendrían que generar vínculos a partir de la complementariedad de la diferencia y no a partir de la identificación de la semejanza. Todo esto a un coste, de todos modos: que la nueva forma de integración social suponía un constante pasivo respecto a esa integración y que siempre habría «anomia», a veces más, a veces menos, pero siempre una cantidad suficientemente relevante como para tener que considerarla en la gestión de las sociedades. La delincuencia, el suicidio, entre otros fenómenos, serían resultantes de esta anomia o déficit normativo. Las sociedades seculares, que logran reducir el arbitrio religioso, pagan un coste importante en la pérdida de integración. Pero hay un antídoto: la educación. Por supuesto, es un antídoto, no una panacea. También ella tiene límites ante los procesos desintegrativos. Y requiere de grandes inversiones de recursos (tiempo, dinero, e investigación, entre otros). Decíamos que esto era en primer lugar. Vamos al segundo punto. Georg Simmel previó que el dinero (como creación cultural) alcanzaría un grado de penetración creciente en las sociedades hasta convertirse en una entidad de presencia totalizante. Polanyi proyectó que la mercantilización emergía como un proceso de profundización según el cual todas las dimensiones de la vida serían presionadas hacia la conversión en mercados, siendo los procesos más transformadores la conversión en mercancía de la tierra, el trabajo y el dinero mismo. Si bien Simmel es optimista en muchas de las implicaciones de la evolución del dinero, también señala el potencial desestabilizador de este, resumiéndose ese potencial en los procesos de desigualdad. Polanyi profundiza esta ruta y añade una crítica muchísimo más intensa. En la visión de este intelectual la mercantilización amenaza la estabilidad social, la integración social y el medioambiente. Además, la población paga los gastos de los procesos de especulación financiera que suelen conducir a grandes crisis. Polanyi será uno de los principales autores que sostienen la importancia de generar instituciones fuertes para la protección social.

Muchas veces se hace alusión al rasgo más formidable de la liberalización de mercados y es que, al avanzar en ese tipo de medidas, se produce un aumento en el crecimiento económico. Si bien esta continuidad no es del todo mecánica, es

bastante cierta. Hay quienes, confiados en esta evidencia, terminan la discusión allí y señalan: si la liberalización de los mercados produce crecimiento de manera altamente probable, ¿hay alguna razón para no hacerlo? La verdad es que hay razones económicas y sociales para asumir que es necesario ir con cuidado en ese camino. En términos económicos, el aumento o expansión de ámbitos de la vida mercantilizados supone un aumento de la producción de bienes y servicios de la sociedad (lo que supone crecimiento económico), pero también supone que más ámbitos de la vida requieren ser resueltos mediante el pago de servicios o productos. Si se mercantiliza el oxígeno en el aire, ya que está escaseando, la sociedad se enriquece, ya que es una necesidad universal y aumentará el tamaño de todas las economías. Pero, a menos que ese crecimiento haga ostensiblemente más ricos a todos por igual, hay una alta probabilidad de que muchas personas bajen su esperanza de vida y tengan una vida más pobre, sin haber bajado sus ingresos.

Dejar de mirar la evolución del PIB es un absurdo. Creer que el PIB es el desarrollo también es absurdo. Pero esto lo dejaremos para más adelante.

La creación de más mercados y la profundización de los existentes genera más división del trabajo, más especialización, mayor desarrollo tecnológico y una enorme dependencia de la velocidad de la acción y reacción. Una sociedad mercantilizada encuentra en el tiempo la variable clave. Pero no es cualquier tiempo.

Aquí tenemos que ir con cuidado.

Ya sabemos que el tiempo es dinero. He aquí el gran triunfo, en una frase, del capitalismo sobre sus épocas anteriores. Con esta frase Benjamin Franklin resumió toda la base cultural que permitió otorgar una ruta de desarrollo al capitalismo. La Iglesia católica no aceptaba que el tiempo fuera dinero, pues eso disolvía el significado de la eternidad (que pasaría a ser una especie de suma infinita de tiempos y que, asumiendo esto, sería parte del ítem dinero). Fueron los cultos protestantes y las doctrinas provenientes fundamentalmente del luteranismo los que cambiaron esta visión: el tiempo es parte de la creación divina y debe ser, por tanto, administrado por el ser humano debido a la importancia que a su obra le confiere Dios. Debe, por ello (el tiempo), ser fuente de fertilidad; debe, además, ser multiplicación de panes y peces; debe ser prosperidad y abundancia. La santidad ya no era relevante como supresión de los esfuerzos de riqueza, ya no era necesario privarse del talento de crear dinero. Por

el contrario, la santidad sería ahora salir al mundo y trabajar en él hasta hacerlo más próspero. Esto es lo que Weber llamó el «espíritu del capitalismo». ¿Por qué todo esto es importante? Porque ya sabemos que el dinero, es decir, la posibilidad de usar un medio de pago universal para cualquier mercado y, además, la posibilidad de abrir más mercados que permitan expandir el espacio de uso del dinero, ha encontrado su entronque con el tiempo. Desde que esta convicción existe, la batalla por el dinero no es una batalla de precios, es una lucha de velocidad. Y es que, si las palabras clave del capitalismo son expansión, crecimiento y diversificación, entonces siempre estamos hablando de procesos cuyo diferencial de éxito está asociado a la velocidad. Puedo expandir mercados en un cierto volumen en un siglo o en diez años. Hay una gran diferencia. Lo dijo Milei en su discurso en Davos:

Ahora bien, no solo que el capitalismo generó una explosión de riqueza desde el momento que se adoptó como sistema económico, sino que, si uno analiza los datos, lo que se observa es que ese crecimiento se viene acelerando a lo largo de todo el periodo. Durante todo el periodo comprendido entre el año cero y el 1800, la tasa de crecimiento del PBI per cápita se mantuvo estable en 0,02 %. Es decir, prácticamente sin crecimiento. A partir del siglo XIX, y con la Revolución Industrial, la tasa de crecimiento pasa al 0,66 % anual compuesto. A ese ritmo, para duplicar el PBI per cápita se necesitarían cerca de 107 años. Ahora bien, si observamos el periodo entre 1900 y 1950, la tasa de crecimiento acelera al 1,66 % anual compuesto. Ya no necesitábamos 107 años para duplicar el PBI, sino 66. Y si tomamos el periodo comprendido entre 1950 y el año 2000, vemos que la tasa de crecimiento fue de 2,1 % anual compuesto, lo que derivaría en que en solo 33 años podríamos duplicar el PBI per cápita del mundo.

Esta tendencia, lejos de detenerse, se mantiene viva aún hoy. Si tomamos el periodo entre el año 2000 y el 2023, la tasa de crecimiento volvió a acelerar al 3 % anual. Lo que implicaría que podríamos duplicar nuestro PBI per cápita en tan solo 23 años. Ahora bien, cuando se estudia el PBI per cápita desde el año 1800 al día de hoy, lo que se observa es que, después de la Revolución Industrial, el PBI per cápita mundial se multiplicó por nueve, generando una explosión de riqueza que sacó de la pobreza al 90 % de la población mundial.

Dejaremos pasar la discusión respecto a si los números casan. Lo importante es el argumento de fondo y ese argumento es cierto. Milei nos muestra la importancia de la velocidad en las dinámicas de la sociedad capitalista. Y es que la aceleración de un proceso es clave para que la multiplicación del dinero ostente una acumulación intensa.

El tiempo, entonces, pasa a ser tan importante en el capitalismo que la posibilidad de aprovecharlo en rentabilidad es crucial. El capitalismo confía en aquellos negocios que producen un X % por día. Se desea un movimiento lo más regular posible y lo más alto posible. Se busca velocidad sin riesgo. Y para ello se necesita información. En rigor, el capitalismo es una máquina voraz de información.

El capitalismo es un mendigo de información y un adicto a la velocidad. Si no encuentra información, mantendrá su velocidad devorando información falsa. El sistema necesita comer mucho y rápido. Una necesidad fabulosa que facilita introducir basura como si fuera alimento. En parte así fue como comenzó la crisis subprime.

Pero, ¿es la falta de fiabilidad de la información la única consecuencia de la velocidad? Por supuesto que no. Pero Milei no está de acuerdo con esto. Para él no existe el problema de la información, el mercado produce verdades irrefutables. Y respecto a otras desventajas de la velocidad, sencillamente no las ve. Por supuesto, esto tiene su lado positivo. Milei ha llegado a gobernar preparado y con una intensa agenda de trabajo. No es poco. Y en tiempos de desconfianza y decepción, es una fuente de satisfacción para los ciudadanos.

LA SOCIEDAD: EL PUNTO CIEGO DE MILEI

«La justicia social, esa aberración».

JAVIER MILEI

El libro clásico de la sociología es *Economía y sociedad*, colección póstuma de escritos de Max Weber ordenados por Marianne, su viuda. Weber fue uno de los autores fundamentales de la escuela alemana de economía, convencido siempre de la articulación de la economía con el resto de las ciencias sociales y la historiografía. La escuela austriaca triunfó sobre la perspectiva de los alemanes, quienes se convirtieron en autores cruciales de la sociología, pero no de la economía. En la visión de los austriacos el estudio del fenómeno debe leerse como «economía sin sociedad». Milei demuestra esta mirada en cada palabra. Junto con Thatcher, dirá que la sociedad no existe. En todas sus alocuciones hablará de dinero.

La mecánica clásica newtoniana trabaja sobre cuerpos físicos macroscópicos y permite una alta precisión en objetos grandes (aunque no masivos) y a velocidades que no son elevadas. Por necesidad esta teoría se veía en apuros cuando se observaban fenómenos más complejos: electromagnetismo, termodinámica y el problema de la luz. Newton insistió en una lectura «corpuscular» de la luz, es decir, desestimaba la dimensión ondulatoria.

¿Qué nos dice esto de Milei? La verdad es que mucho. La lógica argumentativa de Milei, siguiendo a rajatabla la doctrina austriaca, es newtoniana. Y lo es por varias razones.

En primer lugar, porque se restringe a las fuerzas medibles de la sociedad, que son las económicas. Y con ello asume que la sociedad es una palabra que solo tiene como referencia los equilibrios mecánicos de la economía, que pueden estar sanos o enfermos. La macroeconomía es lo más importante. La microeconomía cumple un rol y la única participación de las personas comunes y corrientes es como decisores de consumo. Si se tratara de objetos físicos, no sería un problema, pues ellos carecen de voluntad, de expectativas, de ritos, de instituciones, de rabias o de dolores. Los objetos son útiles o inútiles, pero las personas que están vivas pueden encontrarse imposibilitadas de resultar útiles o productivas y, sin embargo (extraño misterio para la economía vista del modo austriaco), tienen derecho a existir, es decir, a vivir...

En segundo lugar, la visión de Milei es mecánica porque es una teoría que sirve en tiempos y contextos de alta normalidad, pero que es deficiente en la comprensión de fenómenos complejos. En el funcionamiento de la economía en escenarios de conflictividad social reducida, la visión newtoniana es útil (aunque no es perfecta). ¿Por qué? Porque una conflictividad reducida, una alta gobernabilidad, con una razonable legitimidad del poder político, supone un escenario de fricciones predecibles. Es un escenario administrable, se puede trabajar como si la sociedad no existiese porque el costo de esa sociedad es abordable, es una especie de margen de error del funcionamiento económico. Pero, al igual que para Newton, el problema se da cuando aparece la termodinámica (por ejemplo, la sociedad se calienta y estalla), o cuando aparece el electromagnetismo en la sociedad (polarización) o sencillamente cuando la velocidad del funcionamiento de procesos sociales cambia la forma del espacio social y modifica gravemente a los actores. Bajo esas condiciones, Milei queda ciego.

En tercer lugar, desdeñar la historia es un pecado que se paga caro. Pues la historia no solo enseña acontecimientos y regularidades en ellos. También nos muestra fenómenos que han sido idénticos siempre. Uno de ellos es comprender el peso de la ritualidad, es decir, de la organización simbólica de lo social. Todas las sociedades han dibujado sus significaciones. En todas las sociedades arcaicas se expresan mitos y ritos semejantes, en todas ellas se verifican formas primarias de institucionalidad destinadas a mantener la dignidad de todos los habitantes que lo merecen y que permiten sancionar moralmente a quienes han causado daño al pacto social. El rito es un administrador de la energía caótica de la sociedad, un mecanismo que de manera simple es capaz de convertir esa energía en orden.

Estas tres carencias teóricas de Milei son fundamentales. Y es que las tres carencias mencionadas revelan la incomprensión de los fenómenos del orden social. Milei imagina una sociedad como una organización que puede ser rica o pobre (y sus grises). No imagina una sociedad de altos ingresos como un posible caso de disfuncionalidad. La permanente problemática de sociedades exitosas y decadentes le parece incompreensible. Simplemente no lo ve posible. Se podría acusar a Milei de simplista. Me atrevo a decir no es esa la razón, es un hombre brillante. Creo, con toda honestidad, que en esto sí pesa la dimensión de sus traumas infantiles.

Pero estas carencias generan aún más problemas. La escuela austriaca y Milei no tienen una tesis del conflicto y la economía. Ve todo esto de manera independiente. Es decir, Javier Milei es un genio del conflicto político, un espadachín versátil y genial a la hora de destruir enemigos, y es, además, alguien muy difícil de atacar. Su extraña vida lo convierte en una monstruosidad, pero esa extravagancia lo saca del mundo. Es un paria. O es un líder. O es ambas cosas. Milei ha sido capaz de construir una teoría específica del conflicto político para Argentina. Y ha construido una tesis política suficientemente sólida sobre el conflicto mundial entre los productivos y los parásitos. Y es que Milei es muy marxista desde su antimarxismo: si Marx pensaba que una clase vivía del trabajo de la otra, Milei estará de acuerdo. Pero la clase parasitaria de Marx son los empresarios. Y para Milei son los héroes. No sabemos qué piensa Milei de los pobres en su fuero interno. Mi impresión es simple: para Milei la pobreza es el resultado de no haber entendido la economía. Al final, es una tesis idealista. Pero sí sabemos lo que piensa respecto a los parásitos. Para él los parásitos son la casta, los cuadros administrativos del sector público y todos los que viven de esa relación. Y ellos, cada día, intentan robar aumentando los impuestos.

En una investigación que dirigí en un país muy sometido a las dinámicas neoliberales, un entrevistado nos dijo una frase que pasó a la historia de nuestro equipo de investigación. Le llamamos «el teórico de la tenaza». La frase señalaba lo siguiente: «Yo soy clase media y la clase media está atrapada, presionada constantemente por una tenaza, que a veces suelta un poco su presión y en otros momentos aprieta con fuerza. Y cuando lo hace, cuando presiona, es porque se le quitará dinero a la clase media. Esa tenaza tiene dos puntas, por supuesto. Por abajo están los delincuentes. Y por arriba están los políticos. Todos los días se levantan para ver si nos logran apretar hasta sacarnos dinero». Esta perspectiva es exactamente lo que redundo de los discursos de Milei.

La tradición intelectual de Milei, la escuela austriaca, es un recorte dentro del ámbito disciplinario de la economía. En su proceso de especialización esta ciencia fue abandonando una mirada que integrase lo social y lo político. Milei imagina la posibilidad de una máquina económica que funcione sin roce, sin distorsiones. Para él toda distorsión de mercado no debe existir. Y más aún, considerará que naturalmente no existe la distorsión. He aquí la teoría del mal: ha aparecido una distorsión que no es natural y que solo puede provenir del mal. Pero tú puedes no acercarte a ella. No obstante, has caído y habitas en ella. Es una réplica de la escena del paraíso perdido.

El relato bíblico de la escuela austriaca, y Milei es el primer líder político de dicha afiliación, nos cuenta la siguiente historia.

Estamos situados sobre un equilibrio perfecto. Los mercados producen un equilibrio natural. Nada debiera perturbarlos. Pero sí hemos sido perturbados. Hay un desequilibrio que no es verdadero, que está basado en falsedad y error. Y esa falsedad y ese error son exógenos al mercado. Hemos aceptado el mal. Hemos temido y hemos creado artificios, fórmulas de todo orden para modificar lo natural. He aquí la serpiente (ya no hecha de ambición, sino de temor). Si nos damos cuenta de que estamos en un equilibrio perfecto, que el castigo no es trabajar (sino lo contrario), y si rechazamos a quienes dicen que podrán resolver las dificultades que emergen, entonces tendremos el equilibrio perfecto. Pero hoy hemos sido despedidos del paraíso. Y trabajamos en vano porque los mercados están enfermos. Aun así, la información es perfecta y los mercados se han desarrollado hasta cerca de su máximo potencial. Podemos aceptar el paraíso otorgado. Pero no lo hacemos. No podemos aceptar que este prodigio produzca perfección desde el egoísmo y sin mayor intervención del control humano. Y entonces regulamos la perfección, es decir, la malogramos. Nos inventamos que el dinero tiene una ideología, que es algo con peso político, no podemos aceptar el hecho irrefutable de que el dinero es neutro, o casi neutro, que no es lo mismo, pero es igual. El afán de ganar dinero es lo que da el salto: ya no pienso en producir algo, sino en ganar. Y ahí radica la magia, la fabulosa magia. Pensar en ganar es suficiente. Bueno, pensar y ganar. Y si uno gana, es que todos ganan. He aquí el fiat lux de la economía austriaca.

Y ¿cuál es el factor que construye la luz de la creación? Los mercados.

Respecto a los mercados, vivimos en una era de intensa mercantilización, de construcción creciente y a gran velocidad de mercados que se profundizan y

expanden. Nuestra sociedad postindustrial es una sociedad de servicios. La expansión de este sector supone un rasgo que debemos tomar en consideración: gran parte de la producción de riqueza reside en formas de intermediación. Hay quienes consideran que el aumento de la intermediación es un simple absurdo. Otros lo consideran indispensable porque resuelve déficits logísticos o de información. No entraremos en ese punto, discusión por lo demás estéril porque lo claro es que ha aumentado y seguirá aumentando la población que presta servicios de todo orden, hasta el absurdo. Lo importante es que sí hay mucha gente que trabaja en intermediación y esas personas necesitan jugar el partido en la variable tiempo para su propio éxito. Necesitan anticiparse, conocer mejor los mercados. Necesitan velocidad como objetivo central, pero su medio es la información.

Ir rápido es saber más rápido. Es la sociedad del conocimiento, donde el saber (supuestamente) es el valor.

La sociedad de mercado ama la velocidad porque un aumento de ella supone procesos expansivos. Pero con ello propende a la inestabilidad y el riesgo. Uno de los factores de este proceso es la orientación al consumo que requiere la sociedad de mercado. Esto deriva de un hecho simple: el principio de integración en la sociedad, es decir, el criterio mediante el cual formamos parte del todo social, tiene diferencias en cada época. La mayor parte de las personas que vivían en Europa en la Edad Media asumían que su forma de integración era la participación e inclusión en la comunidad religiosa de la Iglesia católica. Por tanto, las personas solían participar activamente. Para decirlo de manera más provocadora, no se va a misa principalmente por el amor a Dios, sino que se va a misa para estar incluido en la sociedad. Eso es así siempre y cuando la religión específica tenga alguna relevancia para el grupo general. Pero si la religión no es el centro de la sociedad, ¿qué integra? Cada periodo, a veces cada lugar, tiene criterios de incorporación propios. Las primeras galerías y pasajes comerciales creados configuraron un espacio de integración que no estaba principalmente marcado por el consumo, sino por la experiencia de la ciudad, por el encuentro, por la creación del comentario al pasar y de la vida en el espacio público, muy incipiente. En esa experiencia confluían consumo, artes, política, juicio al vestuario y comentarios sobre la vida de terceros. La experiencia urbana y la arquitectura urbana, inclusive, se convierten en fuentes de integración. Por supuesto, este tipo de integración solo era viable para parte de la población. Pero el creciente triunfo de los valores empresariales, asociados al éxito desbordado de fortunas incomprensibles por su magnitud, y la masificación del deseo por los

objetos de alto valor que convierte la mercancía en sí misma en el principal espectáculo social (Debord) constituyen una nueva forma de visualizar el consumo ya no simplemente como la concurrencia a un mercado para acceder a un bien a cambio de dinero. El cambio de estatus es evidente. El consumo es la señal de éxito, incluso más que la producción. Y una forma de estar integrado es participar apropiadamente en las fiestas del consumo, por lo demás crecientes, ya que toda fiesta de cualquier orden se convierte en una fiesta de consumo más: Navidad, día de la Madre, del Padre, del Niño, día de los Muertos, la fiesta de la ciudad, y festejos nacionalistas; a los que se suman las fiestas propiamente de consumo como Black Friday, Blue Monday, Cyber Monday y Panic Saturday, que van acaparando más días cada vez y no se restringen al establecido. Las estimaciones del promedio de gasto, por cada regalo, en el día de la Madre son de ochenta euros en España y más de ciento cuarenta dólares en Estados Unidos. Cada fiesta supone expansiones del consumo significativas, sobre todo en los apartados más pertinentes a la festividad (en el día de la Madre destaca el vestuario, en el día del Padre, las bebidas alcohólicas de más calidad).

Toda sociedad tiene alguna actividad que es la más intensiva en integración social. Si la sociedad contemporánea tiene un fuerte rol integrativo en el consumo, surge un primer problema: el consumo depende del dinero. Y este tipo de problema suele ser muy complicado de administrar, según enseña la historia. La crisis interna en el judaísmo que condujo al surgimiento de los fariseos (movimiento disidente) y que luego tendría en Cristo un líder importantísimo se produce principalmente porque la ritualidad establecía condiciones que no eran fáciles de satisfacer para quienes no tenían dinero. Los mecanismos económicos de integración han existido muchas veces. Siempre el acceso a bienes produce una energía integradora, pero su capacidad segregadora es compleja. Por eso la definición de «fiesta» en las culturas católicas suele estar asociada al desprendimiento respecto a los bienes y a la suspensión de la jerarquía social. Normalmente, los ritos festivos tienen sentido en la medida en que suspenden los mecanismos de enclasamiento. Pero la sociedad de consumo devora sin dificultad las fiestas y las somete a un proceso de transvaloración según el cual el motivo de la fiesta se torna excusa y la centralidad radica en la experiencia del consumo. Debord comprendió notablemente que la mercancía es el gran espectáculo de nuestra época.

El mercado como forma de organización social choca con tres problemas:

a) La premisa de la información perfecta, que usa el anarcocapitalismo de Milei, es evidentemente falsa. No concurriríamos al mercado con información adecuada, o al menos no es algo que sea normal y corriente.

b) Los seres humanos establecemos con las mercancías relaciones fantasiosas. Es decir, no solo la información está eventualmente distorsionada por incompleta, sino que, además, nuestra propia recepción produce fantasmagorías.

c) La relación fantasiosa propia de la mercancía y de la recepción psicológica humana es solo el principio. El descubrimiento de técnicas de publicidad y propaganda establece la posibilidad de incrementar el peso de la oferta hasta el punto de crear una demanda conceptual o afectiva para un producto perfectamente material y que, por cierto, requiere que el comprador le atribuya las características publicitadas para que el objeto las porte. Es decir, en simple, el objeto comprable no porta (nunca) los atributos que la significación social produce. La publicidad, en su sentido actual, es fundamentalmente lograr que cada uno de nosotros se compre a sí mismo mediante la técnica.

Si el mercado es el corazón de los procesos de integración social, entonces la mercancía es nuestra divinidad, nuestro ídolo. La buena nueva en la sociedad de mercado es el último iPhone o el producto estrella del momento. El dios que congrega, el ídolo del pueblo, es un aparato, o cualquier tela con la marca del momento. Todo esto me parece fascinante y da mucho que pensar a quienes trabajamos en ciencias sociales. Pero no nos engañemos. Este mecanismo no puede organizar la sociedad. Hay que tener más fe que un fanático religioso para creer que los mercados producen un bien superior si estamos viendo la dinámica de la seducción de la mercancía. No dudo que Adam Smith pensó algo razonable, porque en aquel tiempo no se vislumbraba este fenómeno. Creer en la mano invisible hoy es un acto de deshonestidad intelectual. Y llevarlo a la política es un acto de deshonestidad política.

El mercado conduce a una energía psíquica disruptiva, es fantasía, fantasmagoría, delirio. ¿Se puede remediar? Por supuesto, con lo de siempre: regularse éticamente, la existencia de regulaciones en las normas sociales (la

moral) y las regulaciones propias de la legislación. El ser humano se ha regulado toda la historia de pulsiones de distinto orden. ¿Es muy aberrante asumir que habrá que regularse frente al mercado y que habrá que regularlo eventualmente?

Pero he aquí una nueva fuente de espontaneísmo. El anarcocapitalismo asume que las cosas como son están perfectamente y que nada hay que hacer más que garantizar que las cosas sigan siendo como son al natural. Es una filosofía extraña.

El mercado provee de dinamismo, es cierto; y provee de flujos de información, y provee de libertad, y ayuda a reducir el peso de creencias aceptadas por la mera tradición. Puede ser entonces una fuente de racionalidad y progreso, sin duda. ¿Se deduce de ello la necesidad de no tener regulación alguna? Esta es una conclusión que no se sostiene.

Pero hay más. La mercantilización radical es fuente de inestabilidad. ¿Cómo funciona este proceso? La interacción constante y profunda con el mercado se da, en primer lugar, en los segmentos más altos de la población. Con esto nos referimos a la experiencia de consumo. Las élites sociales pueden elegir en el mercado y, por tanto, su experiencia es libre. En la medida en que los rendimientos son decrecientes, las empresas que venden productos y servicios buscan a las capas medias. Estos grupos históricamente gozaban de ciertas certezas, mayores indudablemente que las certezas de los pobres. No se cultivaban allí grandes expectativas, pero sí se permitían el beneficio de la calma. Muchos puestos de funcionarios públicos o privados eran, por tradición, heredables. Y había un cierto sentido gremial de defensa que todavía subsiste en ciertos países. Pero, en la medida en que la mercantilización avanza, las clases medias acceden al mismo tiempo al cielo y al infierno, con diferencia de horas, en un tránsito a ratos absurdo y en cualquier caso violento. La clase media vive sin hogar, sin refugio, está a la intemperie: si hace buen tiempo, la vida es grata. Y si hace mal tiempo, la vida es amarga. Esto tiene consecuencias.

Y volvemos a Aristóteles. Aunque Javier Milei dijese hace algunos años «yo no opino de Aristóteles» (en discusión con Fernando Iglesias en la plataforma Twitter). Históricamente, las clases medias eran las que estabilizaban la sociedad. Aristóteles planteó que la estabilidad y la virtud de una sociedad dependían de la existencia de una clase media sólida. Para el filósofo griego, la clase media tenía menos probabilidad de incurrir en la arrogancia y la corrupción de los ricos, al tiempo que era menos influenciada para instigarla a la revuelta

por envidia, la que se puede dar bajo la experiencia de la pobreza. La estabilidad económica de las clases medias era también un equilibrio en la virtud. La clase media contaba con intereses que interpretaban a los ricos y a los pobres y, a la vez, solían ser personas disponibles para participar en los asuntos públicos. Sus valores eran el justo medio. Sus recursos eran el justo medio. Si había un punto donde afirmarse políticamente, era la clase media. Es palabra de Aristóteles.

Ya no es así. Las clases medias son ahora las más inestables de las clases. Durante un periodo se sienten más cerca de los ricos; en el otro, más cerca de los pobres. Cada día del mes tiene un estilo distinto, una tonalidad, una luz o una sombra. Se fluye de clase social en clase social. ¿Cómo? Porque ser de clase media ya no es una posición, sino un flujo de arriba abajo y viceversa. Los hijos son de un estrato social; los padres, de otro. Y viven juntos. Y los padres los financian. Pero son de distinta clase. ¿Cómo? Porque consumen distinto y todo se mide por el consumo. Y cada día tiene su afán, cada familia de clase media es un día algo parecido a un rico y otro día algo parecido a un pobre. La deuda es otro de los elementos desestabilizadores. El endeudamiento permite acceder a bienes con mayor velocidad, pero produce patologías posteriores y, cuando menos, un gran estrés en la ejecución del futuro. El miembro de la clase media necesariamente debe tranquilizarse imaginando que su propio «yo» del futuro ha de ser alguien mejor que aquel que viste hoy la ropa del miserable presente. La tranquilidad es el futuro, la fantasía sobre el futuro.

La civilización más importante de la historia es la occidental. Ha sido la más próspera, la más creativa, la más democrática. ¿Cuál es su rasgo central? La armonía de los contrarios. En las instituciones políticas se buscó armonizar el poder con la igualdad (lo vertical y lo horizontal), al tiempo que crear un fundamento interno a la actividad política para legitimar el orden: la aprobación de los ciudadanos. En la música la cultura occidental logró reunir en una misma estructura la armonía y la melodía. En la pintura logró resolver la tensión entre dibujo y color. Los grandes dilemas o paradojas lógicas y matemáticas se fueron resolviendo. En la ciencia se resolvió la cuestión de la verdad sin necesidad de establecer una verdad inmóvil. Todo esto es precario, pero, a pesar de la modestia de los logros, es lo más grande de la historia humana. Y es cierto que la comprensión de los mercados es parte de los logros. Por lo pronto, el mercado del trabajo, con sus injusticias inclusive, fue fundamental para salir de la esclavitud. Y fue relevante mucho más allá. Esto lo reconoce cualquier persona, incluso los marxistas serios. Eric Hobsbawm, el gran historiador marxista, decía respecto de la Unión Soviética que la ausencia de un mercado es una gran

desventaja, pues el mercado te dice cuándo estás haciendo ganancias y cuándo pérdidas, qué empresas son eficientes en el manejo de sus recursos y cuáles no y deberían cerrar. Me parece que la debilidad central del modelo soviético es que manejaron su economía de manera burocrática.

Las épocas de aceleración económica suelen coincidir con el aumento de la desigualdad. La solución que dan los economistas de la órbita del libre mercado es que la pobreza es problema, pero la desigualdad no lo es. O que la reducción de la pobreza sencillamente resuelve el problema de la desigualdad, pues esta es grave cuando produce privaciones. Estos argumentos son equivocados y derivan del sesgo epistémico y político que acarrearán la mirada ultraliberal y la anarcocapitalista (que pretendo ir separando en el camino de esta obra por razones que se expondrán).

La invisibilidad relativa del problema de la igualdad es una constante de la perspectiva neoliberal. Javier Milei ha sido muy radical al respecto, denostando la búsqueda de igualdad y juzgando con severidad la justicia social. Suyas son las siguientes afirmaciones:

—«Estamos ante el fin del modelo de la casta, basado en esa atrocidad de que donde hay una necesidad nace un derecho, pero se olvidan de que alguien lo tiene que pagar. Cuya [sic] máxima aberración es la justicia social, pero se olvidan de que es injusto que la paguen solo algunos».

—«Es la idea de la justicia social materializada en un artículo [de la Constitución] y, por ello, dicha norma es parte del cáncer argentino».

—«Estoy a favor de la igualdad ante la ley. Considero que robar está mal. Por lo tanto, estoy en contra de la justicia social».

—«La igualdad ante la ley con seres distintos implica resultados diferentes. La justicia social es jugar a ser dios pero con criterio humano».

Javier Milei concentra su crítica en la vinculación entre necesidad y derecho social; al tiempo que retoma la clásica temática de Milton Friedman de que todo tiene un precio («no hay almuerzo gratis»). Luego se concentra en la gravedad de que la ley garantice derechos económicos porque esa es una intervención coactiva en los mercados y, por ello, en la libertad. También señala que la igualdad ante la ley es contradictoria con la justicia social. Y, lo que probablemente es lo más interesante, que la capacidad de conocimiento (capacidad gnoseológica) del ser humano es insuficiente para poder hacer justicia económica, por lo que la justicia social es una especie de atribución divina que se confieren las autoridades a sí mismas para establecer criterios comunes para casos distintos. Una atribución divina que, por lo demás, está a cargo de seres nada divinos, que transitan entre la inoperancia y la corrupción. De aquí la convicción de Milei: que el mercado asigna mejor esas diferencias. Con esto retoma su crítica antielitaria,¹ de lo que llama la casta.

Surgen aquí varios aspectos que revelan un fenómeno ya bien presente en Margaret Thatcher. La tesis de la primera ministra inglesa fue siempre la inexistencia de la sociedad. No hay manera razonable, para ella, de considerar fenómenos sociales en su conjunto. Eso la lleva también a desechar la problemática de la pirámide social y la dificultad de llegar a la élite. En su opinión, la sociedad no es como el Everest, no es una montaña en cuyo ascenso muchos quedan en el camino. En sus palabras: «La gente piensa que arriba no hay mucho lugar. Suelen pensar que es un Everest. Mi mensaje es que hay muchísimo espacio arriba». La sociedad aparece como un lugar competitivo donde te puedes abrir espacio sin grandes dificultades. Esta perspectiva otorga un beneficio de confianza necesario en favor de quienes han llegado arriba, pues se entiende que sus capacidades les han permitido subir. Pero esto vale para la capacidad de crecer económicamente, no en términos del éxito político. Milei no cree que esto sea aplicable a quienes triunfan en los partidos políticos y a quienes llegan a los más altos cargos burocráticos. Para Milei eso es la casta. Es decir, existe el mérito económico, pero no el político. El primero es competitivo, el segundo está basado en una casta, un grupo cuya posición está determinada al nacer y cuya dignidad no es modificable por la experiencia y la conducta. En resumen, la gran injusticia es la existencia del poder político.

Margaret Thatcher no creía en la sociedad por una razón simple: si aceptaba la tesis de la existencia de estructuras sociales, entonces asumiría que hay un orden

fenoménico que tiene sus propias leyes (lo social) y ello implicaría necesariamente aceptar la posibilidad de que una estructura social pueda proporcionar rigidez o flexibilidad a las oportunidades de las personas. Y si ello es así, entonces el resultado de la posición en la sociedad no necesariamente deriva del mérito.

Javier Milei en este punto ha seguido una ruta que han construido en la última década los movimientos de ultraderecha. Se trata de una construcción argumentativa que asocia los males del mundo a las autoridades políticas de los Estados y de los organismos internacionales. Y esta asociación se ejecuta en forma de dos argumentos. Primero, que las medidas políticas normalmente producen más problemas de los que resuelven, si acaso resuelven alguno. Y, en segundo lugar, que el diagnóstico de los grandes males del mundo suele ser una mera treta, incluso una noticia falsa, o al menos falaz, que permite «vender» una solución donde el izquierdista de turno pretende financiarse con montos superiores a los que, con sus capacidades, ganaría en el mercado. Es así como el presidente argentino ha dicho respecto de Naciones Unidas: «Nosotros no nos vamos a adherir a la Agenda 2030. Nosotros no nos adherimos al marxismo cultural, no nos adherimos a la decadencia». Y en relación con el acuerdo de París, Milei ha dicho: «Todas esas políticas que culpan al ser humano del cambio climático son falsas y lo único que buscan es recaudar fondos para financiar a vagos socialistas que escriben papers de cuarta».

La radicalidad de Milei sobre la justicia social es particularmente problemática con respecto a la realidad. La vinculación entre ciertas necesidades y derechos tiene sentido en el ámbito del liberalismo. Un niño que nace en un lugar muy pobre morirá de hambre si no se le reconoce el derecho a la vida. ¿Cuál es la virtud de esa muerte? Hay regulaciones que reconoce cualquier liberal, incluso los minarquistas.² Pero Milei va más lejos y considera que el salario mínimo es un escándalo porque regula un precio. Por un lado vemos a Milei exigiendo una desregulación total del precio del trabajo, pero no opera con la misma lógica cuando se trata del resabio tradicionalista de la herencia, evidentemente fuera de la lógica liberal. La recepción de una fortuna por parte de personas que no la produjeron podría conturbar el espíritu liberal, ya que ello perturba la capacidad competitiva del sistema y la sensibilidad meritocrática. Pero no ocurre, nada dice Milei del derecho a herencia, que es una regulación que favorece a los más ricos, pero sí critica aquella que afecta a los más pobres.

En el discurso de Milei hay una clara orientación a asumir que el dinero está

exento de «obligaciones» o restricciones de algún tipo. El ser humano puede estar coaccionado por el derecho, pero el dinero no. Ha de convertirse en un objeto celestial, fuera de toda controversia. Este debe poder moverse con libertad, pero las personas que buscan trabajo no pueden gozar de igual derecho.

¿Es irrelevante la igualdad material? ¿O basta con la igualdad formal? Esto último es lo que piensa Milei. Es necesario explicar que las dinámicas de crecimiento producen desigualdad, tal y como el pelotón de ciclistas se alarga a medida que se va más rápido. Los economistas suelen ver el problema de la desigualdad como un asunto de distribución del ingreso. Pero detrás de ello hay un problema moral.

Entre 1980 y 2015, el 50 % más pobre de Estados Unidos redujo su participación en los ingresos en alrededor de un 40 %. El 1 % más rico duplicó su participación y quedó en una posición que permite a ese pequeño grupo superar por casi el doble los ingresos totales de la mitad de la población. ¿Cómo se puede legitimar que una «sociedad» donde todos concurren para mejorar las condiciones de vida de manera cooperativa termine entregando tanta diferencia de dividendos? No resiste el análisis. No hay forma de fundamentar que las personas con más recursos trabajan tanto más que las personas con menos recursos, no hay forma de explicar la diferencia de valor entre un trabajo y otro. En porcentajes mínimos de población, se puede comprender la importancia de una creación tecnológica o artística, de un personaje de influencia masiva, o la importancia de las altas decisiones de un gran ejecutivo mundial. Pero no hay razón para pensar que hace sesenta años había menos inventos, ni se puede pensar que los ejecutivos actuales son mejores que aquellos que hicieron grandes las mismas compañías.

La desigualdad, en las sociedades primitivas, era desestructurante y requería de toda clase de ritos y medidas para producir el equilibrio social. La ausencia de mérito en la fortuna genera problemas de gran escala en las sociedades. Las sociedades arcaicas temían el triunfo de unos sobre otros. En la medida en que hay más desarrollo de economías de mercado, se tolera más la desigualdad, pero basada en la eficiencia y el mérito. Darle a quien no merece es siempre un problema. Se lee en Mateo 7:6 lo siguiente: «No entreguéis las cosas sagradas a los perros, ni echéis vuestras perlas a los cerdos, pues las pisotearán y, revolviéndose, os harán pedazos». La sociedad exige para todo un fundamento, una causa legítima. Por supuesto, también para la riqueza. ¿Y cuándo ese fundamento falla?

De fallar de manera ostensible y obscena el fundamento, la sociedad corroe sus propios pilares y con ello pierde recursos y capacidades de acción, debilitándose. Si la falla no es solo obscena, sino que entra en etapa de politización de la problemática, es probable que aumente la temperatura. Y ese aumento generará presión. Y esa presión genera impactos, explosiones, cambios de estado de la materia. Cuando esto ocurre estamos ante una «crisis».

Javier Milei puede ver recesiones e incluso probablemente anticiparlas. Pero no sabe observar una crisis política o social. Sencillamente no las entiende. Para él una crisis es la pérdida. Pero en la sociedad una crisis no es solo pérdida. La crisis puede comenzar en un problema de los agricultores respecto a medidas regulatorias y puede terminar golpeando al sistema sanitario o a las empresas tecnológicas; en fin, es la teoría del caos. La crisis se exporta bajo circunstancias muy precisas de un lugar a otro, pero se exporta y se puede mover a lo más lejano en vez de ir a lo más cercano. La crisis es una singularidad y su comportamiento se caracteriza por un momento en el que, bajo ciertas circunstancias, puede comprometer todos los valores de la sociedad. A veces un asunto pequeño se puede convertir en un dilema de gran magnitud.

Milei viene a representar la apoteosis de un proceso que aqueja hasta hoy a la economía como disciplina, pero cuyas versiones disciplinarias dominantes han intentado moderar aunque sea levemente. La pretensión de un espacio geométrico perfecto para poder entender la conducta humana ha ido mermando su peso dentro de las ciencias sociales y en la economía en particular. La fantasía de la economía de convertirse en una ciencia natural, aun cuando seguía trabajando con un objeto que es sujeto, fue el leitmotiv del esfuerzo de la economía de abandonar la ruta que conectara con los grandes desafíos de la cultura occidental. Las problemáticas de la voluntad humana, las querellas asociadas a la filosofía moral, las distinciones con la política, eran asuntos no resueltos. Pero fueron borrados. Ello generó un efecto impensado: el liberalismo se resintió como filosofía y se convirtió en operacional. Hasta este recorte epistémico el liberalismo económico tenía conexiones profundas con el liberalismo político. En la medida en que la economía se fue especializando fundamentalmente en los mercados, se alejó de la filosofía, de la historia y de las ciencias sociales.

Allí donde la palabra economía es académicamente mencionada, se suele hacer referencia al uso de recursos escasos para producir bienes valiosos y distribuirlos entre diferentes personas. Es decir, se trata de afrontar el problema de la escasez

de bienes valiosos y de construir condiciones para la eficiencia de la sociedad respecto a estos bienes.

La discusión sobre la definición de la economía es extensa. En la tradición marxista hay diversas lecturas, pero vale como síntesis pensar que es el estudio sobre el proceso mediante el cual la totalidad de los bienes y la actividad humana se convierten en mercancía, siendo el momento de más profundidad la conversión en un transable en el mercado de la tierra, del trabajo y del mismísimo dinero. La tierra es la naturaleza, el trabajo es el ser humano, y el dinero es un coordinador de acciones bajo una estandarización monetaria. Esto significa decir que toda la realidad se convierte en mercancía. En la tradición keynesiana hay menos voluntad de definir porque su teoría nace de los problemas de la perspectiva liberal: el alto desempleo y las crisis económicas de gran tamaño. He aquí que Keynes asigna un rol fundamental al Estado como constructor del equilibrio y, sobre todo, como mecanismo de protección en escenarios de grandes crisis económicas. Y es que, aun cuando los mercados se puedan regular luego de grandes fluctuaciones, ello ocurrirá con muchas fluctuaciones y probablemente acontezca en el largo plazo. Y al respecto nace la famosa sentencia de Keynes: «En el largo plazo estamos todos muertos». La provocadora frase tiene la virtud de romper el cerco economicista y plantea la ausencia de una autonomía total de la disciplina, señalando que no es útil ni razonable tener una economía que funciona perfectamente de acuerdo con sus propios estándares académicos, mientras hay personas que mueren de hambre. Al instalar la muerte de seres humanos en medio de la escena obliga a salir de la discusión teórica del momento en que se puede o debe intervenir un mercado.

La ciencia económica se orientó a la visión abstracta de los mercados en un proceso de conflictividad académica. Básicamente hubo un debate entre escuelas de carácter más histórico respecto a otras de carácter más formalista y abstracto. Esto se representó en los conflictos entre la escuela alemana de la economía y la escuela austriaca. Esta última conseguiría un altísimo grado de influencia y derrotaría a la corriente alemana, donde destacaban Max Weber y Werner Sombart. Los ámbitos que fueron desestimados por la escuela austriaca fueron los que finalmente avanzaron hasta ubicarse como fundamentos de las ciencias sociales y, sobre todo, de la sociología.

Y he aquí el punto.

Imagínese el escenario que dibuja la ciencia económica resultante de este recorte

de los ámbitos sociales a dos problemas: la escasez y la búsqueda de la eficiencia. Bajo esta perspectiva no tenemos ninguna consideración sobre:

1. El poder. Se asume un mapa «plano» en términos de poder, es decir, nadie tiene más poder que otro en la sociedad y no es este un factor de distribución de los recursos. Por supuesto, esta premisa no solo es falsa, sino completamente absurda.

2. La política. Se asume que la política debe cumplir el propósito de no obstruir el flujo «natural» del poder. Nuevamente, hay un problema lógico. El poder existe antes que la política. Es esta última la que ha domesticado el poder y lo ha hecho más estable y menos dependiente de coyunturas de violencia. La sentencia de la política como la continuación de la guerra con otros medios es cierta. Pero es fundamental diferenciar el poder de la política. El poder es la energía que produce transformaciones y diferencias en la sociedad. La política es la actividad que regula algunas dimensiones del poder para construir una dinámica de organización. Esto, por un lado, permite a las élites concentrar poder, pero al mismo tiempo implica una oferta de certidumbre a la ciudadanía.

3. Las normas sociales. No se comprende la líquida estructura en la que flotan las estructuras productivas. Detrás de ellas hay normas sociales (más importantes que las jurídicas) que determinarán el grado de éxito, penetración o resistencia a un producto o servicio.

4. Las crisis. En tiempos normales, según mediciones propias aún en etapa primaria, alrededor del 10 % de los movimientos de una bolsa de comercio derivan de factores sociopolíticos. Pero en las crisis ese porcentaje cambia. No es solo que ese 10 % pasa a ser disruptivo, sino que, además, crece exponencialmente. La visión esquemática que se ha propuesto desde la economía genera una grave incompreensión de las crisis.

He aquí el principal riesgo de Milei. La existencia de un enorme mundo que no ve. El lado oscuro de la economía. He ahí su negación, su distancia, su ceguera.

Culmino este capítulo con una predicción. Javier Milei ha sido inmune a su violencia sobre la dimensión ritual de la sociedad. Ya siendo presidente despidió ominosamente de la radio a Víctor Hugo Morales, un periodista de izquierda famoso por el asombroso relato del gol de Maradona a los ingleses (el segundo, el gol del siglo). Es evidente que Milei está convencido de que tiene un superpoder estable al respecto, que nunca ocurrirá que denostar algo sagrado le implique una herida. Lo que no entiende es que el desgaste del rito proviene de los Gobiernos anteriores, enormemente ritualistas y con un frenesí simbólico que fue borrando la capacidad de producir contenido simbólico. Y es que, al convertir cada cosa en simbólica, cada hecho en una manifestación de una cultura que debe atacarse (como en algunas versiones del feminismo), el resultado es la extenuación del símbolo. Pero cansancio no es muerte.

La liturgia de la política está exhausta, los jóvenes arrojando sopas y pinturas a los cuadros emblemáticos de nuestra cultura para ir contra el petróleo o para advertir el cambio climático es el síntoma de una enfermedad de época: ocupar lo simbólico hasta que deje de contar con su atributo principal. Pero de esto, insistimos, no se deduce en absoluto que Javier Milei sea inmune o que en ninguna sociedad volverán a ser relevantes los dilemas morales frente a la economía.

Un Milei equivocado ha tenido razón. Pero, como siempre que es así, se trata de un accidente que genera un resultado morboso: aprender una verdad que no es tal, comenzar a confiar en lo que te puede destruir.

Es fácil predecir que un día Javier Milei se despertará y ese superpoder se habrá esfumado. Las consecuencias siguientes dependerán del tamaño de la crisis que suscite ese escenario.

1 Milei es un defensor de las élites económicas, pero un crítico ácido de las élites políticas.

2 Corriente radical dentro de la economía neoclásica que plantea una gran reducción del aparato estatal. El ejemplo histórico fue Chile en la dictadura de Pinochet y, sobre todo, en los planes ejecutados entre 1978 y 1990.

¿ES MILEI LIBERAL?

«Soy el primer presidente liberal libertario».

JAVIER MILEI

Javier Milei se declara liberal. Lo ha dicho de distintos modos, como, por ejemplo: «Yo considero al Estado como un enemigo; los impuestos son una rémora de la esclavitud. El liberalismo fue creado para liberar a las personas de la opresión de los monarcas; en este caso sería del Estado». O también ha hecho uso de la definición de Alberto Benegas Lynch, primer patriarca de la familia que más ha buscado introducir el liberalismo en Argentina. La definición de liberal por Benegas Lynch es la siguiente: «El liberalismo es el respeto irrestricto del proyecto de vida del prójimo, basado en el principio de no agresión y en defensa del derecho a la vida, la libertad y la propiedad privada». Esta frase es reiterada constantemente por Javier Milei y constituye el núcleo de su creencia. El respeto irrestricto es eso, irrestricto. Es decir, para Milei el asunto de las drogas es simple: «Drogarte es suicidarte en cuotas. Si vos te querés drogar, hacé todo lo que quieras, pero no me pidas que yo pague la cuenta». La adicción se sale de la salud pública para quedar en un asunto de responsabilidad del consumidor de drogas, quien debe pagar la cuenta general de los daños que se ha producido a sí mismo.

El liberalismo libertario de Milei asume la necesidad de restringir al Estado radicalmente, marcando así los ámbitos de defensa, seguridad y labor judicial como aquellos que sí deben ser financiados centralmente.

En sus aclaraciones sobre el liberalismo, Javier Milei ha señalado que las

instituciones fundamentales del liberalismo son la propiedad privada, los mercados libres de la intervención (siempre violenta) del Estado, la libre competencia, la división del trabajo y la cooperación social.¹ El listado es sumamente aclaratorio, ya que la descripción de instituciones de Milei muestra exactamente lo contrario: la omisión de instituciones. Nos concentraremos en los mercados, pues resultan ser el corazón del argumento de Milei.

Los mercados libres son aquellos que funcionan sin la incidencia de actores institucionales, sin nadie más que los participantes en la transacción. El mercado es libre en su versión «natural». Milei culpará sistemáticamente al aparato estatal de intervenir sobre los mercados. Y tiene algo de razón: los Estados han entrado a incidir en la operación de los mercados muchas veces. Y ello coacciona a los mercados, impide su rumbo autónomo. La pregunta es simple. Si los aparatos estatales no interfirieran, ¿serían los mercados enteramente autónomos y libres de otras coacciones?, ¿serían eficaces en la asignación de recursos y en la producción social?

Un ejercicio histórico nos dará claridad. No hay ninguna duda: los mercados no tienen en las estructuras políticas administrativas su principal coacción o riesgo. Los mercados tienen un montón de coacciones e incertidumbres. Y es que los mercados, al suponer transacciones de productos con valor, están sujetos históricamente al robo. El comercio y el robo han tenido una historia común. Y el robo, qué duda cabe, es una coacción, un atentado a la libertad. Por lo tanto, el mercado teórico es promotor de la libertad, pero en su historia real el robo ha sido parte de su experiencia. Muchas de las coacciones legales existentes se han hecho para dotar de simetrías al mercado, no para obstruirlo. El Estado ha nacido fundamentalmente defendiendo el proceso de configuración de mercados y, en muchos casos, creándolo.

La tesis de un mercado que fue arruinado en su eficiente operación por el Estado es notoriamente falsa. Es importante ser radical en esta afirmación para que no quede algo más liviano como decir que no se puede demostrar del todo que el mercado funciona perfectamente sin coacciones. No. Lo que estamos diciendo es algo muy claro: el mercado nunca ha existido sin coacciones y la tesis de que el Estado nace obstruyendo el mercado es también falsa. Y se puede agregar que la operación de los mercados con menor incidencia de los Estados muestra deficiencias en el desarrollo de la calidad de vida.

Veamos un ejemplo. La creación del mercado del trabajo y del mercado de la

tierra generó problemas sociales graves en el incipiente proceso de construcción del capitalismo industrial a finales del siglo XVIII y en el XIX. Los problemas fueron principalmente las extensas jornadas de trabajo, la ausencia de condiciones laborales adecuadas y el aumento de precios de la tierra con efecto de repulsión desde el campo a la ciudad (lo que derivó en la mercantilización de la tierra). También existieron leyes que establecían la obligatoriedad de aceptar cualquier trabajo sin importar la remuneración. Un claro ejemplo de la necesidad de regulaciones se aprecia en las Factory Acts (las primeras, en 1802, y la siguiente, en 1847). Estas actas eran leyes laborales para el empleo industrial en las que se limitaron las jornadas de niños y mujeres en la industria textil (lo que luego se expandió a otras industrias). Esas leyes, que apenas se cumplían, establecían la jornada de doce horas para niños entre los 14 y 18 años, de ocho horas para los de entre 9 y 13 años, y la prohibición de trabajo para niños menores de 9 años. Entre 1785 y 1852, según Feinstein, el crecimiento de los salarios en Gran Bretaña solo fue de un 37 %. Y en 1852, el 46 % de los niños británicos trabajaban en fábricas. Los datos del bienestar de la población asociado a la existencia de mercados libres son muy negativos y, por el contrario, las mejoras aparecen con las regulaciones y (hay que decirlo) con las protestas de las personas afectadas. Los ingleses bajaron su estatura entre 1780 y 1850. La estatura suele ser un excelente predictor del avance de las sociedades. En las sociedades que prosperan, las personas ingieren más calorías, de manera más estable, generando un bienestar físico que se traduce en aumento de la estatura. Los países, en la medida en que se hacen más ricos, suelen aumentar sus estaturas promedio. Pero eso es así si el crecimiento se transfiere a la calidad de vida de las personas. Y eso no es obvio. Lo cierto es que, en la época con menos regulaciones de mercados y con ellos más libres, los ingleses redujeron su estatura.

Entre 1760 y 1850 el PIB creció un 57 %, y los salarios reales, un 37 %. Entre 1780 y 1840 la productividad creció tres veces más que el aumento de remuneraciones. Pero después de 1840 la evolución de la productividad y la de las remuneraciones se igualan. Y esto ocurre justo en el periodo de más protestas y demandas sociales, al tiempo que en la época donde se multiplican las regulaciones laborales.

Hay más cosas que señalar respecto a los mercados. Los mercados no son todos ellos resultantes de la mera dinámica social, no surgen necesariamente de manera «natural». Los mercados locales y pequeños funcionan con pocas regulaciones y así ha sido siempre. Cuando se tornan más importantes,

naturalmente ingresan intereses y asimetrías, motivo por el cual el escenario sufre modificaciones. Empiezan las presiones sobre las dinámicas más simples del mercado y comienzan a aparecer demandas de regulación. Pero hay mercados de largas distancias. También suelen surgir espontáneamente a partir de los aventureros que buscan fortuna. Hay ejemplos clásicos como Marco Polo o Cristóbal Colón, que intentaron avanzar en las osadas rutas que permitirían el más conveniente acceso a productos lejanos. Esos mercados, los transnacionales, han existido durante largos siglos. Pero hubo un tipo de mercado que nunca existió antes de la Modernidad: el mercado nacional. Esto es bastante obvio, porque los mercados nacionales solo pueden existir en la medida en que existe el Estado nación.

De los mercados se han dicho toda clase de virtudes y defectos, pero quizás el más sorprendente es el que le asigna la posibilidad de generar paz. Fue el economista francés Frederic Bastiat quien dijo: «Donde entra el comercio, no entran las balas». Hay algo de cierto. Y hay bastante de falsedad. Muchos mercados se construyeron desde la guerra. La ampliación de los mercados de los procesos de colonización es un ejemplo. Y si bien es cierto que los mercados repudian la incertidumbre y, con ello, el conflicto, la tesis de que un funcionamiento regular de los mercados haría imposible la guerra ha resultado ser falsa. Hay diversas razones, pero lo importante son los hechos. ¿Qué más claro que la guerra de Rusia con Ucrania? Rusia tenía una relación comercial muy consolidada con Europa antes de la guerra. Y su balanza comercial era conveniente: las exportaciones desde Rusia a Europa sumaban más del doble que las importaciones de Rusia. Pero Rusia atacó. Recibió sanciones económicas graves y las enfrentó. La presión recibida era esperable y las sanciones económicas también, pero igualmente tomó la decisión en favor del conflicto. La tesis de un «poder blando» de Occidente que eliminaría todo riesgo de guerra sencillamente fracasó. El comercio no era garantía de paz.

Cuando Javier Milei se inscribe en la tradición de la escuela austriaca establece el posicionamiento más radical sobre los mercados. Y su posicionamiento no es liberal. Adam Smith está mucho más a la izquierda de Milei. Y eso que en la época de Smith la izquierda no existía. Para Smith el principal problema de los mercados son los monopolios, las grandes empresas que controlan sin competencia un mercado. Y, además, Adam Smith dirá que la única clase parasitaria es la de los terratenientes.

La integridad filosófica y social de la teoría de Adam Smith contrasta con los

herederos de la escuela austriaca, que recortan las complejidades filosóficas y sociales. Adam Smith veía dos necesidades fundantes en los seres humanos: intercambiar y simpatizar. Y ambas entran en cierto modo en conflicto. La simpatía supone benevolencia, desprendimiento. Pero el intercambio exige su contrario. Para Smith la intensidad del intercambio producirá defectos en la capacidad de simpatizar. Esto implica algo simple: para Smith la capacidad de asignar recursos de los mercados puede ser muy eficiente, pero en su relación con el todo social el mercado supone una presión disolvente, ya que hay fallas que se expresan en la sociedad en general, incluso si son méritos económicos.

Javier Milei no acepta estas tesis. Para Milei las instituciones liberales se reducen, en realidad, a solo una: el mercado libre. Las complejidades morales del liberalismo, sus esfuerzos de construcción política, todo ello queda devastado al paso de Milei. Y es que el líder argentino no es liberal. Por lo pronto, no se puede ser libertario y liberal al mismo tiempo, aunque seas capitalista. La fusión entre capitalismo y liberalismo es un error conceptual: el capitalismo es un hecho, un fenómeno social; el liberalismo es un proyecto político en el marco del capitalismo (y del socialismo se puede decir esto mismo). La creciente creencia de que el liberalismo y el capitalismo son la misma cosa ha sido un desastre intelectual. El liberal es siempre procapitalista, pero el capitalismo no necesariamente es proliberal.

Es tiempo de aclaraciones. Brevemente mostraré que el liberalismo es la primera ideología que propone robustecer el aparato institucional y la estructura del Estado.

El liberalismo y el socialismo son ideologías modernas, nacidas en el fragor del desarrollo de las revoluciones fundamentales de finales del siglo XVIII. Se trata de las dos grandes revoluciones: la francesa y la «americana». Esta última fue originada por la búsqueda de independencia de trece colonias en el norte de América que terminan, ante su logro, por fundar Estados Unidos de América. Normalmente en español se la conoce como la revolución de las trece colonias, ya que es inapropiado y sobre todo incómodo aceptar el nombre de «revolución americana» para aquella que se limita a Estados Unidos. Esta revolución es también una guerra de independencia que se da entre 1775 y 1783. La Declaración de Independencia del 4 de julio de 1776 y la consagración de la Constitución de 1787. Este texto constitucional fue, desde su discusión original, una fuente de construcción de sentido para los proyectos políticos modernos. Por otro lado, la Revolución francesa de 1789 es, en realidad, un proceso social de

mayor complejidad. Comienza con un espacio público y de discusión política fortalecido desde casi cincuenta años antes de la revolución y se ve alimentada por los avances «liberales» que se habían dado en Inglaterra desde que en 1689 se dio por superada la monarquía absoluta y se reconocieron derechos desde el naciente Parlamento. Esta declaración más bien recuerda las obligaciones de las autoridades monárquicas y parlamentarias. No es una declaración de los derechos humanos, bajo el concepto que surge luego de la Revolución francesa. Los puntos marcados en el Parlamento inglés para esta declaración fueron los siguientes:

—El rey no puede crear o eliminar leyes o impuestos sin la aprobación del Parlamento.

—El rey no puede cobrar dinero para su uso personal sin la aprobación del Parlamento.

—Es ilegal reclutar y mantener un ejército en tiempos de paz sin aprobación del Parlamento.

—Las elecciones de los miembros del Parlamento deben ser libres.

—Las palabras del Parlamento no pueden obstaculizarse o negarse en otro lugar.

—El Parlamento debe reunirse con frecuencia.

Aquí vemos que la tradición liberal comienza, desde el inicio de sus tiempos,

como un proceso fundamentalmente institucionalista. Su esfuerzo es configurar reglamentos y procedimientos. El liberalismo es antes que nada una forma del Estado, cuyo énfasis está en la igualdad formal, aunque sin desestimar del todo la igualdad material.

Esta ruta tiene continuidad con la influencia liberal en el proceso revolucionario francés, tanto en su principal hito, en 1789, como en su segundo hito, en la revolución de 1830 (denominada, de hecho, «liberal»), proceso de revuelta social que se da en muchísimos países europeos (Bélgica, Alemania, España, Polonia, Italia y el Reino Unido). El liberalismo tendrá, además, influencia esencial en los movimientos emancipatorios de las independencias latinoamericanas, cuyos líderes, como Francisco de Miranda, Bernardo O'Higgins, José de San Martín y Simón Bolívar, profesaron la doctrina liberal. Es así como la influencia del positivismo en la filosofía, de la ilustración como proyecto civilizatorio y del liberalismo como ideología fue fundamental en el proceso latinoamericano.

La forja de la Asamblea Nacional Constituyente de Francia fue un hito fundamental para el liberalismo y para la expansión de una nueva discusión sobre la democracia y la proyección del proyecto de la razón ilustrada hacia la esfera del poder. En dicha asamblea se aprobó la famosísima Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, así como un conjunto de medidas de orden progresista. En este marco fue en el que se encargó la redacción de la Constitución 1791.

En su preámbulo esta Constitución declara:

La Asamblea nacional, al querer establecer la Constitución francesa sobre los principios que acaba de reconocer y declarar, suprime irrevocablemente las instituciones que herían la libertad y la igualdad de los derechos. Ya no hay nobleza, ni procerato (pares), ni distinciones hereditarias, ni distinciones de estamentos, ni régimen feudal, ni justicias patrimoniales, ni ninguno de los títulos, denominaciones ni prerrogativas que derivaban de ello, ni ninguna orden de caballería, ni ninguna de las corporaciones o gremios para los que se exigían pruebas de nobleza, o que suponían distinciones de nacimientos, ni ninguna otra superioridad, tan solo la de los funcionarios públicos en el ejercicio de sus funciones. Ya no existen venalidades ni herencia de un oficio público. Ya no

existe, en ninguna parte de la nación, ni para ningún individuo, ningún privilegio excepción al derecho común de los franceses. Ya no existen cofradías ni gremios de profesiones, artes y oficios. La ley ya no reconoce ni votos religiosos ni compromiso alguno que fuese contrario a los derechos naturales o a la Constitución.

La Constitución tendrá en sus primeros artículos un claro glosario de derechos y garantías, señalados como derechos naturales y civiles:

1. Que todos los ciudadanos pueden ser admitidos a los puestos y empleos, sin otra distinción que la de las virtudes y los talentos.

2. Que todas las contribuciones sean distribuidas entre todos los ciudadanos de forma igual, en proporción a sus facultades.

3. Que los mismos delitos sean castigados con las mismas penas, sin distinción alguna de las personas. La Constitución garantiza de forma semejante, como derechos naturales y civiles:

i. La libertad a todo hombre para ir, permanecer, partir, sin poder ser arrestado ni detenido, si no es según las formas determinadas por la Constitución.

ii. La libertad a todo hombre de hablar, escribir, suprimir y publicar sus pensamientos, sin que sus escritos puedan ser sometidos a censura alguna ni inspección antes de su publicación, y ejercer el culto religioso al que está vinculado.

iii. La libertad a los ciudadanos para que se reúnan pacíficamente y sin armas, de conformidad con las leyes de la policía.

iv. La libertad de dirigirse a las autoridades constituidas con peticiones firmadas individualmente.

v. El Poder Legislativo no podrá dictar ley alguna que atente u obstaculice el ejercicio de los derechos naturales y civiles consignados en el presente título, y garantizados por la Constitución; pero como la libertad consiste en hacer todo lo que no perjudique a los derechos de los demás, ni a la seguridad pública, la ley puede establecer penas contra los actos que, al atacar la seguridad pública o los derechos de los demás, fuesen nocivos para la sociedad.

vi. La Constitución garantiza la inviolabilidad de las propiedades, o la justa y previa indemnización de las que, por necesidad pública, legalmente constituida, se exija el sacrificio.

vii. Los bienes destinados a los gastos del culto y a todos los servicios de utilidad pública pertenecen a la nación, y estarán siempre a su disposición.

viii. La Constitución garantiza las alienaciones que han sido hechas o las que se lleven a cabo según las formas establecidas por la ley.

ix. Los ciudadanos tienen el derecho de elegir o escoger a los ministros de sus cultos.

x. Se creará y organizará un establecimiento general de ayudas públicas, con el fin de educar a los niños abandonados, socorrer a los pobres enfermos, y suministrar trabajo a los pobres válidos que no hayan podido conseguirlo.

xi. Se creará y organizará una instrucción pública, común para todos los ciudadanos, gratuita en la parte de la enseñanza indispensable para todos los hombres, y cuyos establecimientos serán gradualmente distribuidos por todo el reino.

xii. Se establecerán fiestas nacionales con el fin de conservar el recuerdo de la Revolución francesa, mantener la fraternidad entre los ciudadanos y vincularlos con la Constitución, la patria y las leyes.

xiii. Se hará un código de leyes civiles comunes para todo el reino.

Con estos ejemplos es bastante evidente el esfuerzo institucionalista del liberalismo primigenio. A finales del siglo XVIII e inicios del XIX, el socialismo aún no había llegado con fuerza, y se suele conocer a partir del nombre que le dio Marx, asumiéndolo como «socialismo utópico», centrado en la posibilidad de generar comunidades de convivencia, algunas reglamentadas y otras más bien con amplias libertades. La ruta de ese socialismo primigenio tuvo cierta influencia, pero no tuvo el nivel de impugnación e impacto político que se lograría después con el socialismo marxista, que Marx instauró como «socialismo científico» frente al socialismo utópico.

Es decir, siendo claros, es el liberalismo el que lleva la delantera en la configuración del escenario ilustrado hasta la consolidación del marxismo, que ocurre ya pasada la mitad del siglo XIX. Es así como las bases de las sociedades modernas son fundamentalmente liberales. Y se caracterizan por la libertad de pensamiento y de prensa, por la supresión de los títulos nobiliarios y de los gremios.

Y para ser más claros, «libertad, igualdad y fraternidad» no es una tríada de la Revolución francesa. Es la tríada de la República francesa, casi un siglo después. Ahí se ha consolidado el proceso revolucionario en una síntesis que incluye el liberalismo y el socialismo (y un tercer valor sin marca de sector, la fraternidad). Pero en origen el predominio liberal era fundamental. Por supuesto, la Revolución francesa tuvo peso desde perspectivas más radicales que el liberalismo. Por lo pronto, J. J. Rousseau fue esencial con su teoría de la soberanía popular, su crítica a la desigualdad en el Antiguo Régimen y la relevancia que asignó a la educación, lo que supuso un gran impacto, pues, desde entonces, en Francia, se desarrolló un énfasis importante en favor de la educación pública. Sin embargo, habrá que insistir en que la ruta impugnadora encontró fundamentos esencialmente en el liberalismo, ya que las otras ideologías de la Modernidad no estaban tan avanzadas como aquel.

La configuración de los mercados redunda de una convicción del liberalismo político, no del liberalismo económico.

En este punto se debe insistir. Para el liberalismo, el mercado es una herramienta de libertad porque el mercado desconoce la relevancia de mediadores favorecidos por sus posiciones en la sociedad. En parte eso es lo que permite que sea Marx quien señale que la burguesía es la clase más revolucionaria que ha conocido la historia humana. El capitalismo trastoca de tal modo la sociedad que todo lo sólido se desvanece en el aire y todo lo sagrado es profanado. Pero cuando Marx escribe estas palabras en el Manifiesto comunista (1848), revelando la potencia del capitalismo, agrega que los seres humanos se ven forzados bajo este contexto a considerar las condiciones de su existencia, lo que es una referencia al carácter explícito de la explotación y la posibilidad de la conciencia de clase. Marx considera que la turbulencia estructural del capitalismo obligará a los trabajadores a comprender sus condiciones recíprocas. En este ámbito, la teoría marxista ha fallado, no de manera absoluta, pero sí de manera relativa. Las principales crisis del capitalismo, aquellas que lo han puesto en riesgo, han sido crisis endógenas al sistema económico, han sido creadas por la propia clase «burguesa». Se trataba de crisis especulativas en las bolsas de comercio. Lo que ha puesto en juego el capitalismo no ha sido el movimiento obrero. Por supuesto, ha generado turbulencias importantes, fue capaz de dotar de una base operativa e ideológica a parte importante del mundo (a la sección precarizada). Pero el movimiento obrero no ha generado crisis estructurales.

La fuerza disolvente del mercado es evidente. Así es, todo lo sólido se desvanece en el aire, todo lo sagrado ha sido profanado. Milei entiende esto y lo utiliza con tanta osadía como contundencia. Pero esa fuerza es del capitalismo, no del liberalismo. El liberalismo pretende disolver estructuras añejas para construir unas nuevas.

Y ¿qué es Milei? Pues bien, la respuesta es simple: Javier Milei es un anarquista. Las tesis anarquistas se pueden clasificar según su alcance y/o su medio específico:

—La creación de comunidades de autogestión (refugio en cooperativas ante un mundo hostil, como en Fourier).

—La creación de una sociedad sin ninguna forma de gobierno cuya coordinación sea la cooperación (Kropotkin).

—La abolición de toda forma de gobierno para una sociedad cuya coordinación sea el mercado (Rothbard).

En la tesis anarcocapitalista la capacidad de disolución del mercado va mucho más allá que en el liberalismo. En este la nueva sociedad habría de eliminar las estructuras hereditarias, las formas de poder fundamentadas en tradiciones y creencias religiosas; transformando la sociedad para encaminarla a una institucionalidad capaz de armonizar el movimiento hacia el progreso (la búsqueda del fin de la historia, el triunfo de la razón) a partir de incrementos estables, sin momentos epifánicos, sin acortamientos de camino. Es la versión política de la tesis protestante de la ausencia de momentos de revelación. De ahí surge nuestra versión profana de un progreso creciente, pero de movimiento sinuoso. El socialismo mantendrá siempre la expectativa del acontecimiento reestructurante (la revolución) y el anarquismo va todavía más lejos, a tal punto que ha tenido convergencias con el mesianismo.

Volvamos a la Revolución francesa. El tono liberal de la revolución es claro. Tan claro que el siguiente estallido revolucionario se dará en 1830 y será una revolución a la que llamamos «liberal».

Después de las elecciones a la Cámara Baja de julio de 1830, Carlos x se enfrentaba a un escenario de predominio liberal. La situación le era incómoda y el monarca resolvió disolver la Cámara de Diputados (recién elegida). Acompañó la acción de decretos que suspendían la libertad de prensa, alargaban el cargo de los diputados (reduciendo su número) y limitaban el derecho de voto. Su idea era construir las condiciones para que, en un nuevo proceso electoral, el resultado le fuera favorable.

La revolución liberal fue cultural y políticamente muy poderosa. La prensa la promovió y consiguió el apoyo de la Guardia Nacional. El conflicto entre Parlamento y Carlos x llegó muy lejos, al punto de que a nivel parlamentario se configuró una decisión mayor, un golpe monárquico en contra de la monarquía. El Parlamento se arrogó el derecho de elegir a un nuevo monarca, Luis Felipe i de Francia. Inmediatamente después, el Parlamento redactó una Constitución liberal, muy distinta a las precedentes.

Es importante comprender esta historia. Vivimos en una época donde el liberalismo es utilizado con liviandad. Trivializarlo ha sido deporte común. Sin ser yo mismo un liberal, por el mero hecho de reconocermelo como un deudor de la Ilustración, creo que se debe tratar con más respeto. Y esta historia nos cuenta que hubo mutaciones en el desarrollo del liberalismo que han favorecido confusiones de todo orden.

La principal mutación del liberalismo se produjo en el proceso que podemos llamar la escisión entre el liberalismo político y el económico. Esa fractura tiene un origen epistémico, es decir, nace de la evolución de la ciencia económica, cuando la disputa entre la escuela alemana y la austriaca redundó en el triunfo de esta última. Bajo su mirada, la perspectiva economicista es la única pertinente para comprender lo social, desatendiendo las miradas de las otras disciplinas científicas y de la historia. El éxito de esta perspectiva redundó en una deliberada ceguera por las dimensiones institucional, política y social, que fueron internalizadas en la teoría como «ruidos molestos», como fricciones innecesarias. La tesis era simple: los mercados deben eclosionar, consolidarse, convirtiéndose en el principio y el final. Javier Milei proviene de esta perspectiva. Por eso es importante preguntarse cuánto de liberalismo y de qué

liberalismo hablamos.

Volvamos a Francia. La Revolución de 1830 trajo consigo una Constitución que reconocía la soberanía nacional. El rey ya no lo sería por derecho divino. Incluso el rey no sería un monarca de Francia, sino un rey de los franceses por voluntad de los ciudadanos. Luis Felipe I de Orleans sería el jefe del Ejecutivo y compartiría la iniciativa legislativa con las cámaras. La Cámara de los Pares dejó de ser hereditaria y perdió importancia en favor de la Cámara de los Diputados. Fue un giro copernicano. La República francesa tardaría todavía cuarenta años y un par de tempestades mayores, pero el proceso ya era de gran magnitud.

La nueva Constitución nace de un contrato, de un acuerdo social. Este reconocimiento es esencial (y revive la propuesta de Rousseau). La religión católica deja de ser religión de Estado, se prohíbe la censura, se obliga a dar publicidad a los debates parlamentarios, se prohíben las medidas excepcionales por parte de la autoridad, se reivindican la educación pública y la libertad de enseñanza, además de medidas de control para el uso de elecciones en distintos cargos públicos. Y lo más importante (hay que reiterarlo): el rey de Francia ha sido elegido por el Parlamento.

La Revolución liberal fue muy importante. De hecho, nuestra comprensión figurativa sobre la Revolución francesa se produce a partir de un cuadro que no trata sobre ella, sino sobre la Revolución liberal. La libertad guiando al pueblo es un cuadro famosísimo que fue pintado por Eugène Delacroix (un liberal) y que se refiere a los hechos que conmocionaron a Francia en 1830. Todos asumimos que tiene que ver con la Revolución francesa de 1789, tal y como pensamos que la tríada «libertad, igualdad y fraternidad» proviene de esa misma histórica revolución. De cualquier modo, lo que es claro es que el liberalismo es muy diferente al anarquismo y no se puede ser liberal y libertario. Cuando Javier Milei triunfó en las elecciones de diciembre de 2023, en su discurso dio las gracias a quienes permitieron «lograr el milagro de tener un presidente liberal libertario». Estos dichos de Milei son imposibles. Incluso así lo señala su maestro Jesús Huerta de Soto, quien en su artículo «Liberalismo versus anarcocapitalismo» explica por qué el programa del liberalismo clásico es imposible. Y en este punto el hombre que ha guiado a Milei señala que el único sistema de cooperación social compatible con la naturaleza del ser humano es el anarcocapitalismo. Las razones para esta distancia con el liberalismo son muy distintas a las que pretendo exponer, pero hay acuerdo en que no convergen ambos conceptos. Y en que «liberalismo libertario» es lo mismo que preguntarse

qué pasa cuando una fuerza irrefrenable se encuentra con un objeto incommovible.

El problema intelectual es simple: se ha asumido que solo puede creer en el libre mercado alguien que es liberal. Y no es así. Los anarquistas tradicionales creían en la libertad y no eran liberales. Y los anarcocapitalistas creen en el libre mercado y no son liberales. ¿Lo saben? Es probable que no, que la ausencia de examen filosófico y político ha generado una confusión de gran tamaño. Milei cree que es liberal. Pero, para bien o para mal, el presidente argentino no es un liberal.

1 Estas referencias son constantes en su obra y discusión pública. El orden aquí señalado se basa en el tuit de su cuenta @JMilei del 3 de junio de 2022.

¿QUÉ HACER? EL DILEMA BOLCHEVIQUE DE MILEI

Todo líder se enfrenta a dilemas importantes. Y siempre hay un dilema principal. Lenin escribió el libro *Qué hacer* a inicios del siglo XX, antes de la Revolución bolchevique e incluso antes de la fallida revolución de 1905 en Rusia. La obra es un tratado sobre cómo afrontar la problemática de la transformación socialista, discutiendo entre tres tesis: la economicista, la de acción violenta y la de conciencia de clase. Lenin creía que esta última era la fórmula valiosa. Pues bien, la pregunta de Lenin ha sido siempre la clave, el dilema principal, de todo líder transformador. Todo se remite a una pregunta: ¿qué hacer? En el caso de una situación inédita, como es la llegada de un anarcocapitalista, situación realmente inédita en la historia, ¿qué dilemas encontrará el presidente Javier Milei para ejercer su cargo y llevar a cabo su proyecto?

Será necesario repetir mil veces que ningún proyecto político en la historia ha sido descarnadamente libremercadista. El caso más cercano a ello en la historia, que suele ser el ejemplo utilizado por Milei, es Chile. Y en ese caso el pacto de gobierno en dictadura es entre sectores militares, sectores neoliberales de tradición minarquista y conservadores de tradición hispánica. De esos tres grupos, incluido un escenario de claras reticencias militares con respecto al libre mercado, emanará un predominio de los sectores libremercadistas. Pero la tensión existió siempre. Consta en acta que el sistema privado de pensiones fue criticado duramente por Augusto Pinochet, quien señalaba que generaría concentración de la riqueza y la emergencia de cinco o seis grupos económicos principales muy lejos del resto. Para evitar que su crítica fuera a más, se le ofreció al mundo militar mantenerse en un sistema de pensiones de reparto y excluirlo de la reforma.

¿Gobernar para disolver el Estado? ¿O perpetuar el Estado modificándolo sustancialmente? Este dilema sí tiene historia. Y no está en la historia de los defensores del capitalismo, sino en su más importante crítico: el marxismo. Pero

de Marx hablaremos después.

Ser o no ser anarcocapitalista. Ser o no ser jefe de gobierno, líder político y jefe de Estado. Esta es la cuestión. Las verdades se tocan, dijo Andrés Bello. Pero las contradicciones se golpean.

¿Cómo se disuelve un Estado? Transformar una idea de cambio en una revolución es difícil. Transformar una revolución en administración es menos emocionante, pero es todavía más difícil. Los catalanes han declarado su independencia varias veces, pero los impuestos nacionales se pagan en la misma oficina de Madrid. La administración es la mejor narrativa del poder. Y es curioso, pero la prosa administrativa es vulgar y pedestre, pero su eficacia es inmensa. Javier Milei ha ingresado en la trampa del anarquismo. Pero la trampa de Milei es peor incluso que la de otros anarquismos en la historia.

Antecedentes del anarquismo hay muchos, pero la ruta más clara es situarnos en Francia en la década de los cuarenta del siglo XIX. Había un periódico llamado L'Humanitaire, considerado el primer diario del comunismo libertario francés. El clima de triunfo disidente es grande. Se ha logrado formar la Segunda República francesa en 1848 y es en ese marco que Anselme Bellegarrigue llama a la «abstención total», o huelga. Mejor dicho, refiriéndose a la «huelga política», es decir, aquella que no dice relación directa con demandas laborales concretas de quienes comparten una experiencia en la misma empresa. Es una huelga que habla de un colectivo, de grandes causas, de miles de personas. El objetivo de la paralización es torpedear la administración del poder. Es en esta época que se produce la bifurcación en la izquierda: el mundo del comunismo marxista y el mundo del anarquismo. Uno de los grupos relevantes deriva del mutualismo de Proudhon, que plantea avanzar hacia una sociedad sin Estado asumiendo que puede existir propiedad de los medios de producción de manera individual o colectiva, pero que ello ha de estar condicionado por un intercambio de bienes y servicios asociados a igual carga laboral. La otra corriente principal en su origen es la de Bakunin, que sitúa al Estado como el creador del capital y, por tanto, considera que el fin del capitalismo depende de la aniquilación del Estado.

Como vemos, la tradición anarquista no se parece mucho a Milei. Hay versiones colectivistas y siempre se asocia el Estado al capitalismo. Nos encontramos así en las variantes anarquistas de izquierda a derecha con situaciones radicalmente distintas. Desde la izquierda el Estado es esencial al mercado y es el forjador del capitalismo. Y la solución a esta aporía, en algunas variantes, es la organización

colectiva. En el anarcocapitalismo encontramos algo muy diferente: allí el Estado es la principal coacción para el pleno y eficiente desarrollo del capitalismo, es el enemigo. Y toda acción ha de estar centrada en el individuo.

Esta evolución del anarquismo no es, en realidad, algo absurdo. Por el contrario, tiene perfecta lógica. En el siglo XIX el Estado, incipiente, es todavía una institucionalidad cuyo gasto principal es la defensa o directamente la guerra, que por entonces es de alta incidencia. Todavía en los inicios del siglo XXI el gasto público no pasa de ser algo más del 10 % del PIB de un país. Hoy solo trece países se mueven en ese tipo de datos. La media del gasto público (considerando todos los países) se mueve en la órbita del 30 % del PIB en la actualidad. Y los países con mayores estándares de desarrollo humano manejan gastos públicos en torno al 40 % de toda la economía. Esta historia revela algo simple. Las definiciones que pretenden usar el concepto de Estado como herramienta más allá de las épocas, como mero concepto fijo, sencillamente incurrirán en errores graves. El Estado fue minarquista en su origen y luego de los movimientos sociales de finales del siglo XIX e inicios del XX, además de los triunfos del socialismo en muchos países, ocurrió que el Estado tuvo que convertirse en el gestor de la protección social. Y para ello tuvo que engrosarse de manera relevante. ¿Lo hizo por la sociedad? Las aguas se dividen, muchos piensan que la protección social fue un mecanismo para proteger la operación capitalista y no la vida de las personas. Otros piensan lo contrario. Pero hay algo cierto: el Estado se ha movido con la historia.

Las presiones igualitarias y las demandas ante problemas sociales han sido las principales fuentes de movimiento en favor del crecimiento del Estado. El minarquismo, por su parte, ha tenido poca vida porque requiere un clima social de alta expansión, donde los beneficios de la libertad sean claramente más grandes que la seguridad de la restricción. No será igual la demanda por más Estado en países donde el empleo autónomo llega al 34 % (Grecia por ejemplo) que en Noruega, donde los autónomos suman solo el 6,5 %. Y en cualquier caso, la importancia del Estado no es solo operacional.

Hay ideologías cuyos fundamentos son utópicos, es decir, que se basan en tipos de sociedades que no existen. El comunismo ha existido en sociedades arcaicas, pero no hay experiencias comunistas en sociedades modernas (y menos en sociedades complejas). Tal y como no ha existido una sociedad comunista, no ha existido una sociedad anarcocapitalista. Ambas utopías presuponen haber extinguido el Estado, lograr su disolución. Para que la oferta política de estos

proyectos exista es necesario articular una forma «viable» del proyecto, normalmente asociada a un momento intermedio. La del comunismo es el socialismo, que se basa en una estrategia contraintuitiva porque hay que agrandar el Estado para luego disolverlo. El anarcocapitalismo tiene como etapa intermedia la lógica de un Estado con funciones mínimas, básicas, una especie de cuerpo que solo cumple funciones básicas mientras avanza en el reemplazo de dichas funciones a través de un nuevo órgano llamado mercado. La pregunta que queda es simple: ¿es realmente posible superar la etapa socialista hacia el comunismo?, ¿es viable superar el minarquismo para dar paso al anarcocapitalismo?, ¿es posible superar el momento intermedio o sencillamente hay una alta probabilidad de quedarse a vivir en el estadio transicional? Y, más aún, ¿por qué se necesita este momento transicional?

Toda propuesta de transformación radical necesita un momento de intermediación, requiere configurar el tránsito a un momento que queda tan lejano que genera una sensación de salto al vacío. Un salto demasiado grande es temerario y no suele ser compatible con la estabilización de la confianza de los grupos respecto al líder. Las dos rutas más radicales de la historia son el comunismo y el anarquismo. En ambos casos un rasgo común es terminar con las formas de organización político-burocráticas. Pero si ya aquello es enormemente complicado, el mayor problema de dicho tránsito radica en otro factor: la diferencia entre paso y salto en la sociedad.

El espacio social es la abstracción con la que entendemos la existencia de posiciones en el marco de la sociedad. Las personas, por ejemplo, intentamos movernos en el espacio social buscando una posición que nos resulta más reconfortante. Normalmente, buscamos aumentar nuestra participación en la distribución de los beneficios económicos y eso lo entendemos bien. Pero se pueden buscar otras rutas. Si quiero ser escritor debo insertarme en el mundo de la escritura, no basta con escribir. Mi posición de origen está basada fundamentalmente en mi capacidad de movilizar recursos de la sociedad: poder, dinero, relaciones sociales, conocimiento y prestigio, entre otros. Cuando a partir de mis recursos busco un movimiento pequeño, ello no es difícil y tiene poco riesgo. ¿Busco un poco más? Puede fallar, pero no es de alto riesgo. Pero si mi capital total es de cincuenta mil euros en ahorro y pretendo que, en doce meses, pueda llegar a contar con un ahorro de un millón de euros, evidentemente tendré que hacer cosas muy arriesgadas y de muy baja probabilidad. Esto, que se aplica a las personas y sus apuestas, también se aplica a los proyectos políticos. Una apuesta de gran tamaño a nivel de proyectos políticos involucra un giro

copernicano en la forma de construir sociedad. Y un cambio de esa naturaleza es la aceleración del tiempo con un objetivo final: la construcción del nuevo proyecto en breve plazo. Normalmente llamamos a eso revolución.

Un proceso revolucionario no es solo aceleración, sino, además, destrucción de estructuras, porque la búsqueda de amplificar la velocidad solo es compatible con la transformación mediante la posibilidad de desmontar parte de lo existente para forjar lo nuevo. Pero ya adivinará usted el problema. Si mi posición de origen está fundamentada en mis recursos de origen, ¿qué puede fundamentar la posición a la que aspiro? Pues bien, nada la fundamenta. O muy poco. Tener un proyecto indudablemente ayuda, haber trabajado en el horizonte utópico que favorece el camino es importante, sin duda. Pero es un recurso de escasa profundidad, si acaso es un recurso. El salto revolucionario usualmente se fortalece con el cambio de clima político y la eficacia de la impugnación. Un nuevo ente indudablemente poderoso arriba para cambiarlo todo. Con fervor o temor, la ciudadanía deja pasar al monstruo incendiario. La historia se acelera, la sociedad se inflama. Pero el sino de este salto es la inestabilidad y la natural trampa de la violencia, pues para demostrar poder sin tener estructuras institucionales habrás recurrido a la violencia como notificación de tu poder. Y después de la violencia, ¿qué? La revolución supone engrosar la teoría del acontecimiento hasta el punto de que el proceso revolucionario permita imaginar un antes y un después rápidamente manifiesto. ¿La Revolución francesa? Nuestra imaginación nos dice: el 14 de julio de 1789 se tomaron La Bastilla y la historia giró completamente. Comenzó entonces una nueva era. Por supuesto, es falso. Pero, al tiempo, es verdadero. La Bastilla era una cárcel que ni siquiera tenía muchos presidiarios, una institución muy menor en el marco de un proceso de usurpación del poder. Pero bueno, ni siquiera nos preguntamos qué era La Bastilla y aceptamos el 14 de julio en cuanto que giro copernicano.

Cuando la motosierra entra en la historia, las preguntas pierden relevancia y cualquier cosa parece una respuesta.

El socialismo es extraño porque agranda el Estado para luego disolverlo. Pero es más lógico que el anarquismo, porque al engrosar el Estado construye un recurso administrativo y político que le permitirá ser más fuerte al día siguiente de su revolución. Es un salto grande, pero no al vacío. De hecho, busca convertirse en un gigante para afrontar el desafío. En cambio, si bien bajo la simple lógica, el anarcocapitalismo da un paso con «la motosierra» de Milei achicando el Estado antes de extinguirlo, el problema es que el creador de las grandes

transformaciones reduce sus recursos políticos en la precisa medida en que se acerca a su meta. ¿Menos ministerios? Menos dimensiones de la sociedad puestas bajo el control de quien tiene el poder. La capacidad de conducción cae. El anarcocapitalismo no solo es un salto al vacío por ser un esfuerzo de gran transformación. Es un salto al vacío elevado a la segunda potencia porque lo que hay después del salto es, efectivamente, el vacío. Y todo lo que sabemos del poder es que le tiene horror al vacío. Y que las sociedades lo suelen llenar.

MARX Y MILEI

«El señor Marx, que vivió primero de su padre, que cuando se cansó le puso una patada en el traste; se casó con una acaudalada para vivir de la mujer, mientras tanto le hizo un hijo a la empleada doméstica».

JAVIER MILEI

¿Es el anarcocapitalismo, un proyecto real o es un síntoma de la impugnación ante el poder político que vive hoy un escenario decadente propio del cambio de época y la consecuente devastación de las estructuras vigentes? Esta pregunta es siempre importante. Émile Durkheim se la hizo en *El socialismo*, la obra publicada póstumamente donde se pregunta si el socialismo es realmente un proyecto o una manifestación de los problemas integrativos del capitalismo. Y es que todo proyecto político, todo avance desplegado hacia un proyecto de sociedad, puede ser simplemente una fantasmagoría del dolor del presente.

El paleolibertarismo es la corriente más cercana a un pensamiento filosófico de las perspectivas anarcocapitalistas. Y surge específicamente para oponerse a la tendencia a fusionar la mirada cosmopolita (igualitaria) con la libertaria. Es decir, las visiones anarquistas que surgen desde la derecha desean reivindicar las divisiones nacionales y las jerarquías de esas divisiones, estableciendo un criterio de libertad sin igualdad. Es la eliminación de Cristo como reformador social. Es el retorno de un pueblo elegido, solo que no está fijado el nombre de ese pueblo, sino por el darwinismo de la sociedad. El resultado manda. Y el resultado es la supervivencia. O el éxito, como usted quiera.

Los grupos que reivindicán esta mirada son bastante conservadores y ello se

manifiesta en que detestan las innovaciones artísticas. Son definitivamente contrarios a las vanguardias y reivindican explícitamente las tradiciones. El movimiento paleolibertario en Estados Unidos se sumó con fuerza a la candidatura de Donald Trump en 2016, desechando las alternativas nominalmente libertarias. Pero su fortaleza es limitada. Solo existe en la medida en que puede encontrar un poder al que impugnar. Y he aquí un clásico problema estructural del anarquismo, que tiene la tendencia a aparecer como síntoma porque carece de proyecto.

¿Qué explica entonces el crecimiento de las miradas anarcocapitalistas? La respuesta es simple: lo de siempre en el crecimiento de algo nuevo que no tiene más soporte que el fracaso de terceros.

Y ¿qué es eso que siempre está detrás de los grandes fracasos políticos? Una crisis de legitimidad, crisis que proviene del propio capitalismo en sus versiones más dinámicas (menos reguladas).

Las economías del mundo están bifurcadas en su realidad. A nivel nacional hay regulaciones importantes y un rol del Estado significativo. El «aterrizaje» del capital vive todavía complejidades. Pero el capitalismo financiero es esencialmente global y su movimiento produce presiones importantes, pero no está sometido a restricciones equivalentes. La globalización ha sido sobre todo económica y principalmente financiera. La globalización política está más lejos. La globalización laboral ha crecido, pero mucho menos que la económica. Y la globalización cultural es fundamentalmente nula en cuanto que construcción de valores comunes estabilizados. La única globalización cultural es la de las marcas globales, es decir, de empresas en su aparición como creatura social.

El crecimiento de la economía financiera sin regulaciones adecuadas generó la crisis de 2008. Después de esa crisis las respuestas fueron, en primer lugar, esfuerzos de regulación. Los informes de diversos economistas que habían advertido alguno de los riesgos de la crisis fueron requeridos, estudiados y luego convertidos en recetas de modificación parcial del sistema económico internacional. Con esas miradas no se hizo nada relevante. Y luego de la crisis económica, pagada por los contribuyentes en buena parte, vinieron la crisis de legitimidad y los movimientos de protesta. Ocurrió en 2011. Y luego ocurrió en 2019. Gran cantidad de países se movilizaron solicitando mayores derechos sociales, mejor equilibrio de la economía de los hogares, viviendas accesibles, con críticas a la corrupción, y, en definitiva, una mayor protección ante un

mundo amenazante.

La crisis económica de 2008 es la primera señal de un sistema institucional estatal que no es capaz de proveer un sistema inviable y que desatienda las ventajosas jugadas de los apostadores al mercado financiero que se sustentan en un perjuicio general. Las crisis sociales posteriores, sobre todo la de 2011, nacen de un malestar muy claro: la institucionalidad del Estado corrió desesperadamente a salvar a los grandes grupos económicos, bancos y toda clase de empresas. Pero no corren a por mí. Al principio todavía había expectativa de escucha política. La rabia, la indignación, era una petición desesperada y altisonante, pero una petición al fin. Era un requerimiento que decía: «Señor Estado, necesito de su apoyo». Pero las protestas de 2019 eran menos amables, se basaban en el hastío, la incomodidad radical, la sensación de espera inútil, eran la desesperación ante la lentitud.

El sistema había fallado por omisión y por acción. El Estado no había sido capaz de domesticar el proceso que había nacido de crisis empresariales. Mejor dicho, el Estado protegió a las empresas. Como el juicio de la ciudadanía es sobre los actos propiamente políticos, el Estado pasó a ser responsable principal de la crisis. Los ciudadanos no tenemos capacidad de señalar imperativos a las empresas, pero sí al Estado. Y en esa recepción el Estado se ahogó por volumen y complejidad de demandas.

Habiéndose convertido el Estado en culpable, el escenario era un regalo para el anarquismo. Pero las visiones desde la izquierda no prometen nada, son una invitación a disfrutar el síntoma de una patología. Pero el anarquismo desde las derechas es distinto: la destrucción del Estado es, para ellos, un proceso activo de impugnación cuyo contenido es exactamente la destrucción del Estado. Y es que este es un obstáculo, no es solo un error. El Estado no solo está equivocado, sino que es lo único equivocado. Al extraerlo, al demolerlo, solo quedará la perfección de un mundo mejor.

Esta es la doctrina de Milei. No necesita más que una motosierra. Achicar el Estado y luego achicarlo aún más. Y luego avanzar con determinación hacia su extinción completa.

Marx esperaba que el fin del Estado fuera el fin de la sociedad de clases. Milei espera que el fin del Estado sea el fin de la sociedad y la simple preeminencia de las clases a partir del libre juego de los intereses y la competencia.

Marx era materialista. Creía que la economía sobredeterminaba todo. Milei es materialista. Cree que la economía sobredetermina todo.

Marx era un materialista dialéctico que ponía el trabajo en el corazón de la experiencia humana. Milei es un materialista mecánico que sitúa el mercado en el corazón de la experiencia humana.

Para Marx, el robo del capitalismo radica en la apropiación del trabajo realizado por el proletariado por parte de los dueños de los medios de producción, la burguesía, el empresariado. Bajo esta lógica, la igualdad mercantil esconde la desigualdad laboral. Para Milei, el robo se comete en el Estado, donde el socialismo expolia a los empresarios (héroes y mártires) cobrándoles impuestos por sus logros, por lo demás, impuestos crecientes en la medida de lo magnífico de sus logros. Pero, además (agregaré Milei), el mercado es atacado por la coacción de la política, porque, por un lado, los sindicatos (que hacen política) introducen discusiones estructurales dentro de su discusión contractual, y, por otro lado, el sistema político responsabiliza a los actores empresariales de las fallas de mercado que, en realidad, produce la política profesional.

El sueño de Marx tenía etapas intermedias contrarias a su objetivo final: una dictadura del proletariado, un Estado poderoso, una sociedad de clases. Eso más o menos sería el socialismo para Marx. Pero el objetivo final era la sociedad sin clases y sin Estado. El proceso no sería corto. En realidad, las principales diferencias de Marx con Marx se dan en este terreno: el Marx teórico consideraba que conoceríamos todas las formas de evolución del modo de producción capitalista, todas sus variantes, antes de verlo caer. Y eso tomaría tiempo. Pero el Marx militante, el Marx del Manifiesto comunista, creyó que era posible avanzar más rápido o que los intensos hechos ocurridos durante su vida en Europa, con grandes asaltos de los desposeídos, con grandes protestas, implicaban la inminencia del momento de la consumación.

Ese Marx tiene dos herederos históricos. El Marx teórico es China. El Marx político es la Unión Soviética.

Comenzaremos por el Marx soviético. Como es sabido, la revolución bolchevique (que solo tardíamente fue bolchevique en realidad) seguía muy de lejos el marxismo. Y es que para Marx era imposible saltarse procesos en la evolución histórica. Marx aplaudió la llegada (ominosa en muchos aspectos) de Inglaterra a la India, pues consideró eso un importante paso hacia el destino

último de la historia. Y no parece posible que el Marx teórico pudiese haber aceptado un paso desde el feudalismo al socialismo. Y ese era el caso de la Unión Soviética, pues dicha nación vivía aún en el Medioevo, en el feudalismo, si hablamos de los inicios del siglo XX. Y resulta que los bolcheviques se convencieron de que era posible saltarse un proceso. Es decir, si el feudalismo debía dar paso al capitalismo y este al socialismo, los revolucionarios rusos creyeron viable, con algunas modificaciones en el diseño, pasar desde el feudalismo de modo directo al socialismo. Ese Marx es un acelerador de la historia. Y ese Marx, el que debía ser más pragmático, ha fracasado. Aquel que deseó adaptarse rápidamente a los procesos sociales para responder a las expectativas, ese mismo, simplemente fracasó.

Pero hay otro Marx, el teórico. Para él todo modo de producción desarrollará todas sus variaciones históricas posibles antes de dejar paso a la nueva era. Y el modo de producción morirá no por su ausencia de apoyos o por sus contradictores organizados, no, eso no está en Marx. El modo de producción caerá por sus propias contradicciones y solo una de ellas es crear contradictores. Pero es incluso el éxito el que acabará con el modo de producción. El desarrollo de las fuerzas productivas generaría la inestabilidad de todas las dimensiones fuera de la producción, como las instituciones, la política y el poder político. Por decirlo en simple, si un país quiere derrotar el sistema, bastará con alimentarlo a gran velocidad y permitir que sus contradicciones se desarrollen y aceleren. Es lo que ha hecho China. Y es bastante evidente que su contradictor, todavía hoy, no sabe responder.

¿Quizá Milei quiere ser como Marx? Y es que tal vez la escuela austriaca es como el marxismo. Quizá su valor fundamental está en la teoría más pura, quizá su mejor desempeño político puede estar en el lugar más inesperado, quizás en sus radicalizados autores, en sus inflexibles posturas, en sus delirantes sueños de una banca sin banco central, quizás allí (piensa Milei) está la verdadera fortaleza. Y no en aquellos que, por creerse políticos, por creerse adaptables, dejaron de lado la doctrina y se fueron a articular las teorías del liberalismo con aquellos representantes del socialismo.

Quizá Milei se haya convencido de que los adaptados, los pragmáticos, no sirven para tiempos de definiciones, de fanatismos, para tiempos de Antiguo Testamento y no del Nuevo. De ser así, Argentina se forjará en el próximo experimento, la siguiente apuesta, para un mundo sin instituciones. De ser así el liberalismo ha muerto. Y, como en toda muerte política, el nombre del asesinado

puede ser adoptado por el asesino. Los ejemplos en la historia abundan. Quizá la palabra libertad ha sido secuestrada (y en su nombre) frente a nuestras narices.

MILEI: ¿CLÍMAX O CAÍDA DE LA SOCIEDAD DE MERCADO?

Milei se postuló para hacerse cargo de ser jefe de Estado y de Gobierno. Como acción de arte, como performance, era extraordinaria. Pero no era una acción de arte. Era una candidatura a la presidencia de la República argentina, una postulación que parecía una broma, una opereta, una obra de teatro. Y así fue como nació la candidatura más disruptiva de la historia, una postulación de insultos, increpaciones, motosierras y disrupciones. Y con ese discurso, con esa oferta, con esa intensa fuerza disolvente, Milei triunfó sobre todas las fuerzas históricas, sobre todos los movimientos sociales, sobre los sindicatos, sobre todo el ambiente cultural, sobre los ídolos, sobre Maradona, Perón, Evita y otros tantos nombres escritos en oro en la historia argentina. Y fue así como el mensaje del hombre que odiaba el Estado llegó fuerte y claro, seductor incluso, al país que estaba entre aquellos con mayor gasto público, con mayor tamaño de Estado. El mensaje fue propicio en una tierra arrasada por la decepción.

Milei es el primer presidente de Argentina que cree que el Estado y sus poderes entorpecen el funcionamiento de una sociedad. Cree que el Estado no debe existir. Es un anarquista, no de aquellos que se separaron de la Internacional Comunista. Es un anarquista de derechas, un liberal libertario. ¿Es eso posible? Ha sido posible por separación del liberalismo económico del político. La libertad en política se ha dividido en dos fragmentos: por un lado, la libertad que valida cualquier conducta como posible y merecedora de tolerancia; por otro lado, la concepción de la libertad como reducción de la experiencia social a las decisiones individuales de los agentes económicos. Una libertad la defiende la izquierda; la otra, la derecha.

En noviembre de 2018 Milei decía sentir un profundo desprecio por la política. «Creo que es un arte sucio, barato, berreta [de mala calidad], de chorros [ladrones]». Esto le hacía concluir que jamás sería candidato y negaba así la

opción de un salto a la política.

Y es que es difícil darle el puesto de jefe de Estado a quien odia el Estado. Es difícil darle el puesto de jefe de todos los funcionarios públicos a quien odia a los funcionarios públicos. Es difícil asumir que cobrará los impuestos quien considera que estos son un robo. Todo esto es difícil, pero no es imposible. Si evadir impuestos es heroico, como ha dicho Milei, ¿cómo castigará la evasión fiscal cuando la haya?

Todo esto era enormemente improbable.

Pero ha ocurrido.

Un anarcocapitalista ha sido erigido presidente de una república.

El fenómeno es extraordinario. Incluso para Argentina. Si Macondo es el realismo mágico (y tiene el defecto de ser ficción), Argentina se suele erigir como el surrealismo de lo común y corriente, esto es, el impulso constante por otorgar libertades al inconsciente, por decir lo prohibido, por demostrar lo extraño, por vivir en un sueño, por desborde de la imaginación; pero sin asumir extravagancia, sin asumir la extrañeza que ha de acompañar a lo inusitado. Pero sí, incluso para Argentina este fenómeno es extraordinario. Javier Milei es una excentricidad total, un personaje que ha configurado un nuevo teatro no solo en la política de su país, no solo en América Latina, no solo en las naturales referencias culturales de Argentina: España e Italia, principalmente. Javier Milei ha planteado una pregunta mundial sobre el significado y potencial contenido práctico de la doctrina minarquista o de su radical pariente, que es la doctrina anarcolibertaria, habitada por académicos sin peso, de consumo habitual entre innovadores encerrados con sus ordenadores, una doctrina carente de atisbos de aplicación real. El neoliberalismo es un espectro y ha tenido muchísimo éxito, pero el minarquismo es el sector radicalizado que normalmente entiende que su rol no es gobernar, sino insistir en estirar el elástico hacia un mayor liberalismo económico. Es el típico rol anarquista: ser vanguardia mientras vives en el pasado. Pero eso cambió. Milei (o el accidente que lo vio nacer) lo cambió.

Milei planteó preguntas simples: ¿y si la solución que buscamos en el Estado es en sí misma el problema?, ¿y si es cierto que un Estado liberado de ataduras políticas puede asignar perfectamente los recursos a toda la sociedad? Y estas preguntas, teóricas y superfluas a la vez, gozaban de una virtud: eran las

preguntas correctas en un mundo de líderes políticos y empresariales confuso. No ha ocurrido que en esos sitios reciba un apoyo cerrado, pero tampoco se la despide con una crítica radical. He ahí el piloto del avión que odia volar, que odia los aviones y a los tripulantes.

Los candidatos presidenciales, en el mundo, nunca han ofrecido que su obra será reducir el Estado a su mínima expresión. Ha habido presidentes extremadamente liberales, los ha habido extremadamente estatistas. Pero nunca nadie había elegido a un anarcocapitalista de presidente de un país. Nadie había puesto el Estado en manos de alguien que odia el Estado. Nunca un país había ido tan lejos. Y nunca un candidato había ofrecido semejante propuesta: quiero el Estado para desmantelarlo. Pero ocurrió. El 19 de noviembre de 2023 Javier Milei triunfó en las elecciones argentinas. Lo dijo con todas sus letras, parecía altisonante y arrogante, pero es cierto: el primer presidente liberal libertario de la historia. Se ha equivocado (o ha mentido) algunas veces sobre interpretaciones históricas. Pero aquí no hay error. Es el primero, el primer anarcocapitalista que obtiene la presidencia de un país. Y, según él, no hay duda sobre el camino: «No hay plan B», le dijo a The Wall Street Journal. «No hay lugar para los sentimientos, para las emociones. No puedo permitirme ese lujo. Hay 47 millones de personas esperando respuestas».

Milei quema las naves y logra cruzar los muros. Ha logrado tomarse el palacio. Pero la pregunta sigue intacta. ¿Cómo fue posible Milei? Es una pregunta que sorprende al mundo. Unos habitan en el éxtasis de esta victoria, otros aprecian demudados la ominosa derrota. Pero la pregunta es pertinente.

La política admite el azar. Ya lo dijo Maquiavelo. Siempre, en todo político relevante, hay un hito que lo hizo crecer. Y ese hito nunca pudo ser completamente planificado. Es el azar lo importante en ese instante. Es indudable que parte del éxito de Milei es el azar. Pero no daré suspenso al examen de este argumento y desde ya lo digo: el fenómeno Milei no es resultado del azar. Pero al dejar al azar de lado podemos concentrarnos en otras opciones.

Una es la especificidad argentina, su desquiciado atractivo por la locura, por el retruécano, por la síntesis imposible. Argentina es un lugar imposible, una excepción, el único país del mundo donde decir «bárbaro» es algo positivo. La locura en Argentina suele ser una virtud: el loco Gatti, los locos di Palma (Rubén, padre; Marcos, hijo), el loco Carlos Enrique, el loco Palermo, el loco Bielsa, el loco Houseman, el loco Gaudio, el loco Amato, el loco Montenegro y

ahora el loco Milei. Argentina es la nave de los locos.

Y allí apareció Milei, como un profeta imposible, una mezcla rara de león y vendedor, de fante y nerd, de vocalista de rock y de hombre sensible incapaz de superar la muerte de su perro. Allí está Milei, un niño maltratado y un showman maltratador.

He ahí el loco. Como apodo, en Argentina «el loco» suele referirse a alguien travieso, gracioso y con algunas orientaciones al desquiciamiento. También se suele usar «loco» coloquialmente (que cuando se escribe se formaliza en loko), siendo habitualmente una fórmula que es muestra de cariño. Pero el loco Milei no es dulce, sino conflictivo. No teme denostar al rival, no teme ser arbitrario, obscuro y matón. Habita en un darwinismo constante, sin paz. Quiere ganar. He ahí el futbolista que no fue, quiere ganar. Y su concentración por esa obsesión ha sido su aliada. Es por eso por lo que ha logrado vencer a tantos.

No pudo con Milei la derecha, no pudo con él la izquierda, no pudo con él el peronismo, no pudo con él la historia de Argentina. Argentina y Milei se convirtieron en excepción, en exceso, en fantasía. ¿De qué trata esta obra inédita incluso para Argentina? El mundo se declaró incrédulo. ¿Podía triunfar en Argentina un admirador de Thatcher, la mujer que lideró la guerra de las Malvinas? ¿Podía triunfar en Argentina un admirador de Chile, el vecino al que Argentina denostaba y del que se burlaba por su sociedad de mercado? ¿Podía triunfar Milei en Argentina, con su historia de movimiento sindical? ¿Podía triunfar un defensor de los empresarios que los califica de héroes? ¿Podía triunfar en Argentina un hombre que odia los subsidios que sostienen a la mayor parte de la población? Estas preguntas (hay que decirlo) son irrelevantes. Y no es porque no tengan que ver con el asunto de fondo (de hecho, son el asunto de fondo). Estas preguntas son irrelevantes porque sencillamente ocurrió, es un hecho consumado y ante él solo hay que rendirse a la evidencia. Con una mayoría abrumadora, Javier Milei se convirtió en presidente de Argentina. Fue electo con escasos apoyos en su equipo: con la ayuda de su hermana, con un discurso tecnocrático, con los insultos y con sus despliegues, sus performances; y con cuatro perros de por medio. La estructura partidaria más extraña de la historia de Argentina.

Pero, ¿es la extravagancia argentina la explicación de este triunfo insólito? ¿O puede haber algo más? Nuestra tesis es que los fenómenos únicos, anormales, estadísticamente sin precedentes, no provienen simplemente de la particularidad

de una nación o de un proceso acotado en el espacio y el tiempo. La explicación no está en una coyuntura, no puede estarlo. La explicación no está en un lugar, no puede estarlo. Argentina no tiene la responsabilidad por el fenómeno Milei.

Decimos que la explicación fundamental no está en Argentina, aunque el carácter de su pueblo haya permitido que este fenómeno pudiese avanzar con mayor facilidad que en otros sitios. Necesariamente este proceso es para tomárselo en serio más allá de las fronteras argentinas. Vale la pena tomarse en serio a Milei incluso si llegase a fracasar rápidamente, incluso si su Gobierno fuera una excepción ridícula en la historia. Incluso en ese caso, lo que ha pasado es relevante.

Necesitamos saber si el fenómeno Milei se sostiene en una estructura o es un frágil barco que navega tratando de salir de un puerto turbulento. Tenemos que saber si hay pilares en el fondo de esta obra o si la desesperación del mundo se refleja en profetas frenéticos. Sostenemos y procuraremos demostrar que Milei no es el resultado de una mera contingencia. Hay pilares; y debemos examinar si esos pilares resisten, si aguantan el peso de la historia por construir.

Cuando despertó, luego de un sueño intranquilo, Javier Milei se había convertido en un monstruoso insecto. Se había convertido en jefe de Estado, líder, por tanto (según propia convicción), de la mayor banda de robos en el mundo (robos a los que llama «impuestos»), se había convertido en el primer trabajador, en el supremo líder, de todos los funcionarios públicos, a los que odia y/o desprecia. Milei se había tornado traidor y héroe a la vez. Milei era Judas y Cristo en un mismo ser.

Todo se entiende. Pero no se entiende. Es decir, la paradoja se entiende, pero no logramos vislumbrar cómo irá desenvolviéndose en medio de sus rasgos más inquietantes. Una paradoja es un fenómeno lógico, no empírico. La paradoja nace y habita en el mundo de la lógica. La realidad material no tiene paradojas. Lo que hay de ella en lo real es solo el resultado de la falta de información.

¿Cómo salir de la trampa de la paradoja? Recurrir a los hechos, pero cargado con el armamento de la teoría necesaria. Y es que hay dos hipótesis posibles, solo dos. Son tesis antitéticas, completamente opuestas en sus consecuencias. Y ambas son lógicas en la razón y posibles en los hechos.

Hipótesis 1 (H1): el triunfo de Milei es la cristalización de un proceso de

consolidación y masificación popular del liberalismo radical.

De ser así, la presidencia de Milei marcaría un punto de inflexión según el cual el libre mercado radical deja de ser un modelo económico que acompaña a los políticos que lo promueven de la mano de expertos y técnicos en economía. En medio de sus tribulaciones, esta fórmula se puede haber convertido en proyecto político en sí mismo, el primer proyecto político global reconocidamente elitista (es decir, que glorifica y defiende a las élites económicas explícitamente) desde la Revolución francesa.

Y es que por primera vez las tesis del libre mercado radical han salido de las aulas universitarias, han huido de los salones parlamentarios, por vez primera no son los técnicos los que aburren con su discurso liberal, ponderado y correcto. Por primera vez el libre mercado es profecía masiva, popular, populista, antielitaria (por atacar a la élite política), elitista (por apoyar a los millonarios), sosteniéndose a sí mismo sin la cobertura del sistema político. Por vez primera el libre mercado es profecía de sí mismo.

Pero también podría ser, quizá con igual probabilidad, la hipótesis contraria.

Hipótesis 2 (H2): el triunfo de Milei es el canto del cisne de las variantes radicales del libre mercado.

Toda agonía es lucha. Y en toda agonía hay horas alegres, esperanzadoras. Cierto es que en la agonía la decadencia arrecia, pero un día el moribundo despierta bien, mucho mejor que los días anteriores, desayuna y habla, su color ha dejado de ser mortecino y sus palabras son coherentes y limpias. ¡Parece más joven! La esperanza recorre la familia. ¿Es posible que salga de este evidente llamado de la muerte? Es lo que se pregunta la familia luego de dos horas de ver al moribundo convertido en un hombre nuevo. Luego de una mañana tranquila, de conversaciones cruzadas comentando su positiva evolución, a mediodía el milagro se ha esfumado. El hombre muere intempestivamente, en su mejor día en meses. Y entonces esa mañana, hermosa y vital, sencillamente se llamará «el canto del cisne». Y es que, antiguamente, se pensaba que el cisne, antes de morir, emitía un canto hermoso y sublime. Esta es una creencia griega que también Platón narra en uno de los diálogos socráticos. La metáfora del canto final del cisne puede no ser cierta, pero su referencia es útil porque toda forma histórica, antes de terminar su caída, explota sus posibilidades expresivas hasta el hartazgo. En la agonía de un proyecto histórico suelen verse manifestaciones

destempladas, exageradas, cómicas y recargadas. Barroco, hermosura y ridiculez pueden unirse. ¿Por qué? Todo el ímpetu de lo que muere busca salir de una manera intensa y vivificante, es el último intento de volver a estructurar aquello que se ha desarticulado. El esfuerzo es encomiable, pero suele ser insuficiente y la desestructuración nos muestra su debilidad latente que pronto conducirá a la extinción de su vida.

La tesis de la consolidación del proyecto liberal radical por parte de Milei podría sostenerse pensando en los antecedentes: Pinochet en Chile, Thatcher en Inglaterra, Reagan en Estados Unidos. Estos líderes coincidieron en términos de periodo. Y representan la segunda época liberal por excelencia. Pero también esta segunda época de intenso liberalismo quedará marcada por la crisis subprime. ¿Por qué hablamos de la segunda época? Es que el liberalismo económico tiene dos épocas dominantes, algunos quieren decir dos épocas doradas. Una es entre finales del siglo XIX y 1929. Es una época de gran expansión económica basada en un mercado desregulado. La crisis de 1929 fue la campanada de alerta de los problemas de la liberalización sin control. Desde entonces arreciaron los mecanismos de vigilancia, seguimiento e intervención. De ahí surgió esa suerte de síntesis económica que es la perspectiva neoclásica, pero también hubo un fuerte influjo del keynesianismo. El liberalismo económico se convirtió en excentricidad. Si invitaban a algún liberal radical a una reunión de economistas destacados, era más que nada para darle tribuna. Pero la crisis de 1973 a nivel mundial, por el conflicto petrolero, supuso un nuevo giro: venía una época de liberalización. Y allí estarán Chile, Reagan y Thatcher, y eso derivará en Argentina en Carlos Menem. También hay que sumar a este grupo de actores al papa Juan Pablo ii, poderoso apoyo para estas perspectivas. Lo cierto es que desde la década de los ochenta ha habido cierta continuidad, solo interrumpida por un riesgo de cambio de paradigma por otra crisis, que aconteció en 2008. Desde esa crisis las modificaciones regulatorias a la economía financiera han aumentado, pero no han sido radicales. Al final, la única crisis importante a nivel financiero ante la cual no hay responsables a quienes pedir explicaciones es la de 2008. Y desde entonces, desde aquella crisis, la única crisis de gran tamaño que no implicó un giro radical en las teorías económicas, la disrupción se apoderó del escenario.

Las crisis de legitimidad que sucedió a la crisis subprime puede marcar la caída política de toda opción masiva y mundial de libre mercadismo. Esta conjetura es razonable. Pero también es cierto que la realidad se impone y hoy vislumbramos el libre mercado de diversas formas: plataformas digitales de todo orden que

operan en un lugar y no pagan impuestos en ese sitio, sino en otro. Es una especie de licitación de impuestos. Hay varias empresas de servicios que no pagaron impuestos hasta que se les obligó. Y la existencia de servicios desestatizados es una enorme esperanza para quienes suscriben la doctrina de liberalismo radical.

El liberalismo radical es conocido normalmente como «neoliberalismo», formulación que nace como una apuesta política del liberalismo. El más relevante actor de esta escena es Milton Friedman. Contrario al discurso habitual, Friedman no cree en la doctrina de Smith del laissez faire. No cree que el mercado posea fortalezas por el mero hecho de la competencia. Friedman y los neoliberales hacen lo que hacen porque han dado un paso político, igual que Marx. Están pensando que los economistas no han hecho más que interpretar el mundo, pero de lo que se trata es de transformarlo. Marx creía, cuando dijo esta frase (que en vez de «economistas» ponía «filósofos»), que las leyes de la historia eran inmutables y que, sin duda, el fondo de la historia sería el comunismo. Y aunque creía aquello, decidió darle un poco de ayuda a la historia. Los neoliberales han creído siempre que el capitalismo es natural, es parte de la lógica del ser humano, se funda en las emociones humanas, en los anhelos, en su conducta. Y asumen que la historia tiene un final, perfectamente lógico y racional, un final de la historia donde el capitalismo ha triunfado, sin mermas. Y asumen que ese capitalismo, soportado por la doctrina del liberalismo económico y de la ciencia económica, estará acompañado por el liberalismo político. Todo esto piensan los neoliberales; Milton Friedman, sin duda, entre ellos. Sin embargo, y no obstante esta certeza extraordinaria, han fundado think tanks (Sociedad Mont Pelerin, por ejemplo) y programas de televisión (Free to choose, de Friedman), y han incidido en gobernantes (visita de Friedman a Pinochet, asesoría a Reagan, asesoría de Hayek a Thatcher); todo para que esta doctrina, presuntamente necesaria, supuestamente basada en la historia y su devenir, inapelable por cierto, sobreviva y no caiga en las manos de quienes quieran hacerle daño.

Para Milton Friedman la construcción de mercados es un proceso, no un evento natural. Entiende el peso de la política, entiende que ha de existir un programa político en favor del mercado, entiende que debe haber un modelo de funcionamiento para la construcción de Estados acotados en tamaño.

El neoliberalismo, como un todo, no ha sido nunca aplicado en sociedades desarrolladas. Como dice Peck, aunque el alcance del neoliberalismo es amplio,

el proceso de neoliberalización no predice equilibrio o convergencia. Para este autor el neoliberalismo solo se encuentra como hecho social en estados de desarrollo contradictorio, incompleto y desigual. Es probable que el neoliberalismo, como concepto, perdiera fuerza en esta década. Pero la decepción de la restauración democrática es todavía más relevante.

Las privatizaciones, el fin de la regulación de precios y el fortalecimiento del sector financiero inglés así como su triunfo político contra el sindicalismo de la minería del carbón, marcaron un punto de inflexión en la confianza de los Gobiernos de derecha, y en tercer lugar sumamos al alter ego de Thatcher en Estados Unidos, Ronald Reagan y su famosa «era Reagan», caracterizada por recortes presupuestarios para reducir el gasto público, reducir impuestos y reducir la participación del Estado en las actividades económicas.

En los tres ejemplos emblemáticos hay una capacidad de ejecución de las medidas neoliberales, basada en triunfos fácticos o políticos. El caso chileno es el más estructural. En Chile el sistema de pensiones supone cotizaciones 100 % orientadas a entidades privadas (salvo las Fuerzas Armadas), lo que se complementa con pagos asistenciales derivados de fondos públicos. La educación pública universitaria es pagada a casi los mismos precios que las universidades privadas y el pago obligatorio al sistema de salud se puede destinar a entidades privadas. La magnitud de las privatizaciones en Chile fue de gran alcance, quedaron muy pocas empresas públicas; la única relevante, CODELCO, la empresa cuprífera. Chile redujo los aranceles radicalmente para el ingreso o egreso de bienes, es el país con más tratados económicos en el mundo, concesionó la construcción de infraestructura pública y apoyó el fortalecimiento del mercado de capitales con el sistema de pensiones. Gran parte de la logística del Estado fue licitada en sus operaciones: cárceles, comidas o meriendas escolares, construcciones, administración de hospitales, gestión portuaria, etc. El plan laboral en Chile supuso la imposibilidad de agregar intereses para las negociaciones colectivas más allá de la empresa a la que pertenece el sindicato, y, además, se estableció que la huelga no tiene derecho a paralizar operaciones.

Ronald Reagan presentó al Congreso, en 1981, un recorte presupuestario de 43.000 millones de dólares a costa de programas de apoyo social y reducción de regulaciones ambientales. Ya se habían recortado 15.000 millones en el año en curso. La propuesta era terminar con el déficit fiscal y bajar finalmente los impuestos, lo que condujo al apoyo de la opinión pública. Pero aprovechó el

camino y la crisis justo anterior a su Gobierno para promover la idea de que los individuos, pero sobre todo las empresas privadas, son la principal fuente de desarrollo. Las terapias de shock fueron la fórmula de salida de una crisis de gasto público e inflación. El intento de asesinato a Reagan en 1981 fue otro factor que aumentó su popularidad, la que se vio fortalecida con mucha fuerza por el también intento de asesinato a un aliado fundamental en la lucha contra el comunismo, el papa Juan Pablo ii, quien recibió un disparo dos meses después del fallido atentado contra Reagan. Pero el proceso de fortalecimiento no fue fácil, ya que los recortes de unas áreas se habían ido a gastos militares. La adicción al gasto competitivo en el plano de la Guerra Fría ya estaba haciendo estragos, hacía rato, en la URSS. Y también tensionaba, mucho menos en todo caso, a Estados Unidos. Reagan soportó tiempos negativos, pero su salida en 1990 fue finalmente un éxito total: había vencido a la Unión Soviética, Estados Unidos era líder indiscutido en lo político y en lo económico, entregó el poder a un miembro de su partido (de hecho, a su vicepresidente) y pudo retirarse como un referente.

El tercer caso significativo de pasos hacia un cierto minarquismo, todavía en fase neoliberal, es el de Margaret Thatcher, quien dijo: «Si un hombre no quiere trabajar, no debe comer», citando la segunda carta a los tesalonicenses (3.10). Lo dijo en 1988, en un discurso donde agregó: «Se nos dijo que debemos trabajar y utilizar nuestros talentos para crear riqueza». Y para ello es necesario reducir el tamaño del Estado, ya que (salvo monopolios u oligopolios) el Estado es menos eficiente. De ahí el plan de privatizaciones de Thatcher que incluyó la energía, el agua y las telecomunicaciones. Al igual que Pinochet, Thatcher aplicó la medida del «capitalismo popular», dando ocasión a los británicos para comprar acciones. Esto fue un éxito, con números notables de ciudadanos comprando acciones. Thatcher pensaba fundamentalmente en el cambio económico asociándolo a una necesidad de cambio cultural. Por eso promovió una gran reforma de viviendas, privatizando la vivienda social. Thatcher proporcionó la posibilidad de comprar las viviendas sociales a sus ocupantes, quienes las alquilaban al Estado a bajo precio. El crecimiento en la cantidad de propietarios fue enorme y significó un gran triunfo político. Pinochet en Chile había intentado conquistar ese éxito, pero no lo logró, a pesar de haber planteado la máxima que señalaba que Chile debía pasar de ser un país de proletarios a un país de propietarios.

Thatcher, además, liberalizó la bolsa de comercio, e hizo crecer la bolsa de Londres a niveles muy altos, construyendo una relevancia sin igual en Europa. Sin embargo, el anclaje de la bolsa de comercio con el proceso global redundó

en importar la inestabilidad de los tiempos turbulentos del sector financiero hacia la economía inglesa.

Pero el gran triunfo de Thatcher fue haber vencido la férrea resistencia de los sindicatos mineros. Esa historia es larga, pero se cuenta fácil. Luego de protestas que amenazaban con tumbar su Gobierno, Thatcher resistió y terminó saliendo victoriosa, tanto en lo político como en lo comunicacional. Los sindicatos nunca volvieron a ser los mismos en el Reino Unido. Este ejemplo, no cabe duda, es del interés de Javier Milei. Es evidente que quiere aprovechar la oportunidad de poner en entredicho toda protesta, lo que no es tan difícil por la articulación íntima entre grupos de protesta (piqueteros) y los Gobiernos kirchneristas.

10

ARGENTINA, EL MALESTAR Y MILEI

«No hay alternativa al ajuste y no hay alternativa al shock».

JAVIER MILEI

Los fenómenos globales más llamativos desde que terminó la Guerra Fría (y que aún se sostienen en su relevancia) han sido los siguientes:

—el terrorismo y el crimen organizado internacional,

—el crecimiento de las autocracias,

—el debilitamiento de la legitimidad institucional política y económica,

—el aumento de las protestas a nivel global, y

—la pérdida de la capacidad de vertebrar la respuesta política y conceptual occidental.

Todos estos fenómenos están al menos asociados, o son alimentados, por un concepto que se menciona mucho y se entiende poco: el malestar social.

La conexión entre la dimensión política y la civilización occidental se va a producir en el surgimiento de las ideologías (entendidas en la Modernidad como doctrinas políticas). Serán ellas las únicas entidades culturales capaces de articular las decisiones específicas de cada sociedad en el marco occidental con los valores de la civilización. Y, para ser claros, será el liberalismo la principal ideología, pues marcará el desarrollo institucional de Occidente y tendrá el protagonismo de ser la ideología más exitosa y aquella que en rigor insuflaba el orden social occidental. El socialismo fue un retador importante, fuerte, duro de vencer, pero siempre fue más un impugnador que un constructor de instituciones. Por supuesto, su interés no estaba allí, sino más bien en la ruta revolucionaria y en ese sentido su obsesión por el cambio dio espacio para que los sectores conservadores tuvieran legitimidad en plantear la modestia del movimiento lento y paulatino.

Toda formulación organizativa o simbólica de la sociedad existe en la medida en que su capacidad de respuesta sea pertinente y orgánica, es decir, que vaya en la dirección correcta y tenga el grado de articulación que le permita tener el poder para que la respuesta no se desgarre en el ejercicio de su esfuerzo. Occidente procuró históricamente dos grandes caminos, dos rutas de respuesta política, las dos respuestas políticas que hemos mencionado: el socialismo (intensamente horadado por la destrucción de la Unión Soviética) y el liberalismo (constantemente horadado por sus propias deficiencias de funcionamiento manifiestas en crisis de especulación o saturación de deuda).

El socialismo y el liberalismo nacieron bajo la conciencia del cambio social que ya se expresaba a finales del siglo XVIII y que se vislumbraba intenso en el futuro. Ocurrió esto después de la Revolución francesa o, en rigor, durante su lento y turbulento proceso de decantación que tardaría casi un siglo. Eran dos tesis sobre el cambio: la gradualidad institucional y el respeto a las libertades y la propiedad (el liberalismo); la transformación veloz, revolucionaria en caso de necesidad, construyendo nuevas instituciones y con foco en la igualdad (el socialismo).

El socialismo y el liberalismo son respuestas políticas a la crisis de su época. La

ilustración del Siglo de las Luces tuvo la valentía de nadar en sus aguas turbias, de afrontar el cruce del infierno. Y no solo son respuestas, sino que van más allá. Ambos, opuestos y aliados, quisieron cruzar el río y hacerse fuertes para no solo producir la respuesta, sino ir más allá. Ambos apostaron, tanto el liberalismo como el socialismo, por construir un proyecto que no solo respondiese a la pregunta de época: resolver una nueva forma de organización de la población. Era un mundo nuevo que necesitaba herramientas del tamaño del problema. El liberalismo y el socialismo fueron lo más cercano a respuestas del tamaño necesario.

En la medida en que se fue configurando la sociedad moderna, las respuestas racionalistas (liberalismo y socialismo) tuvieron que enfrentarse a las respuestas tradicionalistas, románticas y conservadoras. Ninguna de estas respuestas, en rigor, son respuestas a la problemática de época, sino que constituyen reacciones a las respuestas existentes.

La reacción tradicionalista supone aferrarse a las formas específicas de construcción de dominación existentes en un territorio determinado. Es un retorno al pasado, pero no es una construcción mítica, sino que es una búsqueda de las formas operacionales anteriores.

La reacción conservadora es, en rigor, la negación del proceso de cambio, entendiendo siempre que no es viable evitarlo por completo. El conservadurismo es un reformismo limitado, un gatopardismo. Su reacción es estratégica, no ontológica, no deontológica. La estrategia y la táctica solo tienen un sentido: permitir sostener las estructuras elitarias previas a la Modernidad incluso si van cambiando las estructuras institucionales de la era del tradicionalismo. La gestión conservadora ha sido relativamente exitosa: ha modulado las transformaciones, aunque su sabiduría se ha deteriorado y la aceptación del liberalismo económico más radical fue, en realidad, un error de proporciones para su proyecto. Su gran intelectual, el filósofo del siglo XVIII Edmund Burke, estaba convencido de que «innovar no es reformar» y que, por ello, la Revolución francesa y su creación de derechos abstractos fracasarían.

La principal forma que han adoptado estas dimensiones de reacción contra el proceso moderno ha sido el nacionalismo. Este reivindica el tradicionalismo mediante la idea de la estirpe, reivindica el romanticismo en la medida en que asume que el territorio se imprime en el alma de sus habitantes, configurándolos con una esencia. Y el conservadurismo ha sido la estrategia general: mantener un

control lo más elevado posible en todo momento, perder por poco en la derrota, ganar tiempo en momentos difíciles y pasar por encima en el triunfo. Pero, sobre todo, no moverse hasta que sea necesario. Y aparecer siempre como una élite que es propietaria de la zona de control de la sociedad, pero que permite el paso limitado a algunos beneficiados por su talento.

Este es el panorama general. El liberalismo y el socialismo eran las dos formas de refracción de la luz ilustrada. Si la luz ilustrada era una sola, ¿por qué nos cuesta ver esa unidad entre ambas ideologías? La permanente necesidad de los socialismos de alejarse y denostar al liberalismo ha sido un problema, hasta el punto de alejar los valores de libertad e igualdad uno del otro. Pero la permanente tendencia de los liberalismos a acercarse y ceder ante los sectores conservadores ha sido el siguiente problema.

Pero ahora nos encontramos ante una encrucijada de nuevo. Y es que el liberalismo no solo se puede estar acercando al conservadurismo, sino que, al mismo tiempo (lo que resulta casi imposible, es casi un oxímoron), en nombre del liberalismo se defiende la anarquía siempre y cuando sea de mercado. He aquí a Milei. Porque, si tal posición existía antes (y existía), se trataba de una teoría, eran unos libros, una radicalidad simpática y atractiva, pero olvidable el lunes por la mañana. Hoy, en cambio, hay un hombre que firma decretos y que habita esta contradicción.

De alguna el liberalismo deja de ser una propuesta específica, con sus matices internos, para pasar a ser el campo de batalla de la lucha del presente. El liberalismo ya no es un puerto y pasa a ser el mar. Y sobre ese mar, ¿qué hay? Sobre ese mar es la guerra.

¿Siempre hay una mano invisible? Siempre. Porque nuestro conocimiento humano no ha presenciado nunca el milagro del fundamento total. No hay teoría que esté completamente fundada, no hay prueba que sea absoluta. Y es que la mano invisible es, al mismo tiempo, un intersticio y una necesidad. Los físicos buscan la teoría del todo. Y no la tienen. Han puesto sobre esa búsqueda toda la artillería. No lo han logrado. Pero no tiene nada de raro. Ninguna ciencia lo logra. En ese intersticio donde habría de residir el fundamento, allí donde falta un eslabón, se habrá de construir tarde o temprano una doctrina, una solución que no es tal, pero que llena el vacío. La ideología es la doctrina que llenó el espacio que quedaba entre lo social y lo político cuando se comenzó a extinguir la «mano invisible» de un dios todopoderoso que sustentaba la autoridad

política. La democracia hizo aparecer un espacio de inquietud, ya que la legitimidad no estaría dada por la fuerza de una entidad superior, sino que deberíamos lograr nuestros fundamentos en nuestro conocimiento y nuestras acciones. Y este es el lío más hermoso de la historia. Fue el momento en que decidimos arriesgarnos a ser autónomos.

Pues bien, el liberalismo y el socialismo son los esfuerzos que nacen de la exigencia, de la desesperación también, de fundamentar ese espacio entre la dinámica social y la estructura del poder. Y la forma que adquirió esta doctrina fundante fue una teoría del futuro. La ideología nos dice dónde llegaremos, hacia dónde debemos ir. Necesitamos un proyecto, pero no puede ser concreto y específico, sino un mapa que oriente. Y ese mapa son las ideologías.

¿Qué pasa cuando el intersticio entre el orden social y la estructura política es muy grande?

Ocurre que las doctrinas que orientan la acción hacia un proyecto futuro se tornan débiles para traccionar un orden social. Y es que, si el orden social depende del resultado, es decir, si depende de que todo salga bien, entonces no es orden social. No hay ninguna sociedad en la historia que haya funcionado. No ha existido un orden social complejo que no tenga contradicciones, carencias graves, aporías. El fundamento no puede ser el rendimiento. Por supuesto, este sí es importante y es normal que un sistema político pueda fisurarse o incluso caer por la falta de resultados. Pero, si los resultados pudieran garantizarse, sencillamente el fundamento no sería necesario. Y no habría mano invisible entre la política y la sociedad.

Si la brecha se agranda hasta el punto de tornar difícil la fundamentación, normalmente pasamos a la etapa en que el fundamento del futuro ha de ser la revolución. Y no es cualquier revolución la que emerge en este escenario, sino que se trata de una forma de revolución sin método de construcción. Es la revolución que salta al vacío o que se sostiene en momentos de revelación, como el mesianismo.

Cuando la ideología decae, solo quedan los resultados, el mesianismo o la fractura de todo lo que estaba fisurado. Las dos rutas iniciales (mostrar resultados, el mesianismo) son eventuales respuestas. La fractura del orden político es, en realidad, un síntoma disfrazado de solución, al que normalmente se le establece un aura revolucionaria, aunque no tenga teoría del futuro.

Cuando la sociedad no es capaz de encontrar fundamento al orden político, estamos frente al malestar social. Y su manifestación es que las energías de la sociedad se transforman en fenómenos disruptivos.

Cuando la energía disruptiva crece, no hay que mirar la dirección. Hay que calcular la energía. Y hoy vivimos en la época de mayor disrupción desde la II Guerra Mundial.

Cuando la energía es mucha y disruptiva, cuando el significado de las protestas globales no es lo importante, sino su mero acontecer, entonces estamos en un escenario para el cual debemos cambiar el aparato teórico habitual de la acción política.

El horizonte del malestar social es simple: el fin de toda ley, la gran confusión, un nihilismo total.

¿Y qué es Milei?

Un síntoma, otro más, de nuestra creciente proximidad a la gran confusión.

El malestar social tiene síntomas. Y Milei es hijo de todos ellos:

—La pérdida de sentido de la experiencia social: esto redundando en el debilitamiento de las exigencias de consistencia y razonabilidad de las argumentaciones.

—La reducción del peso de la política: entendiendo la política como la forma orgánica de la que el poder es su manifestación amorfa, la reducción de la primera supone una incapacidad de canalizar el poder.

—La obtención de sentido por vía de radicalidad: dado que la experiencia de relacionarse con la política no es comprensible, los matices habituales de los conflictos discursivos deben dejarse de lado y surge la opción de extremar las posturas porque, aun cuando ello sea absurdo y normalmente no es lo que se

desea en política en medio de las crisis, la verdad es que lo radical es lo único que se entiende porque es absoluto. Y ya nadie quiere escuchar remilgos, pues... ¡estamos en crisis!

—La ganancia de energía política a partir de la destrucción institucional: ¿cuál es la forma de ganar peso político en medio de las crisis de malestar? Destruir lo establecido, criticar las instituciones, convocar a su caída. Pero aquí surge un problema, que se refleja en la siguiente formulación.

Sea

POLÍTICA EN TIEMPOS

NORMALES

E = Energía política

D = Nivel de destrucción

$R = E \gg D$

institucional

R = Rentabilidad política

POLÍTICA EN TIEMPOS

DE CRISIS

$R = E \ll D$

Figura 1. Formas de rentabilidad política según la época.

Para obtener réditos políticos (que normalmente son conocimiento en la población, aprobación, preferencia electoral), un actor del sistema tiene la opción de usar uno de dos mecanismos. Al primero le hemos llamado «energía política», es decir, construcción orgánica, como propuestas de leyes, de política pública, de desarrollo institucional, acuerdos, y promoción de obras, entre otros. Otro mecanismo es el de «destrucción institucional», es decir, la forma de buscar rentabilidad política basada en la destrucción de personajes o instituciones. Normalmente se ejecuta con denuncias, denostaciones, juicios históricos negativos, modificación de la interpretación dominante..., en fin. Es evidente que Javier Milei pertenece al segundo tipo. Hizo su camino como «destructor de mundos», con un juego apocalíptico, con estética anarquista y con violencia discursiva. Literalmente, prometió destruir el marco institucional. Al estar en un escenario de crisis de legitimidad muy elevado, su discurso destructivo hizo justicia y se consideró pertinente. Y su evidente tentación, destructiva (la motosierra).

Si en la fórmula estableciéramos que el puntaje R es siempre 1 y que E y D deben sumar 1 entre ambos, Javier Milei probablemente tendría una combinación donde evidentemente la destrucción sería más fuerte que la energía política constructiva. Y este hecho fue fundamental para ganar, interpretando una era de malestar.

Pero desde que ganó Javier Milei tiene un problema. El tiempo en que, gobernando, puede seguir en fase destructiva es acotado. La destrucción de instituciones es garantía de descontrol. ¿Cómo abordará aquello? Debe girar, necesita construcción y no demolición, requiere timón y no motosierra. ¿Y cómo?

MILEI Y LA SOMBRA

«No vine a guiar corderos, sino a despertar leones».

JAVIER MILEI

¿Bajo qué condiciones el orden político es una sombra?

Cuando la sociedad intenta proyectarse sobre un espacio que procese su realidad cotidiana con un proyecto y se encuentra sin luz que la ilumine, es entonces cuando el orden político se convierte en sombra. Y en ese instante, yo, ciudadano, yo, sujeto de mi historia, no encuentro punto cardinal alguno a mi alrededor. Se puede decir más sencillo: en esta circunstancia no entiendo nada, no entiendo para qué sirve el poder, no entiendo qué hacen allí esos tipos hablando, no entiendo cómo podrían cambiar mi historia si en su mayor capacidad de influencia me la han malogrado. Ante tal circunstancia, solo tengo dos alternativas: el cinismo o la protesta.

Usted dirá que hay más alternativas. Acortemos el camino. No hay alternativas, solo hay cinismo o protesta. Toda otra solución sería una solución. Y resulta ser que en la sombra no hay solución alguna, porque la sombra es energía disruptiva irrefrenable. Pero entonces, ¿qué hacen el cinismo y la protesta para tener derecho a ser alternativas?

El cinismo y la protesta son las versiones patológicas de una solución. Es decir, prometen un futuro, refieren de manera rudimentaria a un proyecto y permiten calmar algo de dolor social, y, en el caso de la protesta, se es capaz de saciar parte de la sed de revancha que despierta la necesidad de vengarse del sistema

político.

El cinismo como respuesta política a una crisis es la conversión de las causas de la crisis en la solución. Puede parecer absurdo, usted creyó que leyó mal. Pero no. El cinismo es poner el problema como solución. Si la ciudadanía dice que la sociedad no funciona porque es desigual, tú le dices que la solución es entender que la sociedad es desigual y que hacerla funcionar supone asumir eso. En el cinismo nos olvidamos del corazón de la protesta. Al convertir un diagnóstico de problema social en un hecho de la causa, lo hemos resuelto sin solucionarlo. En el cinismo nos concentramos en la solución evitando tratar el problema. Es un atajo a la razón.

La protesta es muy diferente al cinismo. La protesta es poner al síntoma (la manifestación, la rabia) como solución. Si la sociedad no da más tiempo para encontrar soluciones, entonces surgen movilizaciones que buscan acelerar la acción mediante exigencias. La protesta es agitación térmica, movimiento constante y sin mucho orden, es un catalizador de exigencias para una respuesta pronta. En la protesta se produce una vinculación con la causa de la protesta, no con la solución. Si el problema es la desigualdad, entonces, en vez de eliminar el problema (como hace el cinismo), lo que hago es enamorarme del problema. Y como en todo amor, entonces el objeto de mi lucha se convierte en todo lo importante. La lógica de la protesta es contradictoria en sí misma: exige la resolución urgente de un problema, por un lado; pero la lógica interna del fenómeno radica en el crecimiento de la protesta. En la protesta nos concentramos en glorificar el síntoma evitando tratar la solución. Es un atajo a la razón.

El caso de Javier Milei y de Argentina es, respecto a estas definiciones, extrañísimo. Y es que Javier Milei disfrazó la protesta con el vestuario del cinismo. ¿Cómo fue posible esto? Fue posible porque el kirchnerismo había disfrazado el cinismo de protesta. Esto requiere un breve resumen del siglo XXI argentino.

El ascenso de Néstor Kirchner en 2004 ha de ser leído como el principal proceso de estabilización tras la más grande herida social y política en la Argentina posdictadura: el «corralito» de diciembre de 2001. Todo había comenzado con la recesión de 1998, cuando gobernaba Carlos Menem. Las dificultades para solventar las deudas contraídas por el Estado mantenían, a finales de los años noventa, a Argentina al borde de la suspensión de pagos. Pero el escenario

empeoró. La crisis global, asociada fundamentalmente a las incipientes empresas tecnológicas, elevó el coste del crédito a niveles que hacían inviable la operación. Durante casi todo el año 2001, ya gobernando Fernando de la Rúa, se fueron produciendo crecientes retiradas de dinero de los bancos. El colapso bancario era inminente y por eso se estableció un máximo de retiradas a partir del mes de diciembre (se podían retirar 250 pesos por semana). Esto fue leído no solo como una condena a la sociedad por una crisis de la que no se sentían responsables, sino, además, como una clara amenaza de confiscación definitiva de los fondos. Pues se temía que los bancos no tuvieran cómo cubrir esos fondos. Esa imposibilidad de retirar el dinero de las propias cuentas se conoció como «corralito» en el mundo periodístico. El resultado fue un estallido social de grandes proporciones, con decenas de muertos; que se sumó a una enorme pobreza y a la suspensión de pagos de la deuda externa.

La magnitud de este trauma argentino perdura durante décadas. Pero no quedó ahí. Fernando de la Rúa sería recordado por una conducta desesperada y cobarde: De la Rúa no solo renunció a la presidencia de Argentina, sino que, además, huyó del palacio presidencial en helicóptero. Los manifestantes que protestaban frente a la Casa Rosada presenciaron con estupor la salida en helicóptero de Fernando de la Rúa. El problema de la crisis de la convertibilidad dólar/peso argentino, de diseño económico, se había transformado ya en un problema de gobernabilidad en sentido estricto. Y ante esa crisis, una facción del peronismo, el kirchnerismo, apostó por poder aportar gobernabilidad en el proceso. Fue así como en las siguientes elecciones Néstor Kirchner triunfaría. Pero su sostén electoral era débil. Por ello, comprendió que los movimientos de protesta eran claves. Buscó entre los grupos piqueteros¹ posibles alianzas y logró que parte de ellos adquirieran forma orgánica y una estructura de relación con el Gobierno. Lo mismo ocurrió a nivel universitario, donde el kirchnerismo penetró de manera intensísima, a nivel de funcionarios, estudiantes y académicos.

Néstor Kirchner debía estructurar su poder y lo hizo articulando una relación intensa con ciertos sectores de la sociedad que le brindaron visibilidad y apoyos. ¿Fue un artificio o tuvo profundidad? Es otra discusión. Pero sí tenía una lógica: había que afirmarse en un punto de apoyo. Y así movieron la historia durante dos décadas. Luego vino Cristina Fernández de Kirchner. Configurado así el kirchnerismo, el peronismo dejó de ser lo que era: el aire que respiraba cualquier argentino. El peronismo pasó a ser de izquierdas y surgió una derecha argentina propiamente tal, con Mauricio Macri. Su Gobierno no logró mover la historia y

el peronismo volvió a ganar, aunque con un crítico de Cristina Fernández. Y así fue como arribó Alberto Fernández. A partir de ahí la historia tiene que ver con nuestro libro: en cuestión de meses se despertaría un liderazgo sorprendente que arrasaría con el sistema político, imponiéndose finalmente en las urnas.

Pero vamos al punto central.

Imagine usted un país donde sucesivas denuncias de corrupción golpean al Gobierno. Imagine usted que quien ocupa el cargo de vicepresidente (y que antes ocupó el cargo de presidente) está siendo denunciado por encabezar una asociación ilícita orientada a enriquecerse a partir de las obras públicas que dependían de sus decisiones como autoridad. Imagine que, en ese país, tras esta noticia, se suceden protestas en las calles. Normal, por supuesto, dirá usted. Corrupción y protestas se unen por razones lógicas. Pero hay «un pero». Las protestas que hubo en 2022 en Argentina, a partir de las denuncias de corrupción, fueron para apoyar a la autoridad denunciada. Esas protestas fueron a favor de Cristina Fernández, no en contra. Ese año 2022 hubo numerosas protestas asociadas para apoyar a quien había sido dos veces presidenta de la nación y que en ese instante oficiaba de vicepresidenta.

El alineamiento, ficticio o verdadero, del peronismo con la base social fue un recurso muy importante para dotar de estabilidad a los Gobiernos de la izquierda argentina en estas dos décadas. En Argentina hay un fuerte componente de militancia que no se da en partidos, sino en movimientos de protesta social. Y algunos de esos grupos, denominados piqueteros, establecieron una relación sólida con el kirchnerismo. Ello otorgó gobernabilidad por un lado, pero, como todo mecanismo que evita liberar presión, genera entonces escenarios de acumulación de energía que pueden tornarse disruptivos.

Si el descontento de los argentinos no salía por los canales habituales de la protesta social, si esa protesta era valorada con creciente distancia por parte de la ciudadanía, que pensaba que esas protestas eran artificiales, entonces esa presión debía salir por algún lado, debía ser representada de alguna manera.

Se ha señalado que el malestar social se asemeja al magma, ese líquido que se mueve soterradamente hasta encontrar un lugar por donde salir (un volcán), y liberar un fuego destructor. El malestar es siempre resultado de la suma de los fracasos y de la sensación de que nada sirve, que nada ni nadie resuelve lo que se ha de resolver. La crisis argentina ha pasado por neoliberales (Menem), radicales

(De la Rúa), peronistas de izquierdas (kirchnerismo), neoliberales de nuevo (Macri) y un peronista de izquierdas no kirchnerista (Alberto Fernández). Está claro que se probó todo lo que había en oferta. Y la solución no llegó. Finalmente, fue Javier Milei quien recibió la bendición popular y fue electo presidente. Y eso ocurrió porque fue Milei el representante de la protesta. Este hombre, gritando a voz en cuello «¡zurdos de mierda!», se convirtió en la manera que encontraron los argentinos para protestar. Milei ha hecho carne una mezcla abrumadora: el cinismo es el objetivo, la protesta es el método.

Creo que ha quedado claro que la protesta contra un orden fallido ha sido el principal factor que otorgó relevancia a Javier Milei, que no tenía partido, que no tenía equipos, que no era conocido hasta hace pocos años, que no era un académico destacado, que no tenía militancia, que no tenía conexión histórica con las élites argentinas; en fin, Javier Milei es un accidente, eso es irrefutable. Pero es un accidente que tiene gracia, porque es un accidente con todo un futuro por delante, es un accidente creativo, que puede orientar a nuevas rutas a la República argentina.

La verdad es que este caso es fascinante. Se puede recorrer la historia de las ideas, de la economía, de la sociología, de la música, en fin, se puede contemplar un universo situándonos en el escenario de mirar a Milei y Argentina. Y esta fascinación que refiero no es casual en este instante. Porque llegaremos a un sitio abrumador, insospechado. Pero para eso debemos volver al cinismo.

La filosofía de los cínicos fue una de las filosofías éticas en el período helénico. Eran críticos, pero no molestaban demasiado, porque los cínicos no hacían desmadres como protestas o impugnaciones. Algunas de sus corrientes derivadas llegaron a promover la práctica del suicidio. Como es lógico, las escuelas orientadas a ese fin se extinguieron. Pero es una escuela muy profunda: el elogio de la calma, la «liberación del humo» (sacarse de encima creencias falsas) y la indiferencia ante los avatares externos. Todo está muy lejos de Milei, sobre todo porque los cínicos estaban en contra de la propiedad, del poder y de la fama. Pero hay un rasgo que es pertinente a esta obra. Hay un aspecto de la doctrina cínica que hizo historia: la franqueza en el hablar, el descaro. El cínico no debe tener vergüenza, no debe morigerar sus dichos, no debe ser diplomático. El cínico se aleja del dinero y de todo valor otorgado por la sociedad. La historia ha querido que el descaro y la frontalidad en el hablar se hayan convertido en el significado principal de la actitud cínica.

Y he aquí las doctrinas que promueven el libre mercado. El defensor más radicalizado de las perspectivas del liberalismo económico no ejecutará la defensa de su modelo pensando en la doctrina o en la ideología. Lo hará mostrando la inevitabilidad histórica del capitalismo y la necesidad de radicalizarlo para hacerlo más eficiente. No dará una clase de teoría, abrirá la ventana y te dirá (si es considerado): «Yo sé que lo que dices es cierto y que es valioso, yo sé que sería lindo que fuéramos iguales, pero, mira tú, no lo somos. Y no lo somos porque nunca lo hemos sido. El mundo es el que es y así es como hay que vivirlo. Debemos adaptarnos. El socialismo no puede existir porque es antinatural».

Así de simple será. Y esa es la respuesta cínica. Vivimos en una época donde esta respuesta es muy adaptativa. Y es que las tres respuestas de época son el adanismo, el cinismo y la protesta.

El adanismo es la ingenuidad convertida en doctrina. Como las sociedades son complejas y todo es enormemente difícil de gestionar, pues bien, se convoca a presentarse a esta hora al adanismo y así creemos un rato en el paraíso. ¿Podemos vivir en el campo y tener los beneficios de la ciudad? ¿Por qué no? Del cinismo ya explicamos lo indispensable. Y de la protesta siempre se puede garantizar que es una respuesta pertinente, en todo tiempo. He ahí la manifestación en contra de una realidad o de la gestión de una realidad.

De estas tres respuestas de época, la más inútil es el adanismo, con distancia. En medio de los desafíos de nuestro tiempo, el adanismo califica para procrastinación o alguna clase de síntoma neurótico. La protesta es un mecanismo regularmente útil, porque es crítica y estresa hasta producir respuestas en el sistema político. Si la protesta es la energía de tensión y transformación, el cinismo es la fuerza de la resignación y la conservación. Un seguidor de Keynes dirá que debemos actuar rápido porque en el largo plazo estamos todos muertos. Y entonces el cínico te dirá que es cierto que en el largo plazo estamos todos muertos, pero que por lo mismo carece por completo de sentido intentar mover más rápido pesadas estructuras.

¿Y qué es Milei? ¿Un adanista? ¿Un cínico? ¿Un opositor?

Si bien hay algo de adanismo en él (como lo hay en la escuela austriaca con su tesis de ausencia del banco central), la descripción principal de Milei consiste en la combinación entre cínico y opositor. Por supuesto, no puede ser ambas cosas

al mismo nivel.

Javier Milei es un cínico cuando reivindica el capitalismo en su forma actual a nivel financiero. Y es que el capitalismo actual tiene muchos niveles y no cabe duda alguna de que el más desregulado de todos es el ámbito financiero. Los movimientos financieros de cada día ridiculizan cualquier estadística de movimiento de exportaciones en todo el mundo en un año. El sistema financiero es imparable. Y frente a ello hay distintas formas de afrontar la adaptación a ese proceso desde los países. Hay países que establecen que la forma de «aterizaje» de ese dinero en su territorio debe ser modulada, dibujada y orientada por el proyecto de sociedad que lo recibe. Y hay otros países que desean modificar radicalmente esa dinámica global. Pues bien, Milei considera que no debe existir ninguna adaptación, que los países deben exponerse a una verdad grande como la ley de gravedad: la economía de mercado es la única fórmula (porque es un hecho y no un proyecto) que permite la mejora en el bienestar.

Pero Javier Milei es también un opositor. Y lo es radicalmente contra todos aquellos que han hecho política y han aumentado el tamaño del Estado. La razón de esta visión y conducta es muy simple: todas las estructuras institucionales propias de la forma Estado deben ser destruidas. Milei se pone de pie en el palacio de gobierno argentino para decirle al mundo que llegará un día en que esto que contempláis será destruido, y que sobre ese suelo no quedará piedra sobre piedra.

La historia de la literatura dio lugar a un concepto fundamental para entender la política. Un escritor siciliano, cómo no, don Giuseppe Tomasi di Lampedusa, construyó una escena en su obra *El gatopardo* (publicada póstumamente, pero escrita en 1955) en la que uno de sus personajes señala: «Si queremos que todo siga como está, es necesario que todo cambie». Esta frase hizo época, pues fue fundamental para dar carne a la propuesta neoconservadora de Edmund Burke a finales del siglo XIX (época en que está ambientada *El gatopardo*). Esto guarda relación con lo que se conoce como reformismo limitado, esto es, aceptar que los procesos de reformas lentas, propiciados por el liberalismo, pueden ser funcionales para evitar los cambios.

Pero en este punto es donde Milei es un innovador contumaz. La doctrina de Milei es inédita en la historia, y proporciona una síntesis perfecta entre anarquismo y conservadurismo. La doctrina de Milei se puede enunciar de manera sencilla: «Si queremos que todo siga como está, es necesario destruirlo»

todo». Una especie de Lampedusa anarco.

He aquí Milei en persona, el destructor de mundos.

1 Los piqueteros son los grupos de protesta de sectores populares que se consolidaron desde la era neoliberal de Menem. Su nombre proviene de las acciones de interrupción de tránsito que se generalizaron como modo de protesta por toda Argentina. Su consolidación fue temprana (años noventa), pero su crecimiento siguió y durante toda la era kirchnerista fue un recurso político constante.

MILEI Y LA CASTA

«Argentina no para de caer porque es el modelo de la inconsistencia fiscal, con un Estado cada vez más grande. Es un modelo decadente que solo favoreció a la casta política».

Javier Milei

En las elecciones PASO de Argentina (PASO es acrónimo de primarias, abiertas, simultáneas y obligatorias) del año 2021 Javier Milei se postulaba como candidato a diputado. Su cierre de campaña fue un espectáculo sorprendente. En él, Milei apareció citando una canción del grupo La Renga:

Hola a todos, yo soy el rey, soy el león, rugió la bestia en medio de la avenida, corrió la casta, sin entender, Panic Show a plena luz del día. Yo soy un rey de un mundo perdido. Soy el rey, te destrozaré, toda la casta es de mi apetito. Viva la libertad, carajo.

«Corrió la casta», «toda la casta es de mi apetito», dijo Milei, el autoproclamado león. Entender el origen del uso del concepto «casta», de reciente aparición en el mundo político global, merece la pena. Y es que en su evolución tenemos la oportunidad de comprender todo un proceso. Todo empezó en un día de crisis.

La deuda hipotecaria en Estados Unidos había pasado del 46 al 73 % en poco

más de diez años. Muchos analistas vieron que una crisis de gran magnitud era inminente, pero en rigor las medidas más radicales tuvieron que esperar hasta la apoteosis de la tragedia: el 15 de septiembre el banco Lehman Brothers se declaró en quiebra con un pasivo de 430.000 millones de dólares, una suma mayor que el PIB del 70 % de los países mundo. Lehman Brothers era el cuarto actor, por tamaño, del mundo de las inversiones en Estados Unidos. Pero aunque tenía activos por más de 600.000 millones de dólares, no tenía más respaldo para eso que un 4 %.

La crisis redundó en una agenda de reformas potenciales al sistema capitalista en general. Un líder de derechas, el presidente Sarkozy en Francia, había señalado que toda la Unión Europea coincidía con la necesidad de volver a barajar las cartas, señalando que era preciso tener una nueva reunión tipo Bretton Woods, la famosa conferencia en donde tras la Segunda Guerra Mundial se acordaron los pilares de la economía mundial. Ante esto, George Bush desespera y señala que «unos meses de crisis no pueden acabar con sesenta años de prosperidad» y advierte de que los problemas que se estaban viviendo no decían nada sobre el éxito o fracaso del sistema capitalista. De todos modos, sí reconocía la necesidad de nuevas regulaciones.

La crisis económica mundial de 2008 fue, como era lógico, un movilizador de procesos de crisis políticas. El fallo sistémico, de cualquier orden, supone siempre que la presión deslegitimadora llega al sistema político. Y es que la relación entre el orden económico de una sociedad y el orden político no es simétrica. Cuando adviene una crisis política, no necesariamente llegará una crisis económica. Pero, cuando lo hace una crisis económica, necesariamente se corroe la legitimidad del sistema político. Y es que para eso está la política, para hacerse cargo de todo lo que ocurre a nuestro alrededor y que puede ser previsto e intervenido. Es por estas condiciones por lo que no debe extrañar que, tres años después de la crisis subprime, hayamos presenciado un giro mundial hacia la fricción sociopolítica. Uno de los giros fundamentales fue el reemplazo de la relación política básica de las sociedades desde el eje izquierda/derecha hacia el eje élites/ciudadanos. Los movimientos de protesta de 2011 fueron una disputa en el eje vertical.

En pocos días, durante septiembre y octubre de 2011, se pasó de una protesta específica el 17 de septiembre de 2011 a casi mil protestas en menos de un mes. Más de ochenta países fueron parte de esta movilización, que venía precedida por las protestas contra la austeridad de 2010, las grandes protestas en España,

Francia, Chile y Egipto (y todo el proceso denominado «Primavera árabe»). Incluso el Ayuntamiento de Los Ángeles emitió una declaración otorgando su apoyo al movimiento.

La crisis económica y los millonarios rescates a bancos habían destruido las bases de sustentación moral del capital. Se acusaba de traspasar la deuda privada a deuda pública. Y surgían sugerencias muy radicales de modificación de la organización del mercado financiero. Emmanuel Saez, de la Universidad de Berkeley, señaló en 2011 que, según sus cálculos, el 1 % más rico logró obtener incrementos de sus ingresos de más del 10 %, mientras que el resto de la población había aumentado solo un 0,2 %. Es en esta discusión a nivel mundial donde comenzó la satanización de los paraísos fiscales.

Fue así como en todo el mundo la disputa política perdía su fuerza como competencia horizontal de proyectos y pasaba a ser la relación conflictiva entre un poder que se veía capturado por las élites y una ciudadanía víctima de abusos y encargada de pagar la cuenta de los lujos de las élites, sobre todo de las políticas. A esta forma de conflictividad se le puso un nombre en Italia el año 2012: «casta». El bautizo lo hizo Beppe Grillo, un líder inusual, antisistema. Así describía este proceso la agencia de noticias Reuters el 2 de julio de 2012:

ROMA (Reuters) - La afilada lengua, el pelo revuelto y el áspero acento genovés de Beppe Grillo, un agitador televisivo que lleva treinta años haciendo bromas cáusticas contra los políticos, han creado una de las marcas personales más características de Italia.

Su movimiento 5 Estrellas, nacido hace menos de tres años, ha hecho campaña basándose en una mezcla ecléctica de propuestas políticas, como la supresión de gratificaciones para los diputados, limitar la propiedad de los medios de comunicación (una clara indirecta para el ex primer ministro Silvio Berlusconi) o mejorar la conexión de banda ancha. Su llamamiento contra la llamada «casta» política lo ha impulsado desde la marginalidad a convertirse en la segunda fuerza política en apenas unos meses.

Grillo comenzó con un blog satírico sobre política en 2005. Luego fue presentando un show por toda Italia, recorriendo el país en una caravana. Su

reivindicación de temas novedosos y su discurso que muy bien se articula con las dinámicas de los «indignados» de inicios de la segunda década del siglo XXI le dieron un crecimiento muy relevante. Sus críticas al euro y su mirada antipolítica permitieron cierta cercanía con las visiones liberales de la derecha italiana. Grillo creció denunciando la corrupción con un Berlusconi en el poder. Y a todo ese entramado de poderosos corruptos que han capturado el sistema político le llamó «la casta».

El uso del concepto «casta» migraría pronto a España. El movimiento y luego partido Podemos fue el heredero del concepto para referirse a las élites políticas cuyo poder está articulado con las grandes empresas globales. Desde la fundación de Podemos, uno de los conceptos más utilizados para denunciar fue «casta». Pablo Iglesias, Íñigo Errejón y Juan Carlos Monedero hicieron un uso sistemático del concepto.

Podemos llegó a convertirse en la tercera fuerza del país. Pero el uso del concepto de «casta» fue perdiendo protagonismo porque el mismo partido se vio envuelto en polémicas donde se los acusaba de elitismo y privilegios.

El concepto de «casta» había comenzado en 2012 con Grillo en Italia, en 2014 había pasado a Podemos y a inicios de la siguiente década ocurrió algo impensable: Vox, el partido español ultraderechista, comenzó a usar el concepto de «casta» en contra de la izquierda. En mayo de 2021, para el día de los trabajadores, Santiago Abascal atacó a la «casta sindical». Y el mismo año, pero en julio, la diputada en la Asamblea de Madrid Alicia Rubio hizo alusión a la «casta LGTBI». Es evidente que la acusación de «casta» es muy curiosa en un partido en favor de una monarquía, ya que la casta supone un grupo cuya asignación de estatus se otorga de por vida. El régimen de castas más famoso es el de la India, donde se dividen las castas entre brahmanes (lo más alto, sacerdotes e intelectuales), los chatrias (guerreros y gobernantes), los vaisias (comerciantes y artesanos) y los shudrás (campesinos y clase trabajadora). Pero, evidentemente, el uso que hace Vox proviene de una transvaloración que se produjo en estos años. Y de pronto llegó Milei.

Javier Milei habló tanto de la «casta» que tuvo que precisar sus definiciones. Esta estaría formada por:

—políticos corruptos,

—dirigentes sindicales que entregan a los trabajadores,

—empresarios prebendarios que hacen su fortuna a través de relaciones políticas,

—profesionales cómplices de los grupos anteriores, y

—académicos cómplices que dan una pátina de validación a los políticos, sindicalistas y empresarios prebendarios.

De la acusación de «casta» concentrada en todo lo que tenga alguna relación con el Estado, Javier Milei derivó el «plan motosierra», que figura una escena radical de recortes de gastos en el Estado. La «motosierra», obviamente, es más que tijeretazo, es el corte absoluto.

El concepto de «casta» fue fundamental para que Milei pudiera validar su proyecto de ajuste del gasto público. En Argentina un ajuste es una acción muy delicada y señalar que la ciudadanía podría tener que pagar la cuenta del país resultaba ofensivo. Por eso Milei dijo: «Esta vez el ajuste lo va a pagar la política, no la gente. Esta vez lo paga el Estado, no el sector privado». En definitiva, la acusación de «casta» se refiere a la existencia de una élite burocrática que concentra beneficios y protección. En el caso argentino incluso el concepto de «casta» ha logrado superar (y a la vez reemplazar) al concepto de «élite» en el indicador Google Trends desde la aparición de Milei.

La historia de la humanidad nos muestra que, sistemáticamente, las frustraciones económicas se transforman en crisis políticas. En este caso, una crisis de especulación financiera ha terminado en una crítica radical al Estado. Incluso la

población mundial ha dejado pasar si acaso las plataformas como Uber, Spotify, Netflix u otras pagan o no impuestos en los países donde se ejecutan las compras. O incluso se ha preferido aceptar su funcionamiento fuera de la ley. Por supuesto, eso ocurre porque, en la medida en que el Estado y los tributos son menos legítimos, entonces su impugnación puede llegar hasta el punto de convertir al aparato estatal en el culpable.

En el Chile de 2011 la crisis generada por el movimiento estudiantil puso al mundo empresarial bajo la mira. El fenómeno cultural que generó la palabra «lucro», denunciada por los estudiantes acotadamente respecto a universidades privadas, terminó convirtiéndose en una crisis general de las empresas, no solo de las universidades privadas. Comprender la evolución de estos procesos es crucial para saber dónde estamos. Todavía hay mucho que analizar para el caso chileno, pero no hay que olvidar que el fenómeno es global. No en vano en Argentina la discusión arriba/abajo es fortísima desde la llegada de Milei, quien dice:

Están tan asustados... ¿Por qué la casta política, chorra¹, parasitaria e inútil, le tiene miedo a la libertad? Probablemente, debe ser porque se benefician mucho con el modelo actual, porque solo progresaron ellos y nosotros vivimos cada vez peor, pese a que cada día trabajamos más.

¿A dónde se dirigirá el malestar mañana? ¿A qué grupo de privilegios se le cobrará la cuenta? ¿O vendrá una nueva pacificación, basada en el arrepentimiento o en la mera decepción por vislumbrar imposible una solución? No lo sabemos. Pero sí sabemos que Milei ha apostado todo en el inicio de su Gobierno y, si bien su Gobierno avanza hacia el minarquismo y no parece pretender ir más lejos, su osadía ha sido enorme.

1 Uso coloquial en Argentina para referirse a un «ladrón» o una «ladrona».

DOS SOLUCIONES Y UNA PROFECÍA: LA FÓRMULA POLÍTICA DE MILEI

«Y si les gusta la caridad, ¡manga de pelotudos!, pongan la guita del bolsillo de ustedes. Dejen de hacer caridad con el bolsillo ajeno, la reconcha de sus putas madres».

JAVIER MILEI

Dos convicciones convertidas de manera automática en soluciones son los pilares intelectuales de Javier Milei para sostener su visión de la economía y el camino al desarrollo. Una es una tesis en positivo: existe la convergencia, los países más pobres pueden alcanzar a los más ricos, pues crecen más que ellos. La otra tesis es en negativo: no existen los fallos de mercado. El mercado, sentado en la silla de Pedro, es infalible.

La complejidad de hacer política radica en que el político intentará preferentemente modular la acción impugnatoria y la búsqueda de acuerdos de forma que se cumplan dos condiciones: aprovechar las oportunidades que provee cada posición (estar fuera o estar dentro de la élite política) y no perder demasiada flexibilidad para el futuro. Y es que, si todo sale bien y el político triunfa y llega al poder, tendrá que hacer muchas cosas que antes criticó. Aunque, para que esto le dé juego en el futuro, necesita haber sido antes prudente. Pero la verdad es que la prudencia es un lujo que solo los ricos y los famosos se pueden dar de manera constante. El político que habita la periferia intentará ingresar en la zona donde el juego es más interesante. Y para ello debe definir cuánto de consenso y cuánto de impugnación tendrán su discurso y su actuar.

Para decirlo en simple, i) es conveniente ser agresivo si estás fuera de la élite; ii) es menos conveniente si estás dentro, aunque sea en una posición secundaria (pero has de estar atento para golpear cuando sea el caso), y, finalmente, iii) al estar dentro de la élite, no es conveniente el entusiasmo de mover el escenario, pues en ese caso ya no sale gratis hacerlo y hay que pagar unos costes, a veces importantes, en función de si la falta de destreza es muy elevada.

Pues bien, ninguna de estas reglas las cumple Milei. O, si las ha cumplido coyunturalmente, no es realmente su conducta habitual. Los ejemplos abundan. Uno de ellos fue el discurso sobre la contaminación de los ríos, en una alocución televisiva en agosto de 2023, a pocos meses de las elecciones generales. Allí señaló:

Una empresa puede contaminar el río todo lo que quiera [...]. ¿Dónde está el daño? ¿Dónde está el problema ahí? Eso, en realidad, habla de una sociedad a la que le sobra el agua y el precio del agua es cero.

Es decir, si le agregamos más derecho de propiedad al agua, si tiene un precio más elevado, entonces será cuidada y nadie la contaminará. Eso es lo que dice Milei. Y las respuestas a preguntas como estas fueron fundamentales para su crecimiento. Pero había una pregunta no sectorial, la pregunta clave, la que definía el partido.

Milei necesitaba explicar por qué Argentina podía llegar a ser una potencia mundial si su historia reciente y la larga historia de un siglo eran turbulentas y, hoy en día, decadentes. La propuesta anarcocapitalista requiere que la fórmula política cuente con un discurso claro sobre el mercado. Y para ello necesitaba titulares simples. El primero, que el mercado asigna con mayor justicia que cualquier actor que decide desde un escritorio. El segundo, la famosa tesis de que los países pobres crecen más que los ricos y, por ello, en algún momento van a converger. Con esto logrado, Milei podría contar con algo para empezar. Pero se requiere energía, mucha energía, para que estos discursos tengan soporte en una oferta política y algo más. Y ese algo más es la promesa por excelencia en la historia, la promesa que se fundamenta en un mandato superior: la profecía. Milei necesitaba dos soluciones intelectuales y una profecía. Y a continuación veremos cómo las construyó.

La idea de la eficiencia del mercado como asignador de recursos es una idea muy relevante para el liberalismo económico. La metáfora de la «mano

invisible», que usualmente se usa para referirse a la teoría de Adam Smith, señala este punto crucial: los individuos cuando persiguen intereses egoístas consiguen al mismo tiempo generar beneficios colectivos gracias a una especie de mano invisible que opera en el mercado proyectando los beneficios de la acción egoísta a un colectivo. El egoísmo es el pilar del altruismo, bajo esta mirada.

La distinción maniquea entre mercado y Estado como polos opuestos, identificando al mercado con la libertad, la prosperidad y la democracia, y al Estado como una ruta en contra de los mercados y asociada a la igualdad, es evidentemente inadecuada. Desde el origen del liberalismo, con Adam Smith, se señala que hay proyectos que no serán financiados por manos privadas y que son necesarios para la sociedad, por lo que en ellos debe actuar el Estado. Y respecto a la postura sobre los derechos sociales, como la educación, la respuesta de Smith sería más bien la de un radical izquierdista actual: para Adam Smith, la educación no debe contemplarse con el prisma de la economía. La educación, por el contrario, es el antídoto que permite sostener el funcionamiento de sociedades que en el desarrollo intensivo de los mercados generan patologías en lo que hoy llamaríamos el capital social y en el cultural. Es decir, para Smith, hay males que están asociados a los mercados.

¿Cuál es el Smith correcto? ¿El de la «mano invisible» o el que señala la necesidad de una educación que prevenga y cure las patologías de la sociedad de mercado?

La inquietud es relevante. Bajo una tesis radical y simplificada de la «mano invisible» de Smith se asume que la acción de negociar en el mercado es necesariamente una acción justa porque quien compra lo hace por propia voluntad, quien vende también actúa por su propia voluntad y quienes ni compran ni venden no se ven afectados por nada de esa transacción e incluso pueden verse beneficiados. La acción de mercado es justa. Pero bajo la tesis sobre la educación de Smith la sociedad se ve afectada, quizá no por una acción en el mercado, pero sí por las tendencias que produce la masificación de transacciones. ¿Cómo resolver esto?

Si entendemos, con Smith, que el intercambio es coordinación social y que para que esa coordinación exista se requiere de información (yo debo saber qué necesito comprar, debo saber dónde encontrarlo, debo saber cuánto pagar, etc.), comprendemos que el conocimiento es esencial como mecanismo en el mercado.

Y que este, el mercado, se convierte, a su vez, en otro mecanismo, en este caso asociado a la definición de precios. La información es el alimento esencial de un mercado. Existen diversas dificultades en los procesos de transacción y lo único que reduce esa complejidad es la información. En este sentido, una sociedad teórica que cuente con información perfecta tendrá mercados perfectos. Y, en ese caso, la asignación de mercado será justa. Pero, ¿cómo de probable es que la información sea perfecta?

En primer lugar, todo mercado (hasta el más próximo a la perfección) está en permanente construcción de información que, por lo demás, no está integrada y solo lo estará mediante cierta cantidad de interacciones. Si llego a vivir a un barrio nuevo y en la esquina de mi casa hay una frutería, entonces puedo incorporar información rápidamente. Voy y compro dos plátanos y dos manzanas. Al llegar a casa descubro que uno de los plátanos estaba golpeado. Y al día siguiente me doy cuenta de que las manzanas estaban harinosas. Pasan los días y vuelvo a intentarlo: compro tomates. Llego a casa y, usted ya lo imagina, están podridos por dentro. Puedo asumir que la tienda en cuestión tiene bajos protocolos de calidad y que no es conveniente comprar allí. Me he demorado un par de días y he gastado solo un poco de dinero para tener esta información (que quizás aún es incompleta). En el mercado que hemos ejemplificado, obtener información es sencillo. Pero, ¿qué pasa con mercados donde la información es difícil de conocer? Investigo buscando el mejor nefrólogo del país, pido una cita con él. Me examina y me dice que la situación es delicada, sugiere iniciar un tratamiento agresivo y darle apoyo funcional a los riñones, que no están funcionando bien. Pasa el tiempo (casi dos años) y no mejoro. Voy a otro médico y me dice que el tratamiento ha hecho empeorar las cosas. Voy a un tercer médico, me confirma lo dicho por el segundo: a los riñones no se les puede «ayudar» en su tarea, pues, si dejan de trabajar una vez, tienden a dejarlo de hacer en general. El «mejor» médico del país no era tal y me demoré dos años en saberlo, gasté mucho dinero y, además, estoy peor que antes. ¿Tenía cómo informarme antes de que había un error? No, no había opción.

Para Javier Milei los fallos de mercado no existen. Así lo señaló en su discurso en Davos, recién nombrado presidente, en febrero de 2024. Allí señaló: «So pretexto de un fallo de mercado se introducen regulaciones que lo único que generan son distorsiones en el sistema de precios, que impiden el cálculo económico, y, en consecuencia, el ahorro y la inversión». En diez ocasiones Milei mencionó el concepto de «fallo de mercado» y fue enfático en señalar que este concepto es la clave, pues es por ahí por donde se busca resquebrajar el

modelo teórico de la «mano invisible».

Como juicio derivado de la presente reflexión y sistematización, es posible señalar que el tema de los «fallos de mercado» es el talón de Aquiles de Javier Milei. Debe entrar a una zona de simplificación radical. Pero lo importante es que se da cuenta de que es la zona más débil del liberalismo económico y por eso elige cerrar la temática. Afirma sistemáticamente que fue un gran error de la perspectiva neoclásica aceptar la existencia de estas fallas. A Milei, esta forma de proceder le generará una importante ceguera política, pues al descartar de plano los fallos de mercado no es posible comprender por qué hay situaciones de mercado donde la información circula imperfectamente. Y por qué hay ámbitos de la sociedad donde la información de mercado sencillamente nunca fluirá perfectamente.

La segunda tesis central de Javier Milei es la creencia en la convergencia, es decir, la tesis que señala que con el tiempo los países pobres alcanzarán a los ricos, pues los primeros crecen más que los segundos. Y esta tesis es una de las más repetidas por Milei, una tesis, por lo demás, provista de un optimismo radical. Dice Milei que, si en el siglo XXI el mundo converge, el PBI per cápita crecería a una tasa del 4,18 %, por lo que este se multiplicaría 59,1 veces, superando en 4,6 veces los logros de veinte siglos.

Sin embargo, desigualdad mediante, los datos han mostrado que no existe convergencia en las últimas décadas y que, por el contrario, hay divergencia.

Estos dos errores de Milei como político y economista permean sus decisiones y sus expectativas. No le interesa leer aquello que es incómodo. Milei no conoce a Adam Smith realmente; por el contrario, se ha construido un hombre de paja, pero no para refutarlo, sino para ensalzarse a sí mismo a partir de Smith. ¿A qué me refiero cuando digo que no conoce a Adam Smith de manera integral? Muy simple. Smith considera que el Estado también debe invertir en aquellos proyectos que benefician al conjunto de la sociedad, pero que no son suficientemente rentables para que el mercado se ocupe de ellos. Para definirlos, subdivide los proyectos en obras públicas e instituciones. Con obras públicas se refiere a lo que hoy en día se entiende como infraestructuras (carreteras, canales y puentes, por ejemplo) y con instituciones se refiere, sobre todo, a la educación. Smith, de hecho, esboza una crítica que luego inspirará a Marx a desarrollar su teoría de la alienación. La división del trabajo que provocan los mercados, señala, vuelve estúpidas e ignorantes a las personas, y las degrada moral e

intelectualmente. Para evitarlo, Smith considera que el Estado debería intervenir y garantizar el acceso a la educación de sus ciudadanos. Esta línea de pensamiento de Smith es muy radical, pues muestra que la educación debe paliar los resultados negativos del proceso de profundización y expansión de los mercados.

El resumen intelectual de la propuesta de Javier Milei es el siguiente:

i. Ha definido que el problema de la información en el mercado no existe. Desde siempre la teoría económica ha asumido que el mercado asignará adecuadamente los recursos si (y solo si) los compradores cuentan con información adecuada.

ii. Ha aceptado sin aparato crítico la tesis de la convergencia, según la cual, dado que los países subdesarrollados crecen más rápido que los desarrollados, entonces habrá un momento de convergencia.

iii. Ha introducido un discurso romántico, idealizando el pasado argentino. Y aunque habla situándose en la ciencia, su discurso es profético, y su modo, irracional, descubriendo el origen del futuro de Argentina en unos esquivos textos y autores de un pasado glorioso.

iv. Se ha introducido en el mesianismo del judaísmo, modificando la lógica temporal occidental, para decir a la vez que:

1. En el pasado está la respuesta para saltar (no caminar) al futuro.

2. Que los parias de la historia saldrán triunfantes ante aquellos que representan el mal (la «casta», esto es, los políticos).

3. Que existe un momento de redención total (tikkoun).

Es pertinente desarrollar el último punto, pues los anteriores ya se han analizado.

El milenarismo judío plantea la creencia de la llegada de un tiempo en el cual el Mesías establecerá la justicia, una era que durará mil años. Esta corriente ha tenido un fuerte arraigo en favor de algunas y varias tesis del anarquismo. Insignes autores se han situado en este camino, normalmente desde la izquierda y particularmente desde el marxismo. De alguna manera, a veces se genera una cierta homologación entre el fin de la historia y el triunfo de la razón, como el momento de redención donde se puede dar un gran salto, por ejemplo, la supresión de las formas institucionales existentes. Michael Löwy lo relata en su obra Redención y utopía explicando el surgimiento de autores de finales del siglo XIX y comienzos del XX que beben al mismo tiempo de fuentes alemanas (romanticismo) y judías (mesianismo). Estos autores giran en torno a la idea judía (cabalística) de tikkoun, la redención. Algunos de ellos se sintieron atraídos por las utopías sociales: Ernst Bloch, Gyorgy Lukács y Erich Fromm, por ejemplo. Para Löwy hay entre ellos una impresionante comunidad espiritual, fundada sobre la afinidad entre la redención mesiánica y la utopía libertaria.

¿Qué estaba detrás de esta búsqueda? El tikkoun, esto es, la redención, la reparación, la posibilidad de restituir y la inminencia de la reforma total. La sociedad ha caminado por sendas equivocadas y ha perdido el orden. La redención lo reproducirá. Habrá un nuevo reino: el Reino del Espíritu o el Reino de la Libertad. Diversos nombres puede tener este reino, pero hay algo claro: se trata de un movimiento furioso que restituye el orden. No es extraño que estas visiones surjan en tiempos de epidemias y desgobierno. Y el sentido último es destruir las construcciones de un falso dios, de un falso ídolo, para dar paso a la revelación verdadera. Y esto supone la caída de toda autoridad.

La irrupción de Javier Milei se produce exactamente en un momento donde los grupos más religiosos del judaísmo transitan por una ruta muy propia de su historia: ¿es el acontecimiento de la guerra actual la manifestación de otra «catástrofe» o se trata del momento de la «reparación»? Esta tensión ha estado siempre en la historia del judaísmo. La herida de la rebelión de Bar Kojba entre

el año 132 y el 136 (después de Cristo) es uno de los grandes dolores en la historia judía. Es el conflicto a partir del cual la zona pasa a llamarse «Palestina» y los judíos son expulsados y esclavizados, tras haber logrado instaurar un Gobierno propio durante dos años, hasta que el ejército romano, provisto de un inmenso aparato militar, logró derrotar a las milicias judías. Una situación de menor envergadura ya se había producido sesenta años antes, pero la rebelión de Bar Kojba fue particularmente dolorosa por el triunfo inicial y por la magnitud de la derrota final y sus consecuencias. He aquí una «catástrofe». Y hay quienes ven dentro del judaísmo la posible reiteración de ese hito: un triunfo inicial que implique la formación de un gran ejército árabe que arrasase materialmente por el suelo de Israel. Pero esta no es la única interpretación. También está aquella que es exactamente la contraria. Según esta mirada, el contragolpe israelí después del ataque de Hamás es todo lo contrario a la catástrofe y resulta ser, para ellos, la reparación total. Es el momento de triunfar, es la inversión de la historia del siglo II d.C., es la epifanía, es el asalto al futuro.

¿Qué tiene que ver esto con Milei?

Todo anarquismo se enfrenta a un problema lógico fácil de resumir: cualquier acto que no sea la supresión del Estado será siempre la administración de este. Por esto es por lo que todo anarquismo supone que ha de haber un momento para el «asalto», un momento donde todo sea velozmente modificado hasta que no quede nada de las estructuras antes imperantes y se pueda acceder al fin a la verdad revelada. Con ella, con su enorme poder, sin posible oposición, el anarquismo resuelve la aporía de la historia que suele acompañarle: destruir y construir estructuras a la vez es muy difícil.

El judaísmo de Milei nace de una necesidad intelectual. Había que resolver la posibilidad de disolver el Estado. Y ese no es un acto político. Se requiere algo más allá de lo material. Ninguna energía meramente humana, desenvuelta en la cotidianeidad, puede ir más lejos de una administración osada. Borrar de la faz de la tierra es un acto de violencia, es una gran guerra. Pero, si vas a la guerra sin ejército, ¿qué necesitas? Una convicción mesiánica. La verdad se impondrá por su mera presencia.

Se cuenta que en 2021 Javier Milei conoció a Shimon Axel Wahnish, rabino jefe de la comunidad judeomarroquí argentina (Acilba). En la conversación, Wahnish le señaló que Milei encabezaría un movimiento liberador en la Argentina. La experiencia narrada es la de una revelación. Milei ha pasado por la etapa mística,

su destino ha sido revelado y el éxito no es solo posible, sino perentorio.

La perspectiva mística del judaísmo es revolucionaria, no cree en la calma, sino en el acontecimiento; no cree en el camino, sino en el salto. La prudente ruta del liberal no tiene nada que ver. No han sido pocos los actores políticos, de corte normalmente filoanarquista, que han recurrido al judaísmo. Gyorgy Lukács, Erich Fromm y Walter Benjamin, por ejemplo. Todo esto se fundamenta en el concepto judío de tikkoun, entendido como redención, un momento místico que otorga grandes fundamentos y que, por ello, llena el vacío incómodo de un mundo sin sentido a partir de un mensaje de salvación.

SEGUNDO TEMA

MILEI VERSUS MILEI

MILEI, EL JOKER

«Esas palizas que yo recibía hacen que hoy no le tenga miedo a nada».

JAVIER MILEI

Todo líder con grandes aptitudes tiene su principal enemigo en sí mismo. Aquel jugador que en el juego de la política ha sido capaz de modificar el escenario, ese actor, solo puede haber sido osado para haber llegado hasta ese punto. Pero en su actividad, en su intensidad, en su violencia o desenfreno, es casi indispensable (casi, pues siempre le daremos algunas fichas al azar) que ese líder comprenda la escena donde se ha puesto a apostar y, por tanto, más allá de su radicalidad, ha de ser alguien que haya ponderado variables y construido su osadía pisando la suficiente tierra firme. A eso le llamamos prudencia, la principal virtud del político para los griegos. ¿Y la principal falta? La eventual convicción que asocia grandes capacidades con resultados garantizados. Es cierto que hay grandes individuos en muchos campos que han sido capaces de pagar el precio de su arrogancia con la magnitud de su obra y reconocimientos. Pero apostar en escenarios hostiles es un deporte de riesgo.

Javier Milei es un líder distinto, eso es indudable. No es el tipo de líder que está escuchando en la calle la demanda popular para repetirla en la tribuna televisiva. No significa que no escuche, significa que pone por delante su propia oferta, antes que la demanda del ciudadano. En tiempos de tranquilidad y prosperidad, este tipo de acción política tiene escasas posibilidades de prosperar. Pero sus opciones aumentan cuando el escenario es de crisis económica o institucional. Para el caso, es evidente que el anarcocapitalismo no está en la demanda de la sociedad. Es una gran ironía, pero la mejor palabra que resume a Milei es una

prototípicamente keynesiana: Milei es contracíclico. Las sociedades del mundo estallan en protestas constantes y en gran medida sus demandas son para aumentar la protección. Por supuesto, esto no es automáticamente traducible para un sector, ya que la protección tiene distintas rutas. Desde la izquierda, la protección social. Desde la derecha, la protección ante la migración y la protección ante la delincuencia, el crimen organizado, el narcotráfico, el terrorismo; en resumen, la protección frente a los enemigos. Por supuesto, ambas protecciones (la de izquierdas y la de derechas) tienen su lugar central en el hogar, en la búsqueda de la tranquilidad del hogar, en la construcción de certezas en el escenario (seguridad social) o en las certezas ante el infierno que son los otros (los enemigos). Allí donde los procesos de enemización aumentan, verificamos un aumento del peso de las ofertas desde la ultraderecha.

¿Y Milei? No juega este juego. O juega los dos. Para Milei el enemigo está en el escenario, o es el escenario. Se trata de un protagonista que es al tiempo un pilar esencial de la escena: el Estado. Dijo Milei en septiembre de 2023:

Acá el punto es el siguiente. Reconocer quién es nuestro verdadero enemigo. Nuestro verdadero enemigo es el Estado. El Estado es el pedófilo en el jardín de infantes, con los nenes encadenados y bañados en vaselina.

¿Un enemigo que es escenario? ¿Es un gran logro de abstracción? No, en realidad, más bien es la capacidad de Milei para retomar la larga tradición hobbesiana según la cual el Estado es un monstruo (el Leviatán) que se erige para concentrar el poder delegado por los ciudadanos. Pero si Hobbes convocó a ese monstruo para explicar la necesidad de contar con él, Milei nos dirá que debe ser destruido. No es exactamente así, pues querrá un Leviatán poderoso en seguridad, pero considera que en último término siempre la solución es el mercado. Y para ello, en todo lo que sea posible (que en su opinión es mucho), el Estado (el Leviatán) ha de retirarse.

La propuesta de Milei es revolucionaria. Así es, rompe lo establecido para producir una nueva verdad social.

La propuesta de Milei es conservadora. Así es, conserva lo establecido.

La propuesta de Milei es liberal, en cuanto que individualista y de mercado. Así es, aboga por la libertad total.

La propuesta de Milei es anarquista. Así es, busca la emancipación y la destrucción del aparato estatal.

Milei es una bestia de aliento venenoso, un monstruo multicéfalo, muy difícil de destruir. Milei es la «Hidra de Lerna», una serpiente del inframundo griego. Solo Hércules pudo con ella, habrá que señalar.

Milei no cabe en el bestiario de la política conocida hasta hoy. Es un nuevo monstruo, una nueva creatura. Y como toda novedad que busca vivir en un mundo que no le es apto, ha de ser osado. Pero, ¿cómo compatibilizar la osadía del impugnador con la prudencia del gobernante? ¿Cómo articular la motosierra del candidato con el defensor institucional que exige el cargo presidencial?

Los líderes que nacen de maquinarias políticas pueden vivir en la seguridad, pero no dependen de ellos mismos y por ello no son realmente líderes, y, cuando ostentan un cargo, tampoco son realmente poderosos. Por su parte, los líderes que nacen de un camino propio, hostilizando a través de apuestas, son autónomos, pero carecen de pilares donde afirmarse, tienen menos derecho a los errores y su poder es inestable.

Javier Milei irrumpió en la política argentina con una fuerza y una energía sorprendentes. En menos de dos años se adueñó de la agenda política. Con una campaña amorfa y energética hasta el delirio logró crecer hasta convertirse en un fenómeno mundial.

Milei surgió luchando por cambiar las verdades argentinas. Una de ellas ha sido cambiar el concepto y la relevancia del peronismo. Y es que la historia de Argentina tiene un nombre propio fundamental en los últimos ochenta años: Juan Domingo Perón. Su partido no era el clásico artefacto que la politología describe. El peronismo, más que un partido, ha sido el aire que los argentinos respiran. O respiraban, según como siga esta historia.

Juan Domingo Perón señala en sus cartas haber luchado contra los poderosos internos y externos, nacionales y extranjeros. Javier Milei asume una posición parecida en sus discursos. El plan de situarse como el opuesto a los poderosos que han traicionado al pueblo se vislumbra en ambos. Pero son opuestos. Perón eligió a la oligarquía terrateniente para su crítica. Y Milei eligió al Estado y su

funcionariado, que Milei suele asociar a la izquierda.

Pero la mayor oposición entre Milei y Perón radica en el rol del Estado y las ayudas sociales. Perón tenía un plan muy claro: gastar dinero del Estado en resolver los problemas de los más pobres. Lo explica claramente en carta del 16 de marzo de 1953 a Carlos Ibáñez del Campo, presidente de Chile en ese año:

Yo me decidí por el pueblo abiertamente y comencé filialmente a servirlo con medidas eficaces de gobierno, algunas espectaculares. El resultado no se hizo esperar. En poco tiempo conté con un predicamento popular tal, que toda resistencia quedó anulada, ya proviniese de la oligarquía, de los políticos o del imperialismo que actuaba debido a ellos. Con ese éxito y esa base di vuelta al país, tomé el gobierno integral y realicé una reforma total.

Su pueblo está preparado para todo. Solo le falta el nombre. La providencia ha pensado en usted. No debe tener la menor duda que la oligarquía, los políticos vendepatria y el imperialismo serán sus enemigos. Para vencerlos usted necesita al pueblo y al pueblo se lo gana de una sola manera: luchando lealmente por él. Dé al pueblo, especialmente a los trabajadores, todo lo que pueda. Cuando a usted le parezca que les da mucho, deles más. Verá el efecto. Todos tratarán de asustarlo con el fantasma de la economía. Es todo mentira. Nada hay más elástico que esa economía que todos temen tanto porque no la conocen.

Javier Milei, por supuesto, es todo lo contrario. Para él la ayuda social es el cáncer y el apoyo popular debe provenir del crecimiento económico y de un Estado pequeño y eficiente.

Lo cierto es que anti-Perón se ha construido en una historia que por él no ha pasado. Milei ha sido capaz de evitar respirar el aire del peronismo. No tiene nada de ese aire, nada de ese influjo. Solo rabia y odio contra ello. ¿Cómo ha sido posible? Bosquejamos aquí una historia personal. No es algo que me parezca pertinente en general para el análisis político, pero creo que en este caso vale la pena.

Mucho se ha discutido sobre quién es Milei, mucho se ha hablado de su extravagancia o locura, muchos han planteado por qué y cómo puede Argentina

haber llegado al escenario actual, aún más irracional que su historia, ya pletórica de energías románticas y mesianismos. Y por supuesto, desde hace algunas semanas, mucho se ha hablado sobre el afán de Milei de convertir en un mercado las armas, los órganos humanos o la pérdida de subsidios para los argentinos.

Para examinar el caso Milei planteémonos una pregunta: ¿qué rasgo personal de Milei entroncó con el proceso político de Argentina hasta el punto de que hizo crecer al nuevo líder hasta llegar a ser alguien con posibilidades presidenciales, a pesar de su nula vinculación con las fuerzas históricas de Argentina? Esta pregunta intenta explicar el éxito de Milei.

Vamos entonces a explorar su éxito. Como siempre, un líder nuevo llena un vacío. No hay novedad sin decadencia en la política. Argentina es un país de líderes y el kirchnerismo se ha debilitado como fuerza política capaz de sostener el proceso político argentino. Milei encuentra una élite política en crisis y un país en crisis. Pero ese escenario no explica el porqué. Y es que el discurso no fue solo un discurso libremercadista, no fue solo un discurso friedmaniano, no fue solo una perspectiva minarquista.

El discurso de Milei fue un anarcocapitalismo radical. Y en un país donde el 37 % del PIB es gasto público (es decir, ocupa un lugar de privilegio entre los países con un Estado más grande), esto es llamativo. Como se sabe, los subsidios en Argentina son frecuentes. El gasto en abaratar los servicios básicos por parte del Estado es muy elevado: la electricidad, el gas, el servicio de agua y el transporte son gastos relevantes del Estado, subsidiando, además, la oferta y no la demanda (como se suele hacer en Chile).

Asimismo, como es sabido, la educación pública es gratuita en todos sus niveles por derecho. El concepto de derecho a ingresar sin restricción alguna en la universidad es muy diferente al de la mayor parte de los países y es parte de la presión hacia un mayor gasto. En Argentina una persona que desea ingresar en la universidad no será evaluada con un examen. Tampoco será pertinente considerar su edad, o si ya pasó antes por la universidad. Es un derecho sin restricciones. Y el coste de la comida en la universidad está altamente subsidiado.

Como se puede entender, una revisión somera muestra que Argentina es un país con un Estado de gran tamaño y con mucha participación de subsidios. Argentina está entre los cuarenta países con mayor gasto público. Muchos de los

países que están a su mismo nivel tienen esa dimensión de Estado por razones fácilmente comprensibles: algunos son países en guerra, otros son países muy pobres con economías simples (donde el Estado es clave) o son países con grandes Estados de bienestar exitosos (los países europeos del Estado de bienestar, Francia, España, Noruega y Suecia, entre otros). El caso de Argentina no cumple ninguna de esas características. La pregunta es obvia: ¿cómo es posible entonces que surja Milei en un país así?

Los grandes procesos de malestar social suelen reflejarse en demandas que podríamos llamar «a la menos uno». Es decir, ante el hastío y la rabia por una realidad que no cumple las expectativas y que invita a un constante fracaso, la tendencia de la ciudadanía es aceptar la posibilidad de propuestas que multiplican por menos uno la realidad existente.

Es decir, si la realidad que existe es A, entonces se piensa pasar al escenario «-A» o, para decirlo más claro, se busca hacer exactamente lo contrario a lo vigente. Esto hace relativamente comprensible la deriva sociopolítica argentina. Sin embargo, estos procesos tienen límites importantes cuando se anuncia el fin de los subsidios. Es decir, es más fácil entrar en esta dinámica si lo que hace el oferente (Milei en este caso) es señalar que rebajará y dará gratuidad a más cosas.

Pero, ¿y si el líder que ofrece la transformación ofrece que todo tenga precio de mercado para el cliente final y que no haya beneficios ni subsidios? Es obvio que esto resulta altamente improbable, aunque sea exactamente lo contrario de algo que está mal evaluado. Volvemos a afinar la pregunta. ¿Qué puede explicar la eclosión de Javier Milei si su oferta choca directamente con las formas de gestión actual de los hogares argentinos?

En mi opinión hay dos factores relevantes para comprender en cualquier parte del mundo el fenómeno Milei. Uno es lo que denominaré el fenómeno «contratributario», es decir, la existencia creciente de grupos que deslegitiman la existencia de los impuestos. El otro factor es el paso de la cultura del emprendimiento a un nuevo método de masificación: el pensamiento mágico.

Respecto al fenómeno contratributario, tiene raíces antiguas. Albert Jay Nock, nacido en 1870, publicó hace exactamente ciento un años su primer libro en la línea de lo que luego se definió como anarcocapitalismo. El crecimiento de esta corriente fue escaso, aun cuando el mundo de inicios del siglo XX no les

resultaba adverso, ya que fue uno de los periodos de mayor libre mercado de la historia.

Los anarcocapitalistas pasaron a ser marginales tras la crisis de 1929 (donde la fe en el libre mercado se desploma junto con las economías de decenas de países) y recién retomaron algo de fuerza desde la experiencia chilena y el periodo Reagan/Thatcher de los años ochenta. Pero esas experiencias fueron de visiones más radicalizadas de la perspectiva «neoclásica». Y eso, para un anarcocapitalista, es como si Lenin pudiera considerar a un socialdemócrata un socialista.

Pero dado que los países más desarrollados del mundo suelen tener un alto gasto estatal, no ha sido una tesis demasiado presente. Por una serie de razones, la crisis de 2008 (una evidente crisis de especulación por alta desregulación del sistema financiero) no condujo a políticas más restrictivas, sino que se ha abierto quince años después una creciente orientación a considerar que los impuestos pueden ser innecesarios o incluso atentatorios con los derechos.

En su versión más radical, volvemos a la tesis de Frank Chodorov (discípulo de Nock), que planteaba los impuestos como un robo. Es lo que ha dicho Milei reiteradamente desde agosto de 2021. Como hemos dicho, Milei se inscribe en la tradición de la escuela austriaca de economía, una de las más reputadas dentro de las corrientes liberales. El principal nombre de dicha escuela es Friedrich von Hayek, quien es bastante radical en diversas posturas (no hablar sobre democracia, por ejemplo), pero ni siquiera él defiende la tesis del robo. Solo señala que los impuestos deben ser simples y proporcionales, evitando la individualización de casos en sus definiciones. Quizás en lo que Milei tiene más sintonía real con Hayek y la escuela austriaca es en la posición sobre el banco central, respecto al cual ambos coinciden en su carácter innecesario y, peor aún, de fuente de grandes distorsiones monetarias. De todos modos, Milei todavía no ha entrado en el terreno de qué hará con el banco central de Argentina. Es esta una pregunta pendiente y no son pocos, desde la derecha argentina, los que consideran que esa discusión no aparecerá de manera real en el Gobierno.

Pero volvamos al tema de los impuestos. El fenómeno que llamo contratributario debiera llamar la atención políticamente. En mis investigaciones he visto que es posible que estemos ante una fractura, con lógica o sin ella, donde los impuestos y el tamaño del Estado, de un lado, y la protección social, por el otro, no sean asuntos que se encuentren vinculados en la discusión pública, o que, al menos,

no se haga esa asociación a nivel intelectual. Es decir, que es probable que la población de muchos países quiera más gasto público y menos impuestos.

Ahora bien, probablemente se pueda verificar desde ya algo. En sucesivas investigaciones hemos encontrado con mi equipo el fenómeno de la no integración a nivel cognitivo entre el derecho a acceder a los beneficios de lo ganado privadamente y el derecho a acceder a los beneficios del Estado. Incluso hemos visto, desde hace ya años, que se puede considerar adecuado al mismo tiempo regular los precios de todos los productos del mercado, pero no el del trabajo. Es decir, se puede desear una regulación de todo lo que compro, pero no de lo que vendo.

Estas disonancias cognitivas podrían estar dando espacio al discurso del estilo Milei. Pero podemos ir más lejos. He dicho que hay pensamiento mágico asociado. Y no es solo porque se haga posible el doble pensar (pensar una cosa y su contraria a la vez), sino porque la cultura del emprendimiento ha llegado a un nuevo estadio en el desarrollo de la fantasía.

No olvidemos que, en la sociedad del espectáculo, la función de la fantasía ha resultado sorprendentemente relevante en cuanto que herramienta política. Al respecto, la fantasía del acceso a la riqueza ha sido clave. Margaret Thatcher señalaba que atentaba contra el pensamiento liberal la idea de que el éxito es como una montaña, en cuya cumbre hay poco espacio y donde pocos pueden llegar. Ante la necesidad de mayor fe en el progreso personal, romper esta convicción ha sido desde siempre un esfuerzo liberal. La cultura del emprendimiento ha ido dando pasos en esta dirección.

En muchos aspectos esa cultura es un aprendizaje relevante para quienes desean emprender, pero hay parte de ese discurso que es más bien una cubierta fantásica. Eso perdió fuerza durante algunos años, pero está de vuelta, sobre todo con los contenidos de las redes sociales actuales, donde la oferta de producir y ganar altas sumas de dinero suele hacer referirse al resultado de un mero cambio de mentalidad o a aprendizajes asociados a grandes tótems de la innovación y el desarrollo: la inteligencia artificial, las criptomonedas, la digitalización en general, la neurociencia o la física cuántica, en fin. Se ha llegado lejos.

Es así como la promesa profética de la riqueza se llena de absurdo. Quienes organizan eventos online con miras a aumentar la rentabilidad de su negocio

saben que, si promocionan diciendo frases como «si tienes un millón de dólares para invertir y quieres tener alta rentabilidad, inscríbete aquí», lo que ocurrirá es que llegará mucha gente y la mayoría no tendrá ni el 5 % de esa cifra. El millón de dólares es la referencia al éxito. Y por eso convoca público que está dispuesto a dejarse seducir para eventualmente pagar un curso, nada barato, donde aprenderá a gestionar una riqueza que no tiene. El nivel de oficialización de esta perspectiva es alto. Te puedes graduar en estos temas.

Hay programas de estudio como este: «Máster en neurociencia, neurotalento y coaching empresarial», o centros formativos de Neuroscience business school. El MIT, segunda institución universitaria del mundo, tiene programas asociados. Se habla ya de la disciplina de neurociencia empresarial, orientada a aumentar el rendimiento de los trabajadores o emprendedores mediante un acceso al estado de flujo. Hasta aquí me refiero a la versión sofisticada de este pensamiento.

En la base de la pirámide de la calidad de estos argumentos se llega a los delirios más sorprendentes. Incluso se ha puesto de moda el concepto de «disrupción». Las ideas de negocio disruptivas son un tipo de innovación que trae una nueva tendencia o tecnología a un mercado. «Disrupción» describiría un proceso mediante el cual una empresa más pequeña y con menos recursos puede desafiar con éxito a las empresas establecidas.

Esta idea, por ejemplo, no solo cambia el concepto «disruptivo», que normalmente se refiere a romper con violencia, sino que lo usa para señalar la situación organizadora según la cual sería posible competir de pequeño a grande con posibilidades realistas y con base en criterios de creatividad que no son propiamente creativos, sino que son fórmulas ya conocidas. Luego se vende un curso donde se enseña a ser creativo y disruptivo, con criterios generales que cualquiera puede utilizar. Muy extraño. Es el Everest plano, la montaña mágica de nuestra época.

Como suele ocurrir, cuando una persona o un pueblo están pasando un mal momento, las hipótesis más enrevesadas caben en su repertorio de acciones posibles. Es comprensible, pero no es lógico. Cuando se pasa por un mal momento se piensa, por ejemplo, en grandes soluciones, en jugadas improbables que lo cambien todo de una vez. Eso que llamamos «neoliberalismo», como modelo específico dentro del capitalismo que evoluciona fundamentalmente hacia la desregulación de mercados y la reducción del Estado, y puede transformarse (como toda perspectiva política e ideológica) en su propia versión

patológica, puede tornarse un asunto psiquiátrico.

Creer que romperlo todo, que cerrar el banco central y que pasar de un Estado grande a uno exiguo constituye una ruta de salvación, creer que eso no tendrá una transición altamente dolorosa, es parte del cóctel de irracionalidad que se despliega hoy con Milei en Argentina. Pero detrás de esa posibilidad está la convicción de millones de personas en todo el mundo que creen que todo es más simple y que la altísima complejidad de la sociedad actual debe ser reducida a decisiones simples que se han de imponer (y este verbo no es abusivo). Y es así como una convicción apresurada y la ilusión de una fácil solución pueden ser un cóctel imposible de resistir para una población que construye una compulsiva esperanza ante la pérdida de ella.

Javier Milei y su discurso anarcocapitalista cayeron en territorio fértil por condiciones generales de pérdida de sentido y de sensación de agobio ante la experiencia económica cotidiana. Argentina había recorrido muchísimas esperanzas en forma de Estado y no tantas en forma de mercado. Apareció un tipo, una caricatura de un académico minarquista, y sorprendentemente todo giró. Apareció un profeta de la riqueza, sin duda. Y no parece del todo extraño que un profeta de la riqueza y del mercado tuviera alguna posibilidad de florecer como líder en un país en caída económica. La oportunidad estaba abierta. Macri había tenido su opción. Y aunque Macri es un reputado millonario y Milei no lo es, la esperanza de la fortuna no tuvo éxito con el empresario. Fuera de pronóstico, Milei se ha llevado el cetro.

Lo aquí señalado hasta ahora responde la pregunta que nos hicimos, pero solo en la dimensión social y política. El asunto es más intrincado. Hay rasgos personales sobre la mesa.

Como he dicho, es desagradable, al menos para mí, hacer juicios sobre condiciones personales de un actor político. Los evito todo lo que me es posible. Pero en este caso la situación lo justifica. Y es que resulta evidente que Milei es algo más que un showman extraordinario, que lo es. Y es algo más que un fabulador impenitente, que lo es.

Javier Milei es, en primer lugar, un líder carismático y, como tal, su condición personal es lo principal que hay que analizar. No hay forma de dejar de lado esa dimensión cuando el poder de ese liderazgo reside fundamentalmente en su propia personalidad. Pero, en segundo lugar, la dimensión personal es importante

porque Javier Milei es ostentosamente una persona perturbada psicológicamente. Su comportamiento es disruptivo en el sentido psicológico (existen los trastornos de conducta disruptiva). La disrupción se refiere en este caso al descontrol emotivo y la traducción de ese descontrol en el comportamiento, que se torna desafiante a la autoridad, hostil, insultante, provocador, con grandes crisis de enfado, eventualmente conductas violentas contra terceros o incluso en contra de sí mismo.

Estas conductas psicológicamente disruptivas seguramente están asociadas a la experiencia vital de Javier Milei. Fue un niño maltratado por sus padres: un padre golpeador, una madre cómplice. ¿Se entiende por qué su hermana se puede transformar en su mente en un personaje mesiánico para el candidato? Él es candidato a mesías del pueblo, pero él, a su vez, tiene su propio mesías (su hermana).

Hablamos de alguien que dice que no permite entrar a nadie en su casa, que adora y busca comunicarse con su perro fallecido, que ha terminado por clonar a ese animal para poder estar físicamente con él, que señala que su hermana necesita un difusor de sus ideas porque ella es como Moisés, «un gran líder que no es bueno divulgando», y que él cumple ese rol. Vemos aquí al líder explicitando su posición de un niño que solo está allí para cumplir el rol de otro, que puede lograr grandes triunfos, pero que dichos triunfos no serán suyos. Es alguien que se ve realizando algo importante, y aunque habla permanentemente de su propio talento e impronta, al final solo se refugia en que sirve a otro que es quien manda.

Diego Giacomino, antiguo amigo de Milei y con quien rompió relaciones, ha señalado que Milei lidera una construcción violenta, que pasó de enseñar a lanzar eslóganes a reunir una masa de gente que sigue al líder sin querer pensar. Giacomino se ha escandalizado con las imágenes del león, con Cristo, con el cielo, donde todo es mesianismo.

Javier Milei es un hombre inteligente y solitario, un hombre triste y dañado, un místico que escucha mensajes y voces que hasta lo interrumpen en medio de la televisión, en el momento decisivo. Es ante todo un hombre extraño, cuya violencia esconde una gran sensibilidad descontrolada. Un hombre que esconde dolor y temor. ¿Qué hace un hombre así yendo a gobernar un Estado con enormes presiones sobre sus hombros? ¿Qué hace Argentina allí, caminando en su ruta?

Javier Milei es lo contrario de un político, es lo contrario de un presidente. Es el hijo de un dolor mal manejado, es todavía hoy un niño doliente que disfrutó del éxito y que está condenado al infierno psicológico de la política, que siempre es fracaso, ya sea en lo electoral o en la gestión del Gobierno. Javier Milei se ha arrojado al mismísimo infierno para una persona dañada: la alta política. Y ha tenido la desgracia de caer de pie, de soportar ese golpe, de vivir en ese mundo y poder crecer de manera sorprendente. Una gran fortuna que esconde una tragedia.

Javier Milei hizo todo por boicotear su campaña. Pero está claro que, como tantas veces en la historia, la dura actividad política ha encontrado virtud en el desorden psicológico de un hombre y lo ha convertido en líder. Puede que su Gobierno nos haga llorar por Argentina. Pero hay algo que ya no es eventual, algo que es seguro. Desde ya debemos llorar por Javier Milei, que pase lo que pase habrá agrandado la profunda herida nunca cicatrizada que altera su alma. No es una ironía.

Parte de mi vida personal, junto con mi esposa (a quien debo gran parte de esta reflexión), se concentra en atender los caminos que toman quienes han tenido experiencias graves de vulneración en su infancia. Veo a Milei y veo al Joker y veo a miles de niños de los servicios de protección de menores en el mundo. Javier Milei fue golpeado duramente por sus padres, eso es lo único que ha confesado. Y alguna otra anécdota sobre maltrato. Pero su distancia histórica con sus padres podría señalar que hubo situaciones peores; su amor religioso por su hermana también es una señal llamativa. Milei es un niño dañado que ha buscado la fama, como el Joker.

Milei es un Joker que no se indigna ni se frustra cuando el Estado le niega los medicamentos porque su programa de atención se agotó. Milei lo celebra. Milei se alegra de que todos los niños dolientes del mundo queden a la intemperie, como él quedó. Se alegra de que no haya ningún apoyo, como él lo sufrió. Se alegra de que esos niños, con el alma dañada, tengan que salir a ganar una guerra en vez de hacer una vida. Él fue desprotegido. No lo cuidaron sus padres ni lo cuidó el Estado. ¿Y qué quiere para Argentina? Lo mismo que él sufrió.

Milei convertido en presidente es un paso más, un paso tan exitoso como triste, de ese niño llamado Javier Milei. Y quizás esa es la verdadera disrupción del caso Milei, un niño abandonado que amenaza al mundo y que sostiene una motosierra porque solo le queda ser peligroso para ser importante. Una historia

de los niños abandonados del mundo, una versión extravagante de un fracaso en la protección de la infancia. Y más aún: la construcción de un líder cuya única necesidad es anestesiar su dolor reemplazándolo con un nuevo y más glorioso horror. Y en esto Milei es socialista, porque quiere que el horror sea de todos.

TRUMP, MILEI, MUSK Y OTROS CHICOS DEL MONTÓN

«Trump: ¡Make Argentina great again! Milei: ¡Viva la libertad, carajo!».

Diálogo en CPAC el 24 de febrero de 2024

Suena altisonante, pero es solo cierto. Vivimos el apocalipsis de nuestra era. Sí, suena desorbitado y exagerado. Pero es cierto que vivimos la mayor crisis de Occidente como civilización, camuflada en una crisis militar y geopolítica de unos países que usan el concepto de Occidente para revestir sus intereses políticos. Pero, se vea como se quiera, está claro: vivimos la mayor crisis de Occidente. Y estamos en ese interregno que es propio de la crisis. Y este hiato está hecho de confusión, destrucción y revelaciones del pasado y del futuro.

Normalmente la palabra apocalipsis podría dar buena cuenta de momentos de este orden, pero se suele producir la confusión porque pensamos que ese capítulo del Antiguo Testamento habla del fin del mundo. Y sí, pero se trata de la revelación de ese final, su tema es la profecía, no el hecho.

Como en todo proceso social, algunos nombres propios condensarán la fuerza del proceso constructivo o disruptivo que se habita. Javier Milei ha empezado a ser uno de los nombres principales de este proceso.

Milei es lo mismo que una protesta. Lo mismo, pero en una extraña versión de tecnócrata convertido en político. O devenido en showman. O tecnócrata sin conciencia de clase. El caso es extraño. Es una metamorfosis. Al principio de este libro, el epígrafe principal es una cita modificada de La metamorfosis de Kafka, una referencia al primer párrafo de la obra, uno de los primeros párrafos

más famosos de la historia: «Al despertar, luego de un sueño intranquilo, Gregorio Samsa se encontró sobre su cama convertido en un monstruoso insecto». Recuerdo la cita y siempre que analizo un personaje me pregunto: ¿cuál sería su despertar ominoso? Y me pregunto sobre Javier Milei. ¿Cuál sería la forma de la repugnancia que representaría el momento de despertar convertido en aquello que Milei odia o repudia? Hay personas que esa respuesta la tienen a flor de piel. O se conocen muy bien o son muy simples, quién sabe. Pero tienen la respuesta. Milei es uno de ellos. Para Milei el horror de una mañana de metamorfosis sería ser estatista, defender al Estado, ser parte del Estado. Y, pues bien, la tragedia ha ocurrido. En la tragedia griega el personaje principal, el personaje trágico (Edipo, por ejemplo), ejecuta su propia tragedia, es decir, que él mismo es el actor que produce, con sus decisiones, el horrible trance. Sin embargo, Edipo (seguimos el ejemplo) no sabía que al matar a un hombre mataba a su padre y que al desposar una mujer se casaba con su madre. Es decir, efectivamente, ejecutó su propia tragedia, pero sin saberlo. Pero el caso de Milei, cómo iba a ser de otra manera, lleva la tragedia al absurdo. Y es que Milei, efectivamente, es el protagonista de sus actos, que lo llevarán a metamorfosearse en aquello que odia, pero Milei ha deseado ser lo que odia. Por eso tiene algo de personaje trágico, de héroe y de personaje de comedia. Pues bien, hoy está a cargo del Estado. No será ideológicamente estatista, pero está obligado a serlo.

Milei es una protesta. Pero, a la vez, es lo contrario. Vivimos en una era de contradicciones. Las élites económicas se fracturan y en muchos casos están en contra de las élites políticas. El liberalismo económico choca con el liberalismo político. Y lo corroe. China se ríe soterradamente de Estados Unidos, pues su criatura económica está matando a su criatura política. Habitando en una contradicción, muchos dudan. Incluso a quienes el orden global propio del liberalismo les conviene comienzan con remilgos y distanciamientos. Las grandes corporaciones tienen demasiados costes para este giro, pero los millonarios que no dependen demasiado de la política han ido girando hacia una perspectiva de distanciamiento con las élites políticas. Defender a Naciones Unidas es hoy una perspectiva mal vista desde gran parte de la derecha global. La Agenda 2030 de Naciones Unidas es fuertemente cuestionada. ¿Qué tiene de raro? Si usted considera que la pregunta no merece existir, entonces le informo de que hay un mundo enredadísimo detrás de esa pregunta.

Las élites políticas vienen de salvar a las élites económicas hace menos de veinte años, absorbiendo el coste de legitimidad de esa situación. La globalización es un gran aliado de los procesos de profundización del capitalismo actual. Las

legislaciones del mundo se han consolidado en una búsqueda de facilitar el movimiento del capital. Y en Occidente eso se ha hecho intentando compatibilizar dichos flujos con el desarrollo de las democracias y ciertas bases de derechos sociales que eviten las fricciones del malestar social. Pero las élites económicas consideran que las élites políticas las atacan y les han hecho daño. ¿Cómo es posible tanta confusión?

El proceso de globalización tiene una asimetría: es intensísimo en términos financieros, intenso en términos industriales y comerciales, moderadamente fuerte en términos políticos y débil o inorgánico en términos culturales. Esto último es muy importante: los valores de nuestras sociedades globalizadas no son comunes. Por desgracia, las mediciones de globalización cultural son metodológicamente inapropiadas.

Este desequilibrio del proceso de globalización ha tenido sus costes. El primer ministro del Reino Unido David Cameron asumió algo que probablemente cualquier político habría asumido: que la tesis de abandonar la Unión Europea no era masiva. Y entonces decidió convocar un referéndum para no desgastarse en la discusión. Corría 2016 y la discusión en Inglaterra creció en torno a la posibilidad de salir de la Unión Europea. La campaña fue conocida mundialmente como brexit. En el plebiscito, que generó impacto mundial, el 51,9 % optó por abandonar la Unión Europea. La élite del Reino Unido quedó estupefacta; la élite mundial, también. Las sorpresas comenzarían a recorrer el mundo desde entonces. El malestar social campaba.

Las razones son múltiples. Una de ellas es que los beneficios económicos del proceso de globalización son más evidentes para quienes se encuentran en la élite global. Y no es extraño que sea lo contrario (es decir, que resulte perjudicial) para quienes no son parte de esa élite global. Pero el problema es mayor. Porque el volumen de transformaciones que la globalización produce es enorme y, además, se trata de situaciones muy visibles: migración de trabajadores, movilidad del crimen organizado y tensiones urbanas de distinta índole son algunas de sus consecuencias. Pero hay más. Habrá que decir que las élites políticas del mundo, sobre todo desde la izquierda, asumieron que la necesidad de profundizar culturalmente la globalización se podía hacer a partir de una lista de supermercado de cambios culturales inorgánicos y sin base en los procesos valorativos de las sociedades. Se creyó que se podía conducir un cambio cultural. Y esa lista de supermercado de nuevos valores e ídolos se convirtió en una fractura para la globalización política y la cultural. Desde que

esa agenda se ha profundizado, las tensiones y la inquietud han aumentado, hasta el punto de que es dudoso pensar, como lo pensó Habermas en los años noventa, que la «democracia» es un valor globalizado, un resultado ya consolidado del proceso de deliberación mundial. Gran cantidad de países democráticos se han estancado en su evolución, muchos han aumentado su carácter represivo y la mitad de las democracias están en retroceso (esto señala el informe El estado de las democracias en el mundo del año 2022).

Se podría abundar en detalles. Pero lo cierto es que en este escenario han surgido líderes de gran extravagancia. Donald Trump ha triunfado (incluso cuando ha perdido) contra Hollywood, contra Wall Street, contra los medios principales de Estados Unidos y contra las instituciones mundiales. De acuerdo, entonces debo asumir que es un líder disidente. Es cierto, pero al mismo tiempo es falso. ¿Qué defiende Trump? Hacer de nuevo grande a Estados Unidos, retornar al pasado. ¿Quiere menos capitalismo? No. Quiere más. Pero es un líder disidente, hasta tal punto que creció en contra del partido donde milita, el Partido Republicano, que no lo quería como candidato para las elecciones de 2016 y tuvo que aceptarlo por su éxito en las primarias. El mundo financiero no lo quería. Todo indica que los servicios de inteligencia norteamericanos tampoco. Aparentemente, tuvo el apoyo de Rusia, quizás incluso de sus servicios de inteligencia. Pero, ¿es un disidente? Si lo es, ¿de qué? Trump defiende los valores conservadores, defiende la búsqueda del retorno a los Estados Unidos históricos, el país del sueño americano, del éxito económico. Pero ese país, para ser aquel, se fue forjando imperio global. Y Trump no quiere eso. Prácticamente desatiende su agenda global. Cuando quiso que cayera el Gobierno de Venezuela, dio un paso. Pero apenas vio que podía generarse un conflicto mayor, dejó a la oposición venezolana sola. Y como dicha oposición es bastante inútil, sencillamente no pudo llevar a cabo un golpe de Estado. Esa es la verdad, de la que Putin se burló señalando que Guaidó levantó sus ojos al cielo el 23 de enero de 2019 y, dirigiéndose a Dios, se autoproclamó «presidente encargado». Pero (agregó Putin) «Dios no nos comunicó cuál fue su reacción a este mensaje, no nos dio ninguna señal, por eso creo que debemos volver a esta tierra pasajera y llena de pecados y guiarnos por los procedimientos democráticos». Pues bien, ante ese escenario Donald Trump no dudó en dejar solos a los venezolanos opositores, como también a los presidentes de Chile y Colombia (Sebastián Piñera e Iván Duque, respectivamente) que esperaban obtener réditos de la que consideraban una segura caída del Gobierno venezolano de Nicolás Maduro en 2019. Todos pensaron que Trump defendería su apuesta política cuando, en septiembre de 2018, personalmente señaló que «todas las opciones están sobre la mesa. Todas.

Las fuertes y las no tan fuertes», agregando: «Vamos a ocuparnos de Venezuela». Es razonable que otros líderes se hayan subido al carro de esta segura victoria norteamericana: las palabras de Trump no merecían doble interpretación. Pero Trump es un vociferante y en sus gritos sí habitan la confusión y el doble actuar. Trump, como Milei, es un síntoma del extraño mundo en que vivimos: Donald Trump defiende el capitalismo con claridad, pero no tiene un apoyo sólido de los capitalistas financieros, que son el corazón del capitalismo. Pero sí tiene una relación fluida con los defensores de un capitalismo financiero aún más intenso, como son los libertarios y aquellos que provienen de la cultura económica más fuerte en Silicon Valley. Lo explicaremos.

Llama la atención desde hace años la «subcultura» de Silicon Valley, lugar que se sitúa al sur de la bahía de San Francisco y que, luego de una alta concentración inicial de fabricantes de chips de silicio, se convirtió en el centro por excelencia de la alta tecnología. Hoy, cuando se habla de negocios tecnológicos en Estados Unidos, se suele considerar el nombre de este sector como la forma de referirse a toda la industria tecnológica. Lo cierto es que en ese lugar se han ido consolidando una cierta base cultural anarcocapitalista y un discurso del emprendimiento y las tecnologías como víctimas de los burócratas. El profesor de Stanford Adrian Daub ha analizado esta situación y señala que se produce la paradoja de estar en un ambiente altamente competitivo, pero donde los actores de ese escenario asumen el rol de víctimas de la situación. Ven que los periodistas, políticos y haters de redes sociales pretenden destruirlos. Ellos toman la filosofía más radical que establece que el egoísmo es la principal virtud a la que puede acceder el ser humano. Muchos han seguido a la destacada filósofa Ayn Rand, quien consideraba que el amor al prójimo por encima del amor a uno mismo es tan imposible como inmoral. ¿Cómo imaginan estos emprendedores que pueden demostrar la importancia que tienen para el mundo? El mejor ejemplo lo encontramos en el libro de Rand publicado en 1957, *La rebelión de Atlas*, en que se cuenta la historia de un hombre capitalista que organiza un movimiento de empresarios para protestar contra «los saqueadores» (políticos y gobernantes, defensores del socialismo). Este movimiento de empresarios de pronto avanza a la huelga de los grandes emprendedores y el mundo decae. El mundo pierde su motor, imagina Rand. Es una «huelga de los propietarios».

Daub añade que en este contexto se levanta un discurso mesiánico según el cual los líderes de esta industria son vistos como voces proféticas. En este centro de innovación, el más importante del mundo, cunde la profecía milenarista de la

conquista del automatismo total, de sociedades que pueden funcionar sin ningún diseño humano, con la mera conducta egoísta de por medio. Es la mano invisible, pero gigantesca, no para hacer un pequeño ajuste, sino para transmutar la materia caída y putrefacta en oro. Peter Thiel, el principal inversor en Silicon Valley, fue fichado por la primera candidatura de Trump. El lema de Thiel es «nada contra corriente». ¿Se puede nadar contra corriente si estás sobre el flujo del dinero del mundo? ¿Es real que ganarás chocando con el río y no navegándolo? Thiel ha dicho: «No creo que democracia y libertad sean compatibles», en un escrito para el Instituto CATO (uno de los think tanks del mundo libertario económico). Es lo que piensa Thiel, quien ha señalado que estamos en una carrera de gran velocidad donde la clave sería fundar la «máquina» que permitiera proteger al capitalismo de todos los ataques. También ha denostado las universidades, considerando que es mejor retirarse de ellas que permanecer en ellas. Thiel ha encargado análisis de cómo generar formas de gobierno autónomas en el mar, que no dependan de los Estados nacionales. Por supuesto, es fanático de las criptomonedas, y también, aunque menos digerible para los liberales, considera que los monopolios basados en el éxito no deben ser atacados exigiéndoles competencia.

Esta cultura de Silicon Valley ha ido permeando el mundo. Hace cinco o diez años era desconocida y muy limitada fuera de ciertos círculos. En Europa era definitivamente desconocida. Hoy crece a punta de enseñanzas de emprendimiento y de consejos que proliferan en redes sociales, calculando cuánto ganarás sin pagar impuestos. Los negocios «disruptivos» están de moda.

Elon Musk es el símbolo de este nuevo tipo de empresario. Por supuesto, Musk, Zuckerberg y Bezos, en fin, todos ellos, juegan a la política, pero lo hacen para minimizar el Estado. Musk ha buscado evitar las regulaciones siempre (y promoverlas a su competencia). Ha intentado montar un servicio de satélites baratos «a orilla de playa», es decir, muy cerca de nosotros, tan cerca que interfieren en los observatorios astronómicos. Además, dado que la proximidad le quita apertura del ángulo, la señal de cada satélite puede cubrir espacios pequeños, por lo que necesita miles de satélites. Al principio dijo cien mil; luego, treinta mil; de momento, funciona con menos de diez mil. Esos satélites duran pocos años y caen al mar. La NASA ya ha señalado que hay basura espacial en exceso, en referencia a estos aparatos. Todo eso ocurre porque Musk desea un sistema sin regulaciones, en rigor, sin control público ni privado. La única empresa que ha formado que cotiza en bolsa, y, por tanto, sus informes son revisables, es Tesla. Las demás empresas son una caja negra.

Musk es rápido, es inteligente, miente y distrae. No le preocupan las finanzas, cree en la velocidad y en la influencia. Al igual que a Milei, no le importa el significado: apoyó a Ucrania otorgándoles internet, luego detuvo un ataque fundamental de Ucrania a Rusia dejándolos sin internet. Luego apoyó a Palestina, les dio internet en la franja de Gaza, y, finalmente, visitó a Netanyahu y terminó aliándose con Israel. Sus movimientos son poco delicados. La compra de Twitter fue una locura: pagó por error propio una cifra sideral, luego inventó que un nuevo modo de gestión debía imponerse (solo porque no podía pagar los sueldos de tantos empleados) e incluso le cambió el nombre a la red social, un nombre emblemático que era, además, dueño de un verbo usado internacionalmente (tuitear, en español). Nada tuvo sentido. Pero es visto como un ganador en esa historia confusa. ¿Por qué? Si alguien juega a la velocidad y nadie puede seguirlo, entonces aparece como ganador.

Milei ha comprendido la tesis de la velocidad de Musk. Trump tiene excelentes relaciones con el mundo anarcocapitalista y con Musk. Pero intelectualmente Trump no tiene eje, es un pragmático altisonante. Milei y Musk se entienden. Y no solo se entienden: son aliados. La creciente relación de Musk con el trasfondo del poder burocrático y militar de Estados Unidos es una señal interesante. Musk ha sido un crítico muy ácido del Gobierno de Biden y de los demócratas; sin embargo, en pleno Gobierno demócrata, su empresa Starlink obtuvo por vez primera un contrato de seguridad importante en el marco del sistema de defensa de Estados Unidos. No es poco. La llegada de Trump a la Casa Blanca permitirá otro crecimiento para Musk.

Musk y Trump están jugando muy juntos. Pero Musk y Milei, también.

En 2023, Musk intentó bajar el extraordinario precio del litio afirmando que el litio, en realidad, es muy abundante en el planeta. Es curioso, quiso decir que había información imperfecta sobre el litio, ya que el precio venía de llegar a su punto más alto en la historia. Y claro, es cierto que el litio es abundante, pero hay mucho en roca, que es difícil de extraer, o en arcilla, que es también difícil de sacar. El litio más eficiente en producción es el que está en salares, como en Argentina, Chile y Bolivia, en el famoso «triángulo del litio». En Argentina, sin mucha tradición minera, hay pocas regulaciones. Y Musk ya ha señalado que le interesa, a mediados de 2024, visitar Argentina para comenzar allí un proyecto de tamaño gigantesco.

Musk parece haber apoyado la candidatura de Milei desde el principio. Tucker

Carlson, contratado por X (ex-Twitter) para realizar entrevistas, decidió comenzar su trabajo con Javier Milei. En su introducción el periodista señaló que a Milei lo tratan de loco, pero, en realidad, parece ser el más cuerdo. Luego se publicitó la entrevista como la más vista de la historia, por el número de reproducciones. Es fácil comprender que calcular la visibilidad por las reproducciones es algo metodológicamente inadecuado. Luego, Musk no solo felicitó a Milei por su discurso en Davos, sino que publicó una polémica fotografía donde la exposición de Milei era equivalente a una hermosa mujer montada sexualmente sobre un hombre. Musk escribió en la red social de su propiedad simplemente «so hot» (mucho calor) en referencia a lo que le calentaban las palabras de Milei.

Solo un apunte más: el ya mencionado periodista Tucker Carlson ha entrevistado no solo a Milei, sino también a Putin, en una entrevista cómoda para el líder ruso. El acercamiento a Rusia, que Trump ya había realizado con anterioridad, plantea un debate interesante y un desafío para el análisis político. Ese acercamiento puede ser solo de Musk. Pero puede ser que Trump esté interesado en despejar un escenario que se vislumbra muy negro, con amenazas nucleares inclusive. Por supuesto, si Putin amenaza solo hay dos alternativas: o es completamente cierto o es completamente falso. Es posible que, a sabiendas de una pacificación inminente, Putin levante la voz para dotar de heroísmo a todos aquellos que forjaron la paz.

Volvamos a las conferencias internacionales de inicio de Gobierno de Milei. Hemos hablado de Davos, pero también Milei asistió a la Conferencia Política de Acción Conservadora (CPAC) que se realizó a finales de febrero de 2024. La estrella fue nuevamente Milei. Estaban invitados, sin mucho orden en la clasificación, personas muy distintas: el ultraderechista español Santiago Abascal, el presidente Javier Milei (Argentina) y el presidente Nayib Bukele (El Salvador). Milei tenía el último discurso, es decir, era el principal expositor, por encima incluso de Donald Trump.

Tanto el anfitrión como los invitados solo tienen en común el enemigo político: se trata de nombres que molestan gravemente a la izquierda. Pero la clasificación de todos esos nombres en conjunto no es obvia para nada:

a) Donald Trump ha avanzado con un proyecto nacionalista y cristiano

protestante y una identificación con la raza blanca (un retorno al clásico acrónimo de la población dominante de Estados Unidos conocido como WASP). Ha rechazado, en general, la construcción de rutas multilaterales a nivel internacional, criticando a la Unión Europea, a la OTAN y el Acuerdo de París, entre otros. Se le ha considerado un enemigo del liberalismo político por haberse acercado a posturas de carácter autoritario y a propuestas cercanas a los grupos iliberales. Utiliza el criterio de distinción pueblo/élites para generar sus denuncias, pudiendo ser caracterizado como populista. Es negacionista del cambio climático, llegando a decir respecto a un informe de la propia Casa Blanca, donde trescientos científicos entregaron dos mil páginas de datos: «No me lo creo».

b) Nayib Bukele estableció políticas de seguridad superrepresivas, lo que ha sido criticado por las izquierdas del mundo, pero aplaudido por las derechas. Su gestión económica tiene elementos combinados de izquierda y derecha. Es un activo promotor de políticas para combatir el cambio climático.

c) Santiago Abascal es un claro ultraderechista tradicionalista, católico y unitarista respecto a las naciones españolas. Es un clásico neoconservador, con alta intensidad en su discurso en contra de las diversidades sexuales. Ha sido confuso respecto al cambio climático, sosteniendo un discurso primero cercano al negacionismo y luego incorporando la tesis de una España verde para su gobierno.

d) Javier Milei es un anarcocapitalista. Aunque su discurso económico es liberal, en rigor es un ultraliberal en términos de mercado, pero tiene visiones más conservadoras a nivel político y valorativo. Ha crecido subrayando la distancia entre pueblo y élite, optando así por el recurso populista. Es un negacionista del cambio climático y considera que cualquier problema ambiental es porque hay poca propiedad privada en algunos lugares.

En la CPAC también participó el hijo de Jair Bolsonaro, anterior presidente de

Brasil y posible candidato presidencial. No tuvo mayor impacto, pero será un personaje relevante en el futuro inmediato. Como se sabe, Bolsonaro impulsó una impronta autoritaria en su Gobierno y fue muy criticado por generar crecimiento económico depredando la selva amazónica.

El discurso de Milei en esta conferencia fue un éxito, aunque repitió la receta de Davos, con los contenidos calificativos de heroísmo para los empresarios, el recuerdo de la Argentina mítica rica por el liberalismo de finales del siglo XIX y un intenso ataque al socialismo. De cualquier modo, vale señalar que la emoción de Milei al estar junto a Donald Trump era increíble. En los saludos protocolares, cuando Milei se acercó a saludar al candidato republicano, «parecía un niño saludando a Messi», como dijo un analista. Donald Trump comentó una semana después lo mucho que estimaba al presidente argentino y la razón fue simple: «Lo amo porque me ama».

MILEI Y EL DILEMA DE LA ESTABILIDAD

¿Puede un país encontrar estabilidad sin cierta densidad de política pública y sin cierta densidad de políticas sociales? El minarquismo, que es el momento en el que se encuentra Milei aun cuando no sea su doctrina, es, en realidad, una referencia a la medida de lo posible. Pero lo posible es flexible. Una fuerte demanda social sobre alguna temática que amenace con contagiar de inestabilidad a todo el sistema termina siempre en reformas que modifican los derechos. La jornada laboral de ocho horas fue una demanda muy extendida hace más de un siglo y solo avanzó en la medida en que era inviable sostener un régimen distinto. Las condiciones políticas han sido y serán la clave de todo proceso. Milei no lo dirá jamás, pero seguramente lo sabe. No cree en ello, no es Perón; de hecho, es todo lo contrario. Pero lo sabe y tendrá que administrar su Gobierno con las reglas de la historia. ¿Será cierto que no cree en esas reglas? ¿Será cierto que cree, proféticamente, que hay un nuevo mundo y una nueva forma de gobernar que pueda hacerse con las mínimas estructuras de la política?

No cabe duda de que Milei es un innovador, no cabe duda de que es un genio comunicacional y que tiene una fortaleza particular para confrontar. Su inicio de Gobierno ha sido bastante más organizado y sólido tanto de lo esperado como de lo esperable. Pero su Gobierno tiene su base en dos factores desestabilizadores: el ultraliberalismo económico y el anarquismo. Un maridaje desconocido en la política mundial y una apuesta arriesgada en un tiempo de vacío.

Milei llamó a la oposición, en marzo de 2024, para suscribir el «Pacto de mayo».¹ Dicho pacto se basa en un texto de pretensión fundacional que contiene los «10 mandamientos» (el lenguaje propio de Moisés fue deliberado) a partir de los cuales Milei pretende transformar Argentina. He aquí los mandamientos del pretendido pacto.

1. La inviolabilidad de la propiedad privada.
2. El equilibrio fiscal innegociable.
3. La reducción del gasto público a niveles históricos, en torno al 25 % del producto interior bruto.
4. Una reforma tributaria que reduzca la presión fiscal, simplifique la vida de los argentinos y promueva el comercio.
5. La rediscusión de la coparticipación federal de impuestos para terminar para siempre con el modelo extorsivo actual.
6. Un compromiso de las provincias de avanzar en la explotación de los recursos naturales del país.
7. Una reforma laboral moderna que promueva el trabajo formal.
8. Una reforma provisional que le dé sustentabilidad al sistema, respete a quienes aportan y permita a quienes así lo prefieran suscribirse a un sistema privado de jubilación.
9. Una reforma política estructural que modifique el sistema actual y vuelva a alinear los intereses de los representantes y los representados.

10. La apertura al comercio internacional, de manera que Argentina vuelva a ser protagonista del mercado global.

Como este pacto está basado en puntos que ya han sido aceptados en lo general por gran parte del sistema político (muchos gobernadores están dispuestos a ello para pacificar el clima de denuncias que Milei les propinó en las primeras semanas de mandato), entonces Javier Milei ha apostado por presionar más aún para obtener no solo el pacto, sino la aprobación de los proyectos de ley que he presentado con anterioridad.

Las acciones de Milei revelan que tiene conciencia de su debilidad política a nivel institucional y que, al mismo tiempo, comprende que su peso político está en la popularidad. La aprobación de su Gobierno ha mermado desde el inicio de su andadura, pero es el líder político con mejores datos. Indudablemente, la crisis del resto de líderes es un capital, pero es obvio que la fortaleza de una figura presidencial reside también en sus características propias, no comparadas a las de resto. De cualquier modo, siempre hay que recordar que Milei goza y gozará de cierta inmunidad a nivel de grandes protestas, ya que estas se asocian en Argentina a manipulación política y kirchnerismo. La ciudadanía general no ve al «pueblo» en las protestas, sino a una facción del peronismo.

En resumen, hay factores de estabilización en favor de Milei, pero es necesario también contemplar el nivel del peso de cada uno de esos factores respecto a las condiciones estructurales. Tácticamente, Milei es bastante hábil e incluso puede ser considerado un jugador avezado para la actividad política. Pero hay un asunto simple. Y es que la forma de entender la sociedad por parte del anarcocapitalismo no tiene sentido histórico. La idea de que el Estado es un aparato represivo ha existido antes del anarcocapitalismo. Lo dijeron el movimiento anarquista del siglo XIX y el marxismo en la misma época. Se dijo desde la izquierda para explicar que el Estado se ha de concebir como un instrumento de la burguesía, la clase empresarial. La institucionalidad vendría a favorecer, como un falso neutro, a los dominantes. Más de medio siglo después comenzará a surgir la idea de que el Estado es una estructura represiva, pero no de la burguesía, sino del sistema político. No tuvo importancia hasta que este discurso logró penetrar a finales del siglo XX y, ya en la actualidad, este discurso

pasa a ser relevante políticamente, aún no en porcentaje de población, pero sí como discurso con eficacia política.

El sector empresarial moderno, desde las grandes crisis sociales y de protesta a finales del siglo XIX, asumió que la estabilidad de sus negocios suponía aceptar una reducción en las rentas de sus inversiones, con tal de evitar procesos revolucionarios. La imagen de la guillotina sobre las élites fue un disuasor. Fue así como los empresarios fueron aceptando el arribo de derechos laborales e incluso añadieron beneficios otorgados por las mismas empresas más allá de la ley. También ocurrió que el empresariado asumió que pagar impuestos era necesario porque el Estado absorbe el coste de mantener operativo el orden social. Por así decir, el sistema productivo le paga al Estado y a la política por sostener un pacto social y para darle certeza y estabilidad a la rentabilidad. He aquí la razón por la que el comunismo y el anarquismo denostaron el Estado.

Hoy existe una convicción contraria en ciertos grupos. Milei ha sido el líder que más ha intensificado este diagnóstico corrosivo. Para él la capacidad de control del Estado es de una «casta política», el Estado es de sus funcionarios, el Estado es de los sindicatos, el Estado es de los improductivos, el Estado es de los corruptos. He aquí la convicción del anarcocapitalismo. Y es en este contexto donde Milei ha sido posible.

Argentina ha tenido una historia reciente de grandes decepciones políticas. Desde el fin de la sangrienta dictadura, su historia ha estado cruzada por la corrupción, la inflación, la pobreza y la fantasmagoría de la pretérita grandeza. Bajo este escenario era imposible que Argentina no manifestara un escenario disruptivo. La polarización denominada en Argentina como «la grieta» desde finales de la primera década del siglo XXI (que manifestaba la distancia entre las políticas del kirchnerismo y sus opositores) fue una primera expresión, todavía en el marco del sistema político. La fractura ha mutado y su última formulación, la más importante desde el kirchnerismo (porque Macri no logró ese nivel de oferta política), ha sido el proyecto de Milei, extravagante, improbable, pero políticamente eficaz. En este sentido, no tan distinto al kirchnerismo.

Era esperable entonces que Argentina llegaría a un momento disruptivo, como ya había ocurrido en tantos países. Pero en Argentina la protesta era de Gobierno. Los argentinos tenían la gran innovación que señalaba que la movilización social y la protesta callejera podían ser sostén y no debilitamiento del Gobierno. La disrupción y la protesta no podían ser, así pues, callejeras. Y no

lo fueron. La disrupción fue «técnica», fue televisiva, fue insólita. Milei es el piquetero de los piqueteros. Milei es el piquetero que enfrenta a la izquierda. Pero es más. O es menos. Milei es el fin del significado de la política. Milei nos ofrece una escena insólita y, al tiempo, devaluada. Milei nos ofrece el fin de la historia. Y también el fin de las ideologías. Usted dirá que esto ya ocurrió. Fue Francis Fukuyama quien estructuró esta oferta intelectual en los años noventa. Pero Fukuyama entendía que la razón había triunfado, tal y como lo predijeron Hegel y Marx. Pero al final la historia había terminado y los triunfadores no eran Hegel y Marx, sino el liberalismo. Eso decía Fukuyama: la razón en la historia está del lado liberal. En el caso de Javier Milei el proceso es muy diferente.

Javier Milei ofrece otra forma del fin de la historia. La disputa política es reemplazada por una batalla cultural que está cargada de coyuntura. No es la guerra política, es el control espacial de cada día, es el piquete de cada día. Milei se convierte en un piquetero sofisticado, que habla de macroeconomía, pero cuya capacidad de generar orden parece discreta, cuando no nula. El discurso es pomposo y reivindicativo, todo lo que no es economicismo es mero nominalismo, cambios de nombres, una forma de hacer política que se ha desplegado con fuerza en la nueva izquierda mundial, centrada en cambiar la realidad por un atajo, cambiando el lenguaje.

Si la batalla es día a día, sin estructuras, entonces cada batalla será una carrera por la energía y la velocidad. El mundo está en esto. Musk, en la empresa; Milei, en la política. No tiene sentido, pero este sinsentido va tan rápido que parece cierto. Y con eso basta.

Nuestra época asume que la carretera es un accidente de la velocidad, no una condición para ella. Javier Milei es uno de los grandes espectros, una de las fantasmagorías que ha generado este proceso, un fantasma que hierve de impaciencia, un acelerador de partículas que aumenta la temperatura y que pretende que eso, en vez de estallar, genere orden.

¿Puede una fantasmagoría gobernar? La historia de la política permite pensar que eso es, solo en parte, posible.

En el último capítulo recurriremos a Borges y a la historia de unas ruinas (circulares) desde donde un hombre intentó crear (soñando) al líder del futuro. Nos ha parecido pertinente.

1 El mes de mayo marca los festejos del inicio del proceso independentista argentino. El 25 de mayo se formó la primera Junta de Gobierno en 1810.

EL DESTINO DE MILEI

«Soy el destructor de mundos».

JAVIER MILEI

El malestar social es un magma que recorre nuestros días soterradamente. Un día, de pronto, emerge. Sube en forma de explosión al haber encontrado uno o más volcanes propicios. A ese día le llamamos crisis, protesta, estallido, revolución; es un día de revelación, una ominosa verdad se ha dado a conocer y necesita de expiación. Las distintas sociedades que estallaron en 2011 y en 2019 lo hicieron por muy distintos motivos, asuntos insólitamente disímiles. Pero estaban conectados. He ahí el magma que recorre el mundo. Es el malestar social, es la energía disruptiva de una sociedad que se rebela en contra de la verticalidad del poder porque no entiende para qué sirve. El mensaje desde el poder no es comprensible, no es traducible. Para vivir políticamente el malestar en un escenario de alto grado hay tres soluciones. Dos de ellas son espurias, dependen de rasgos inestables. Una de ellas es una solución estructural. No es el tema de este libro, pero sí vale la pena señalar que la solución estructural es la única que logra penetrar en el proceso de legitimación. Pero hay otras dos formas de soluciones. Y esas soluciones carecen de capacidad estructural por una razón simple: desatienden el problema de legitimidad y simplemente son formas de vida relativamente viables para vivir en el malestar. Estas dos soluciones merecen cierta explicación.

La primera solución espuria es tener un discurso muy lineal, radical, sin matices, altisonante y con un enemigo marcado. Esta ruta permite solucionar operativamente el problema cognitivo del malestar social, es decir, entrega una

respuesta ante el problema de no entender para qué sirve el poder.

La segunda solución espuria es la velocidad, esto es, el aumento radical de la velocidad. El malestar, bajo ciertos niveles de acumulación, aumenta su velocidad expansiva e invade nuevas áreas de la sociedad. Su velocidad es sorprendente. Allí donde llega el malestar se torna un destructor de mundos, pero en su camino hay una etapa previa en sordina, soterrada, donde poco a poco se destruyen los significados de la vida política. Pero ¿qué pasa si logro soslayar los significados y simplemente ofrezco representar la velocidad del malestar?

Sería una apuesta extraña.

La mayor parte de las veces el malestar era representado por una idea, por un estado de ánimo. He ahí Napoleón, la síntesis de la Revolución francesa y del mal sabor de la violencia revanchista. He ahí el romanticismo, respondiendo al Siglo de las Luces. He ahí el existencialismo, denunciando la razón descarriada y a nuestra especie arrojada al mundo. Ejemplos hay muchos.

Pero nuestra época no parece admitir significado alguno. Nuestra época es antifilosófica y fluida. Si vamos a elegir un asesino para la película, disfrutaremos llevando al pedestal de la denostación al sujeto culto o al melómano de turno devenidos en perverso criminal. La razón es motivo de sospecha, la ilustración (madre y padre de todo lo que disfrutamos) debe ser denostada. He ahí un problema, nos dirán, el problema del significado, el exceso de significado. Queremos la realidad, pero esa es una palabra. Lo que deseamos es el goce: hedonistas sin corazón, dijo Goethe. Y Weber dijo que ellos habitarían el futuro. «Ellos», he dicho, pero Weber se refería a nosotros, a los hijos de la razón que ya no querían vivir en la razón, «especialistas sin espíritu», también lo dijo, citando de nuevo a Goethe.

El malestar social es un magma que recorre nuestros días soterradamente. Y sobre el suelo hecho de malestar no florece el significado.

Entonces, ¿cómo dotar de sentido a la historia si no existe el significado?

Nuestra época se ha propuesto un camino para darle sentido a la historia sin tener que darle sentido a la historia. Sí, sé que lo dicho es una contradicción. Y peor, es una contrariedad. Pero el asunto es que, si la historia está marcada por acontecimientos, estos pueden ser el soporte suficiente para el sentido. O eso nos hemos imaginado. Ya que entendemos la historia como una sucesión de

acontecimientos, ¿no será positivo acaso incrementar la cantidad de acontecimientos por cada año, por cada mes, por cada día?

Bajo este predicamento el mundo se torna emocionante, por supuesto. Y el carácter emocionante supone algún contenido. Y la libertad parece haberse convertido en un comodín, en un concepto que se puede llenar o vaciar, suficientemente grande para llenar vacíos, suficientemente maleable para que signifique lo que convenga cada vez. Y es que si la historia es activa, frenética, arriesgada y efímera, entonces ese curioso contenido se puede convertir en un pilar mínimo para sostener el funcionamiento de la sociedad. O eso se puede pensar. De ser así, la única garantía de que el mundo va hacia algún sitio es que sea notorio que se mueve, que va hacia adelante, aunque no sepamos a dónde. La velocidad no tiene contenido, la tragedia de la velocidad tampoco lo tiene.

La tragedia de la Segunda Guerra Mundial tuvo tanto significado que nos resultó insoportable. La tragedia de nuestra época, o al menos la tragedia que aceptamos para nosotros, es aquella resultante de la urgencia, de querer ir más rápido, más lejos.

Parménides ha muerto, la estabilidad y la quietud son cosa del pasado. Heráclito gobierna sobre nosotros, todo fluye, el río y nosotros, nosotros y la bolsa de comercio, el narcotráfico y las armas, los niños traficados, los fondos de inversión sin bolsa de comercio, los viajes de turismo, todo fluye. Los humanos no son humanos ni desean ser humanistas. Quieren ser poshumanos (con Musk) y animalistas, todo a la vez.

Nadie se baña dos veces en el mismo río. Mejor dicho, todos quieren ser simplemente arrastrados por el río, dejarse llevar, ir lejos y sobrevivir en el intento. Ojalá no sea turbulento, pedimos, sin verificar nada. Es absurdo, queremos un mundo frenético, pero no turbulento. El aburrimiento ha sido prohibido. La certeza es una obra de teatro. ¿Y el teatro? ¿Qué es el teatro? El teatro es la política. Están allí los que cumplen roles, los que intentan «representarnos», los que construyen guiones, narrativas, performances. El significado es una representación, una obra. Por un instante jugamos a estar detenidos, pero, en realidad, vamos a gran velocidad.

¿Hay espíritu de época en nuestro tiempo si carece de significado? Por supuesto, ya está dicho. Es la velocidad. Y no se puede evitar que un día el espíritu de la época aparezca en el teatro, que posea al teatro por un instante en forma de un

personaje o de una situación que, revelada como monstruosidad, nos cuente de qué va nuestra era. Y aquí surgen nombres propios. Sí, el espíritu de nuestra época es la velocidad, el frenesí y el fin del significado.

He aquí un mundo sin materia. He aquí un mundo ancho y extenso, con cientos de posibilidades de ser, con enormes significaciones posibles y, por lo mismo, sin significado. He aquí un tiempo disruptivo. Un tiempo no lineal, no circular, no anclado en la naturaleza, tampoco anclado en el rito, menos anclado en el pasado, ni siquiera anclado en el presente. El tiempo es futuro. Es decir, la definición del tiempo se hace con el único descriptor de un tiempo específico que es, en realidad, una fantasmagoría. Porque el pasado lo conocemos, el presente lo conocemos, pero del futuro no sabemos nada.

Velocidad y fantasmagoría. Ese es Milei. La motosierra del apocalipsis. Una nueva forma del caballo negro del apocalipsis, el que hablaba de economía y hambruna y escasez: «Y oí como una voz en medio de los cuatro seres vivientes que decía: Un litro de trigo por un denario, y tres litros de cebada por un denario, y no dañes el aceite y el vino» (Apocalipsis 6:7). Este caballo lleva en su mano una balanza o, mejor dicho, una motosierra para el juicio final. No es solemne, pero es drástico.

Musk (otro de los caballos de nuestra era de crisis civilizatoria) es solo velocidad. Pero ofrece la conquista y la victoria. Carece de fantasmagoría, pues habita en un mundo sin contradicción. Es un empresario que cree en el mercado y habita en él. Milei no. Milei vive una paradoja irresoluble, una tragedia en forma de victoria. Es el monstruoso insecto que se hace cargo de aquello que odia, que debe liderar el monstruoso ser que desea destruir. Ese ser que es el Estado. Y que es su familia.

Javier Milei es a ratos un niño. Ese niño que encontró en su hermana su mesías, quien le ayudó a superar la torturada infancia que sufrió, hecha de golpes y humillaciones. Javier Milei no fue cuidado por sus padres, tampoco por el aparato estatal (otro padre hipotético), fue cuidado por su hermana y encontró sus vínculos afectivos en su perro Conan. Hay niños que crecen muy tristes por una experiencia como esta, hay quienes desean que ningún niño pase por aquello. Pero Javier Milei no caminó por esta senda. Para él la justicia social es una aberración, el apoyo a estos niños sin mediar la propiedad privada y el mercado no tiene sentido. Javier Milei se vio solo en el mundo y quiso explicarnos que todos debemos estar solos. Milei nos viene a decir que no hay

nada alto, nada que valga la pena que pueda valer como proyecto, como perspectiva de futuro, como utopía que orienta el caminar. Milei nos viene a decir que todo es igual, nada es mejor, que todo se reduce a un hecho primario y sin estatura: el intercambio de bienes, el uso del dinero, la competencia en el mercado. Milei salió de su casa a la intemperie, fue a buscarse la vida. Y, aunque no era pobre, era tan frágil como un pobre: había sido ofendido sistemáticamente, la autoridad le había destruido su ego. El tiempo le permitió reconstruirse, superar al menos en parte las heridas, grito a grito, victoria a victoria, destrucción tras destrucción. Pero en su adultez Milei no miró en su pasado algo que debía evitarse. Sabe que fue una triste historia, pero no quiere cambiarla. Javier Milei no piensa en esos niños que sufren el mismo destino, sino que los mira a la cara y les señala un camino, el mismo que tomó él, superarse, destruir, crecer y derrotar a esos fantasmas que tanto atormentaron.

Javier Milei es el alma de nuestra época, de este tiempo altisonante y sin fe. La decepción avanza acompañando una libertad sin emancipación, una libertad formal.

Pero, ¿qué depara el futuro?

El Gobierno de Milei ha sido más estratégico de lo que probablemente se proyectaba, su capacidad de fortalecerse merece elogio. Pero su Gobierno es imposible. Destruir los recursos que tiene para triunfar (la institucionalidad) no puede llevarlo a ninguna posición ventajosa. El anarquismo es una fuerza de la historia, es una potencia en la política, pero no es una fuerza de gobierno. Y el proyecto de Milei es anarquista, no liberal.

Argentina probablemente vivirá un frenesí de inversiones y los grupos de anarcocapitalistas del mundo se entusiasmarán con esta tierra prometida. Quizás aterricen allí con sus dólares. Una Argentina exánime probablemente conocerá la seducción y los sueños de futuro. Pero, como en todo proyecto radical, en el plan anarcocapitalista soñado por los seguidores de la doctrina, subyace el deseo de avanzar sin transar. Tan claro es esto que, recién iniciándose el Gobierno de Milei, Steve Forbes, nieto del fundador de la revista Forbes y editor de ella, dijo (marzo de 2024) que la revolución de Milei va al fracaso si no actúa de inmediato reemplazando el peso por el dólar estadounidense. Para Forbes, Milei no debe hacer caso al Fondo Monetario Internacional, que es, a estas alturas, una institución timorata, cuando no sencillamente de izquierdas.

El acto de gobernar se lleva mal con la desmesura, con la velocidad, con la altisonancia, con las expectativas desquiciadas, con el deseo de radicalidad. Javier Milei no lo comprende, cree vivir una epifanía constante que le permite avanzar hacia la verdad, pero su discurso se limita habitualmente a la destrucción de los cimientos de una sociedad corrupta. Su lucha es mesiánica, es el juicio final.

Javier Milei es un personaje extraño, interesante, fascinante. Ha sobrevivido a su dolor y a su propio absurdo. Es un héroe de nuestra época, veloz y deslenguado. Clama por la libertad, pero su deseo más profundo es la destrucción de un mundo corrupto. Y para ello no ha de quedar piedra sobre piedra. ¿Qué pasará cuando los pilares del pasado hayan sido demolidos? ¿Qué pasará cuando el vacío sea la puerta de entrada a la libertad? ¿Qué pasará cuando la motosierra deba dejar de trabajar en Argentina porque ya nada requerirá ser destruido? ¿Qué pasará ese día?

No pasará nada.

No pasará nada porque ese día Javier Gerardo Milei, el niño, habrá terminado su tarea. El anarquista habrá derrotado al liberal, el dinero habrá derrotado a las instituciones, la velocidad habrá derrotado a la prudencia, los gritos habrán derrotado a la medida. Al amanecer de ese día Javier Milei, con esa gran inteligencia que lo condujo al honor partiendo desde la ignominia, habrá comprendido una verdad enorme que ha cruzado la historia y que se revelará en forma de contrariedad para sus planes.

Y es que el vacío se parece a la libertad. Pero la libertad no es lo mismo que el vacío.